

Cuando las lluvias torrenciales de julio llenan el cauce del río Santa Cruz, que cruza la pequeña ciudad fronteriza de Tumacacori (Arizona), es imposible pasar a México. Donald, que ha escapado de la prisión —donde cumple condena por asesinato—, ha escogido un mal momento para refugiarse temporalmente en el rancho de su hermano Patrick. Nada tienen en común, salvo una inmoderada afición a la bebida y el extraño desapego que sienten ante la vida. Patrick, además de abogado y rico propietario, es ahora *deputy sheriff*; Donald, el hermano pródigo, es en cambio un fugitivo que ha de cruzar el río a toda costa.

Así comienza este drama en torno al amor entre hermanos, que cobra visos de *western* trágico y que, al igual que el inacabable desierto que constituye el decorado, nos retrata uno de los universos más desesperados de Simenon.

Georges Simenon

El fondo de la botella

Título original: *Le fond de la bouteille*

Georges Simenon, 1949

Traducción: Ramón de España

Editor digital: Bacha15

ePub base r1.1

Los personajes y situaciones descritos en esta obra son puramente imaginarios y no guardan relación alguna con personas vivas o muertas.

1

Sostenía el vaso en la mano y contemplaba vagamente el fondo con el resto de pálido whisky que aún contenía. Podría decirse —y sin duda era cierto— que retrasaba el placer de beber el último trago.

Cuando por fin lo hizo, siguió mirando el vaso durante unos instantes. Dudaba entre dejarlo sobre la barra o adelantarlo solo un poquito, dos o tres centímetros. Bill, el barman, aunque parecía inmerso en una partida de dados con uno de los vaqueros, comprendería la señal, pues estaba pendiente: siempre estaba al acecho, sobre todo con un cliente como P. M.

La coordinación es perfecta. Todo parece fortuito, tus gestos son de lo más inocentes y, a fin de cuentas, eso te permite beber sin que lo parezca. Herencia de la masonería, con esos signos suyos que comprenden los iniciados en todos los países del mundo.

Con el primer vaso, por ejemplo, cuando P. M. pide un whisky o cuando, para ser más exactos, pronuncia la palabra «whisky» moviendo apenas los labios, con una especie de lasitud o de atolondramiento, ¿qué hace Bill? Pues murmurar:

—¿Doble?

No se trata de una pregunta. Es de rigor que un caballero que entra en el Montezuma Bar no se conforme con un whisky normal. O mejor aún: no siempre hay que hablar. Entra y, mientras se encarama a uno de los altos taburetes, Bill, u otro, con una sonrisa de complicidad, alarga la mano hacia la botella de bourbon bueno, la que uno prefiere, la de los entendidos.

A veces, tras llenar el primer vaso, deja la botella a mano.

A P. M. le bastaría con deslizar apenas unos centímetros el vaso sobre la barra, pero no lo hace; se baja pesadamente del taburete y se dirige hacia los lavabos.

No es de los que pierden el control de sí mismos durante las noches de los

sábados. Y en el valle hay más de uno para quien la semana tiene varios sábados.

Se encuentra bien, solo un poco mareado, con el paso algo inseguro..., pero está convencido de que no se le nota. Si se dirige hacia los lavabos, lo hace para contemplarse en el espejo y ver así si tiene derecho a un último bourbon.

—¡Hola, P. M.!

—Hola, Jack.

Hay un tipo sentado con absoluta tranquilidad en un retrete, en uno de esos cubículos sin puerta. Al igual que P. M., no se ha quitado el sombrero de vaquero de la cabeza. Los dos hombres, como todos los demás en el bar o en la ciudad, van sin chaqueta, en mangas de camisa. La mayor parte de ellos no lleva corbata, pero P. M. siempre ha exhibido cierta corrección y se la pone hasta en el rancho.

—¿Llueve?

—Aún no.

—Va a caer una de narices.

Es casi medianoche. Desde que empezó a declinar el día se ven relámpagos y se oyen sordos fragores de tormenta que vienen de México.

P. M. se contempla en el espejo. Está un poco gordo, pero no demasiado. Aquí, a causa de la mala iluminación, se le ve la piel amarillenta. Por el contrario, en el bar, donde las lámparas tienen pantallas de colores, su aspecto era sonrosado. Los ojos aún no se le han hinchado. ¿Tiene derecho a un último trago?

Desde el retrete, Jack continúa con la conversación.

—¿Cuántos quedan en competición? Yo aposté por el ocho de junio. ¡Demasiado optimista!

—¡Yo por el cuatro de julio! ¡Demasiado optimista también!

Hace varios años que al periódico de Nogales se le ocurrió esa idea. Es un diario pequeño de una ciudad pequeña que, del lado norteamericano, apenas cuenta con siete mil habitantes.

Cuando se acerca la estación de las lluvias y la gente empieza a arrastrar los pies por la calle y el asfalto se funde, cuando el termómetro se sitúa de forma invariable en los cuarenta grados y los rancheros se preguntan, como sucede algunos años, si no habría que enviar el ganado a Nuevo México o incluso a Nevada a causa de la falta de pastos, el diario organiza una especie de concurso. Cada uno inscribe en un papel que hay pegado a la vitrina la fecha en la que prevé que empezarán las lluvias.

Ya casi no quedan nombres en la lista, solo cuatro o cinco; P. M. fue a echarle un vistazo hace un rato.

Nadie podía imaginar que llegarían al 24 de julio sin una gota de agua.

—Creo que la que más se acerca es una mujer. No recuerdo su nombre.

P. M. se pasa un peine por el pelo. Siempre lleva un peine pequeño en el bolsillo. Cuando vuelve a la barra, Bill comprende de inmediato que puede extender el brazo hacia una de las botellas.

P. M. se sienta de forma invariable en el mismo sitio, en un extremo donde la barra se tuerce, y así da un poco la impresión de presidir. O sea, que sus gustos no coinciden del todo con los de los demás. Casi siempre los que vienen del valle, como él, forman grupos y hablan animadamente. Patrick Martin Ashbridge, con una familiaridad respetuosa, estrecha manos al pasar e intercambia frases con todo el mundo, pero la verdad es que siempre se mantiene un poco al margen.

¿Cuestión de dignidad? Tal vez. Pero también cuestión de preferencias. Como lo de ser uno de los últimos en marcharse el sábado por la noche. El bar está casi vacío. Se encuentra a gusto en su taburete, con el vaso en la mano y con Bill, que, entre cliente y cliente, se acerca a charlar con él.

Bill levanta la cabeza.

—¡Ya está!

Parece que, de pronto, bolitas de plomo azotan el techo. Alguien ha ido a entreabrir la puerta y, en la oscuridad de la calle, destacan sobre la acera las largas rayas de lluvia gris.

—¡Se te va a llenar el río de agua!

—¿Ha hecho bien P. M. en tomarse un último trago? Resulta que esa agua que cae del cielo está empezando a provocarle un entusiasmo interior. Sobre todo cuando el barman añade—: Puede que no te veamos durante varios días.

Es posible. A la gente del valle la separa de la carretera principal un río que está seco la mayor parte del año, pero que puede llenarse en una noche de tormenta, en una hora a veces, incluso en menos tiempo cuando las aguas se desbordan de las montañas de México. No hay ningún puente. Si las aguas no crecen en exceso, se pasa en coche, más mal que bien, o a caballo si es necesario cuando el fondo es demasiado irregular para los coches. Pero uno puede quedarse aislado durante más de diez días al otro lado del Santa Cruz.

¿Es esa perspectiva la que le estimula a atravesar la verja? Ve su imagen entre dos botellas: el rostro colorado, los ojos hinchados, las pupilas brillantes... Y le molesta, en momentos así no se gusta.

—Los hay que mañana lo pasarán mal para volver a casa —dice el barman.

Sobre todo los vaqueros. Cuando acuden a la ciudad el sábado por la noche, es difícil que se vayan antes del amanecer.

A P. M. no le queda mucho tiempo. Tanto peor. Adelante. Saca varios dólares del bolsillo trasero del pantalón, donde siempre los lleva en un fajo. Sus andares, cuando se dirige hacia la puerta, son más inseguros de lo que pensaba, pero se deja llevar, sabe que ahora que se le ha metido una imagen en la cabeza no hay más que una manera de librarse de ella. Solo de atravesar la calle bajo la lluvia que cae a cántaros ya lleva la camisa pegada a la piel. Le cuesta un poco meter la llave de contacto del coche. Ya está a unos cien metros de la verja que divide la ciudad en dos, la mitad para Estados Unidos, la otra mitad para México. Aminora, se detiene. La silueta de un agente de inmigración se acerca. Le conocen, claro; no necesita enseñar su documentación.

Resulta muy curioso: incluso con la lluvia, que debería uniformizarlo todo, el contraste sigue siendo impresionante. Basta con atravesar una verja, girar las ruedas un poco, y P. M. tiene la impresión de entrar en un mundo extraño, equívoco, prohibido.

En el lado que acaba de abandonar todo estaba en calma y era tranquilizador: la larga calle, con sus conocidos escaparates, sus aceras limpias, sus dos únicos bares aún abiertos... Y ahora se siente inmerso en un bullicio misterioso. Es más de

medianoche, pero hay siluetas que deambulan bajo el diluvio, gente en los umbrales de las casas, vendedores que se te enganchan a la entrada de unas tiendas que venden alcohol y chucherías. Los riachuelos ya sueltan sus aguas amarillas por las calles llenas de socavones, y en todos los rincones oscuros se adivinan el calor humano, los gestos, los susurros.

Va a ir allá. Sin alegría. Nunca va con alegría. Puede que sea el último whisky el que haya avivado unas imágenes borrosas. O puede ser, eso es lo más probable, que la lluvia le haya lanzado a la cabeza una vaharada de recuerdos.

Hay que pasar por callejones situados a lo largo de la colina y dar vueltas y más vueltas; pronto te atrapa un olor, las sombras y las luces adoptan otro sentido, unos brazos desnudos te saludan, se te acercan sin miedo mujeres a medio vestir que se plantan ante tu coche.

Es consciente de que durante todo el camino de regreso le asaltará el habitual rencor, dominado sobre todo por el asco; que agarrará el volante de una manera especial, como si temiera contaminarlo; que evitará tocarse la cara o sujetar el cigarrillo por el extremo que entra en contacto con la boca.

El agua cae por todas partes. Los limpiaparabrisas solo funcionan a ratos. Cuando baja por la colina, las ruedas del coche levantan olas de agua enlodada, y él se queda con la impresión de llevarse consigo el olor y, sobre todo, la imagen de las palanganas, de esas infames palanganas de esmalte a las que nunca ha podido acostumbrarse.

Tiene ganas de parar y lavarse las manos en Las Cuevas, ese restaurante mexicano con una barra gigantesca que permanece abierto toda la noche para la clientela americana. Pasa por delante, entrevé a los músicos en traje de opereta que van de mesa en mesa con sus guitarras y sus abigarrados sombreros.

Si entra, beberá; y si bebe, se arriesga a comportarse de manera peligrosa.

Es ayudante del sheriff como casi todo el mundo en el valle: la gente bien, los propietarios de ranchos.

Algunos se burlan, pero eso no les impide ir también corriendo riesgos por ahí.

Lo que la gente no siempre comprende es que él es un hombre escrupuloso. ¡Ahí está! Hacía rato que buscaba la palabra adecuada. Podría haber dicho que era

un hombre honrado, pero eso no bastaba Aunque ha bebido, no ha dejado por ello de estar atento a su estado. Incluso se ha plantado ante el espejo antes de tomarse el último bourbon. Ha ido allá arriba, es cierto, pero...

Sonríe con amargura en la oscuridad de su coche, que, por primera vez en meses, está lleno de aire auténticamente fresco. Él ya se entiende. No va hasta allá arriba para hacer el crápula, como algunos que conoce. En cuanto a las precauciones que toma, ¡seguro que les harían gracia!

¿Habrá vuelto Nora? Poco probable. Indudablemente habrá bebido más que él, aunque nunca parezca que lo hace. Ha ido a jugar al bridge a casa de los Cady, dos ranchos más allá del suyo. Es su día. Y en casa de los Cady, como en todas partes, los vasos no se quedan mucho rato vacíos. Van jugando a las cartas y así no se percatan de lo que llegan a beber.

¿Qué más da, a fin de cuentas? ¿Qué necesidad tiene de preocuparse? Ha atravesado Nogales. El bar de Bill está cerrado, lo que quiere decir que es más de la una de la madrugada. Volverán más o menos a la misma hora, Nora y él. Si llega él primero, se servirá un vaso de cerveza, porque después del bourbon te limpia. En un momento dado, pasa cerca del Santa Cruz, que serpentea a su derecha, y oye ese murmullo característico que indica que el río ya lleva agua.

Delante de él, un coche circula despacio. No se atreve a adelantarlo por miedo a dar un bandazo y se impacienta. ¿Por la cerveza? ¿Por Nora? Tiene ganas de lavarse las manos, de darse una ducha caliente, de enjabonarse de pies a cabeza.

Habitualmente le lleva media hora llegar al rancho; pero a causa de la tormenta y de ese coche que no avanza necesita casi una hora.

A duras penas advierte entre la lluvia los postes blancos que le indican que ha llegado y que debe girar a la derecha. El camino conduce a varios ranchos. Al cabo de doscientos metros le detiene el Santa Cruz, y los faros iluminan las aguas en movimiento, los desperdicios arrastrados por la corriente.

Como el caudal no es profundo, pone en marcha el coche, que, una vez al otro lado, remonta con dificultad la ribera. Quién sabe, tal vez ha llegado justo a tiempo. En una hora, o en dos, sin duda ya no se podrá pasar.

Tras las alambradas advierte caballos; una iguana joven y casi transparente cruza el camino frente a las ruedas del coche. Las luces que hay a su derecha, bastante lejos tras la cortina de árboles, son las de la casa de los Cady.

Aún no debe de haber terminado la partida. También se ve luz en casa de los Noland, pero ahí la hay casi todas las noches. De hecho, es curioso que no se haya topado con sus coches cerca del río. ¿Estarán esperando a que suba el nivel? Resulta extraño que la gente se pierda la primera crecida. Dentro de nada, cuando ya hayan bebido lo suyo, acudirán todos a ver correr el agua.

Puede que también vaya él con Nora.

Gira a la izquierda. Hay un trozo malo de carretera, un socavón que arreglan constantemente y que enseguida se vuelve a hundir. Se tiene que saber tomarlo, y luego girar de nuevo y franquear el portal.

Siempre se ven relámpagos del lado de México, donde llueve con tanta o más fuerza que en Nogales, pero apenas si se adivina el lejano rugido del trueno. La puerta del garaje está abierta. Suelen dejarla así.

Guarda el coche y vuelve sobre sus pasos porque se ha dejado encendidas las luces piloto. Para dirigirse a casa enciende una linterna y, justo en el momento en que la enfoca hacia delante, oye una voz que dice:

—¡Pat!

Aquí nadie le llama Pat, ni siquiera Nora. Hace diez, veinte años que no le han llamado así. Y ya de pequeño odiaba ese diminutivo.

Es curioso, pues ha reconocido la voz sin ser consciente de ello. Se le ha encogido el corazón como cuando se tiene mucho miedo, pero, al mismo tiempo, no se sabe por qué.

Hay alguien, una silueta que no intenta protegerse del diluvio. No es una emboscada. La silueta permanece inmóvil, con los brazos pegados al cuerpo. Precisamente por esa actitud siente algo humilde y amenazante a la vez, o de una indiferencia tal que resulta inhumana. Hace unos instantes, en Nogales, del lado mexicano, hasta los mendigos se tomaban la molestia de resguardarse en los umbrales.

Acaba de entenderlo. Es imposible y, sin embargo, sabe que se trata de eso. También él quisiera pronunciar un nombre, o mejor un diminutivo, pero no se atreve y mira horrorizado a su alrededor, esperando ver aparecer de un momento a otro los faros del coche de Nora.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Quisiera comer. ¿Es posible?

—¿Está alguien al corriente?

—No. Solo Emily.

—¿Has visto a Emily?

—Pasé por Los Ángeles para verla.

—¿Y nadie...?

—Nadie me ha reconocido.

Al salir del garaje llevaba en la mano la llave de la casa, pues las dos criadas duermen en sus respectivos domicilios. Además, no van los domingos. La puerta está ahí, a menos de tres metros. A los dos hombres les chorrea el agua por la cabeza y los hombros. Pero uno no se mueve, como si le hubieran clavado al suelo, y el otro espera sin atreverse a insistir.

—¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí?

—De todas las maneras posibles. Emily me dio todo el dinero que tenía a mano. He viajado en autobuses. En Phoenix trabajé dos días en una tienda de comestibles. Luego he hecho autoestop.

—¿Ha sido Emily quien te ha dado mi dirección?

—Sí.

—¿Cómo has encontrado la casa?

—Hace cuatro horas que te espero.

—¿Has hablado con los vecinos?

—No temas, no he hablado con nadie.

—¿Cómo lo has conseguido?

Esa puerta tan cerca..., bastaría con empujarla para estar resguardados, ¡y no se decide a ir hasta ella! Pero Nora no debe encontrarlos hablando bajo la lluvia, en la oscuridad. Aún tiene la linterna en la mano, aunque el haz de luz apunta hacia el suelo.

—Emily me dijo el nombre de tu rancho, y que se encontraba en Tumacacori, entre Tucson y la frontera.

—¿Te aconsejó ella que vinieras?

—No. El coche que me trajo hasta aquí me dejó frente a un bar al norte de la carretera.

—¿Has preguntado por mí en el bar?

—He intentado telefonearte, pero nadie contestaba. —P. M. se echa a temblar. ¿Qué habría pasado si Nora llega a estar en casa y atiende la llamada?—. Luego le he preguntado a la señora que lleva el bar, y que por cierto no es muy amable, si conocía tu rancho. Sin mencionar tu nombre. Como si yo fuera alguien que buscara trabajo.

—¿Qué te ha dicho?

—Que siempre podía intentarlo, pero que la gente no duraba mucho en tu casa. La he buscado en la oscuridad. Quisiera comer.

La voz suena desde el principio monótona pero no colérica, no denota impaciencia aunque tampoco auténtica humildad. P. M. tarda un buen rato antes de enfocar la linterna sobre el rostro del hombre.

¿A qué espera? Tiene ante sí un rostro banal, no especialmente delgado, de formas aún redondeadas, con unos ojos muy vivaces y sin los inquietantes restos de barba en las mejillas que suelen llevar los vagabundos.

—Emily me dio una navaja. Me he afeitado esta misma tarde en Tucson.

Lleva una camisa blanca, como P. M., y un pantalón que, a pesar de la lluvia, no parece muy gastado.

—¿Qué piensas hacer?

—De momento, comer. En Tucson ya no me quedaba dinero. ¡Menuda idiotez! Guardaba aún algunos dólares envueltos en un pañuelo y los he perdido. Quizá me han robado al bajar del autobús...

Tiene una risita que P. M. no le conocía.

—Ven.

Está a punto de cambiar de idea, de conducirlo a los establos, de llevarle comida, de decirle que se vaya durante la noche, para que así Nora...

—Después me llevarás a México. Mildred y los niños ya se encuentran allí.

—¿Dónde?

—En Nogales. Están esperándome.

—¿Dices que Mildred...?

—Sí.

—¿Fuiste a verla a Iowa?

—No.

—¿Cómo lo has hecho?

—Lo planeamos todo durante las visitas. Ya no podía más. Necesito vivir con ellos.

—Pero...

—Tengo hambre, Pat.

Por fin mete la llave en la cerradura, rápidamente, pues le parece oír ruido de coches por la zona de los Cady.

—Tú estás casado, ¿no? Emily me dijo...

—Mi mujer volverá de un momento a otro.

Enciende la luz. El porche, tras los mosquiteros, se ve amplio y fresco. A

continuación se dirige al salón, con esos inmensos sillones que tanto le han gustado siempre.

— Ven.

Antes de entrar en la cocina se acerca de nuevo a la puerta. Tres coches han abandonado la casa de los Cady, y los tres se encaminan hacia el río: ya lo había previsto. Todo el mundo quiere comprobar antes de acostarse el nivel del agua.

— Escúchame: te ruego que no vuelvas a llamarme Pat.

— ¿Cómo debo llamarte?

— Todo el mundo me llama P. M.

Le gusta ese apelativo. De muy joven leyó que los grandes jefazos de Nueva York, los banqueros, los hombres de negocios, suelen hacerse llamar por sus iniciales.

— ¿Qué vas a decirle a tu mujer?

— No lo sé. Si hubiera vuelto antes, tal vez habría podido acompañarte esta misma noche.

— ¿A México?

Y el otro palidece, se olvida de mirar el frigorífico del que P. M. saca medio jamón. También hay, en los estantes, botellas de cerveza de diferentes tipos. Por su parte, P. M. se altera al verlas y cierra con firmeza la puerta de la nevera.

— Voy a buscarte agua. Espera. Dudo mucho de que pueda pasarte al otro lado de la frontera esta noche.

— ¿Por qué? Mildred ya está allí con los críos.

— ¿En el hotel?

Una vez más, tiene miedo. ¿Se le habrá ocurrido dar su auténtico nombre?

— No. Creo que ha alquilado una habitación amueblada.

Se come el jamón mientras sostiene una gruesa loncha en la mano, pero traga con dificultad.

—El río está creciendo. Me arriesgo a no poder cruzar a la vuelta.

Si dispusiera de algunas horas más, una tan solo. Pero Nora está a punto de llegar. Quién sabe si no aparecerá con algunos amigos para tomar la última copa, como sucede con frecuencia...

—No me hagas preguntas. ¿Estás seguro de que no te han reconocido?

—Me habrían echado el guante, ¿no?

Evidentemente. La pregunta era estúpida.

—¿La gente de aquí lo sabe? —pregunta el intruso—. ¿Tu mujer?

—No.

—Lo suponía.

—¿Preferirías que se lo hubiera dicho?

Hay momentos en que las voces traslucen agresividad, pero siempre es el visitante quien se calma, y siempre con la misma falta de humildad.

—¿No llevas equipaje? —Y el otro se encoge de hombros—. ¿Qué podría decir? ¡Un momento! Que eres un amigo de la infancia... Una antigua amistad, vaya.

—Ya.

—Alguien a quien perdí de vista hace tiempo.

—Sí.

—Lo más difícil de explicar es que no tengas coche.

—Lo siento.

—Pero debes de haber llegado hasta aquí de alguna manera.

—Con unos amigos.

—Exacto. Unos amigos que se dirigían a México. Y tú has querido pasar unas horas conmigo.

—Eso es lo que diré.

—Un momento. Has quedado con ellos en Nogales. ¡No! Pues se supone que allí tienen una dirección, un hotel, algún sitio al que podríamos telefonarles.

La ansiedad hace que le tiemblen las rodillas mientras intenta distinguir entre el crepitar de la lluvia el ruido de un coche. Ya no está borracho. Pero cree que aún huele a alcohol y se mantiene a cierta distancia de su compañero.

—El río crece. Puede que mañana haya bajado. Si es así, pasaremos.

—¿Cómo?

—Ya veremos. No me interrumpas todo el rato.

—Es probable que en la frontera tengan mis datos y mi fotografía. Había pensado que por las montañas.

—En las montañas hay patrullas a caballo.

—Hace un momento decías...

—Ya llega. Cállate. Te llamaré... A ver... Eric... Eric Bell.

—Como quieras.

—Y tú llámame P. M. ¿Te acordarás?

—Claro.

—Echa ahí los restos del jamón. Tenemos una habitación para invitados. Tú...

—¿Qué?

Debido a la pregunta que P. M. quisiera plantear se le hace un nudo en la garganta. Y el tiempo vuela: ya se oye el ruido de un motor fuera.

—Tú, desde que has salido, no has...

—Solo he bebido agua y Coca-Cola.

Se enjuga la frente tranquilizado.

—Siéntate. Enciende un cigarrillo.

—No tengo.

Le acerca una cajetilla.

—Compórtate con naturalidad. Nora es...

Mientras busca la palabra adecuada, se oye el ruido de la puerta al cerrarse y voces en el porche.

—¿Estás ahí?

Son varios, también empapados, pues han querido ver el río de cerca y han salido de los coches. Están los Cady, la señora Pope con su perro en brazos y los Noland, que han sido reclutados por el camino.

—Pasad, hijos míos. Ahora traigo algo de beber. ¡Vaya! Tú...

Nora se ha detenido ante el desconocido, que se ha acomodado en un sillón del salón y bajo cuyos pies se ha formado un charco de agua.

—Un amigo, Eric Bell. Un antiguo compañero. Imagínate que... —Se percata entonces de que no se ha lavado las manos y se pone nervioso al recordar la colina mexicana—. Bell ha venido a verme por unas horas, pero creo...

—En todo caso unos días —replica ella sin la menor acritud. Abre el mueble de los licores y P. M. quisiera poder detenerla—. Espero que tenga ropa de recambio. El río crece a cada minuto. Cuando hemos llegado ya no se podía pasar. Un poco más y los Pemberton se quedan al otro lado. Según Cady...

—Yo creo que tenemos para una semana —la interrumpe Cady—. He telefoneado hace un momento al servicio meteorológico: en Sonora hay auténticas trombas de agua.

—¿Cómo has dicho que se llama?

—Eric Bell.

—¿Es la primera vez que visita el valle, señor Bell?

—La primera.

—Ya verá que no lo pasamos del todo mal, aunque estemos atrapados por el Santa Cruz. ¿Whisky? ¿Bourbon?

—No, gracias.

—¿Cerveza?

—No, gracias.

—¿Nada de nada?

—Mi amigo Bell —interviene P. M.— acaba de salir de una grave enfermedad y tiene prohibido el alcohol.

—En ese caso no insistiré. Los demás, arregláoslas. ¿Habéis hecho acopio de provisiones por lo menos?

—Conservas suficientes para aguantar ocho días.

—¿Y para beber?

—Solo nos falta cerveza —repone la señora Cady—. Harry debería haber ido a buscar algunas cajas esta tarde. Pero aparecieron los Smiley y nos entretuvieron hasta las seis. Ya era demasiado tarde.

—Os pasaremos una caja. ¿Quién tiene hambre?

A partir de este momento, la reunión puede alargarse hasta las cinco o las seis de la mañana. Hay jamón, queso, conservas. Nora ha puesto vasos y cuatro o cinco botellas sobre el velador.

Todos conocen la casa, así que cualquiera de ellos va a la cocina para hacerse con pan o con hielo.

—Seguro que los Pemberton se acercan a saludar.

¡Vaya que sí! Y el resto de la gente, todos los que sientan curiosidad por echar una ojeada al río. Cuando vean luz y coches en casa de los Ashbridge, entrarán como si les perteneciera.

—¿Bourbon? ¿Whisky?

—¡No te molestes!

Hay sillones amplios y almohadones para todo el mundo. La señora Pope se encontrará mal. Siempre acaba encontrándose mal y ensuciando el cuarto de baño, y después llora sin que se sepa muy bien por qué y estrecha al perro contra su pecho.

Alguien ha puesto en marcha el tocadiscos. Nadie lo escucha, pero proporciona un sonido de fondo que impide que se noten los silencios.

—Un viejo indio apache asegura que lloverá durante cuarenta días. Hace una semana que se lo dijo a un periodista. Parece que las serpientes y las liebres han abandonado las orillas del río.

P. M. se da cuenta de que el intruso tiene temblores.

—Tal vez debería prestarle un pantalón y una camisa —dice mientras se levanta.

—¿Pero cómo ha podido empaparse así?

—No lo sé, pero si es tan amable de seguirme...

Y en ese preciso momento P. M. siente auténticas ganas de llorar. Nadie se da cuenta. Todos están ya demasiado borrachos como para fijarse en él.

—¡Ven! —exclama.

Cuando atraviesa el salón en toda su amplitud tiene la impresión, tal vez a causa de lo que ha bebido, de que la casa se tambalea a su alrededor. Y no es solo la casa lo que tiembla sobre sus cimientos, sino toda su vida, toda esa seguridad obtenida con tanto esfuerzo y tanta obstinación. A sus espaldas oye la música, las voces y el entrecocar de los vasos.

¿Ganas de llorar o de vomitar?

—¡Ven!

El hombre le sigue con paso ligero, silencioso, con unos andares que sorprenden de repente a P. M. y que la gente no suele utilizar en la vida normal.

Vasos y botellas se amontonan sobre el velador, junto al que pasa como un felino. ¿Le entrarán ganas de detenerse, de tomar un vaso, de beberse?

¿Se dan cuenta los demás, felizmente hundidos en sus sillones, del riesgo al que se exponen?

Pasarán horas en una espesa atmósfera etílica sin sospechar que hay un asesino en la casa.

—¡Ven!

Abre una puerta y luego otra. Atraviesa la habitación de Nora, toda azul, y el cuarto de baño de Nora, del mismo color y de un lujo insospechado para un valle perdido de Arizona. Y ya se encuentra en su ambiente, una habitación amarilla y marrón, con un cuarto de baño amarillo.

Va encendiendo las luces y abre un armario en el que cuelgan varios trajes.

—Tenías la misma talla que yo.

—He adelgazado un poco.

Sin prisas, sin pudor, como cuando eran pequeños, su hermano se quita la camisa y deja al descubierto un pecho blancuzco, un torso poderoso, muy musculoso, que P. M. siempre le ha envidiado. Se baja los pantalones, los calzoncillos. Se queda completamente desnudo.

—Tal vez sea mejor que me des un pijama y que me vaya a dormir.

»Te causo muchas molestias, ¿verdad? —comenta mientras se lo pone y, como si hablara solo, añade—: Es mejor que me lleves lo antes posible.

P. M. tiene algo en la garganta, algo que no acierta a definir. A duras penas puede articular:

—¿Vas armado?

—No.

Abre una puerta.

—El cuarto de baño está a la derecha. Hay de todo.

Una vez solo, siente que algo le arrastra. Hace tiempo que no le pasa y, además, hoy apenas ha bebido.

Vomita de un tirón y deja pasar un buen rato antes de reunirse con Nora y sus invitados.

No se había afeitado. Ni siquiera se había lavado la cara y los dientes para no tener que abrir los grifos.

Por pereza, había metido los pies descalzos en las botas de vaquero y se había puesto los pantalones de la víspera, todavía húmedos. Tenía los ojos hinchados y la boca pastosa.

Sus amigos, como era de prever, no se habían marchado hasta pasadas las cinco, y quién sabe si no habían hecho un alto en otro sitio antes de acostarse. Bastaba con que uno dijera: «Pasad solo un minuto a tomar un trago».

Aquello podía durar veinticuatro horas o incluso más. En una ocasión, la pandilla al completo se había pasado tres días y tres noches vagando de rancho en rancho sin salir del valle, hasta que todos los frigoríficos estuvieron vacíos, y luego acabaron en Nogales, del lado mexicano, para seguir bebiendo en Las Cuevas.

Entreabrió sin hacer ruido la puerta del cuarto de su hermano, que dormía arrebujado en la cama, con un trozo de sábana entre los dientes como cuando era pequeño. Era impresionante ver ese cuerpo grande —más grande y vigoroso que el de P. M.— en una actitud infantil, con una expresión de crío en el rostro.

¿No será que Donald ha sido siempre un niño?

Era una explicación que le venía a la cabeza, pero no era el momento de ponerse a pensar.

P. M. volvió a cerrar la puerta y atravesó el salón, donde por todas partes había vasos y botellas, colillas de puros y cigarrillos, restos de bocadillos. Una vez les había planteado la pregunta: «¿Por qué organizaban esas reuniones los sábados, cuando ninguno de ellos, salvo los Noland —con su criado negro—, tenía sirvientes el domingo?». Pero esta idea solo la entenderían las personas que el resto de la semana se ven obligadas a llegar pronto a la oficina.

El cielo estaba gris, con manchas claras y otras más oscuras, y había una nube

de vapor al pie de la montaña. No llovía. Notó el coche húmedo y frío. Dio marcha atrás. Después, poco antes del río, al girar se dio cuenta de que ya había cinco o seis coches, sin contar un camión y un jeep.

Era evidente que a todos se les había ocurrido la misma idea. Pero los demás no tenían los mismos motivos que él para ir a comprobar el nivel del agua. Ahí estaban todos los de la víspera y algunos más, aunque sin sus mujeres, a excepción de la pequeña señora Noland. Al igual que él, se habían vestido con lo primero que habían encontrado. Y hasta de lejos se les notaba tan excitados como niños, a los que cualquier incidente les sirve para romper la monotonía de la vida cotidiana.

El Santa Cruz estaba crecido, más que durante la noche. Formaba una masa de color amarillo oscuro que fluía pegajosa y espesa, se alzaba en según qué sitios, respiraba como un animal y arrastraba ramas de árboles, bidones, un montón de porquería. Los hombres se animaban al contemplarlo.

—¡Hola, P. M.!

Bajó del coche, como los demás. En la orilla opuesta un vaquero, uno de los de Pemberton, montaba un voluminoso caballo blanco.

—¿Quiere cruzar?

—Hace rato que se lo piensa.

En el pueblo, Tumacacori, que se extendía al otro lado del agua, bordeando la carretera principal, vivía la mayoría de los vaqueros. En algunos ranchos, como en el de P. M., había una casa para el capataz y en ocasiones varias barracas para los vaqueros solteros. Pero ese no era el caso de los Pemberton, que se dedicaban a la crianza de vacas para su propio uso, unas vacas a las que había que llevar a pastar, con río o sin él.

El viejo Pemberton estaba nervioso. El vaquero, sobre su caballo blanco, se mantenía impassible, mirando el agua en movimiento. Sus compañeros, que habían llegado del pueblo con él, le hablaban en español.

—¿No se ha levantado Nora? —preguntó la pequeña señora Noland.

Siempre la llamaban así porque era realmente pequeña, de formas hermosas, y parecía una estatuilla.

Ella también calzaba botas y vestía un pantalón azul, como los hombres, como los vaqueros de enfrente, y una camisa roja a cuadros sobre la que caían sueltos sus cabellos. No se había maquillado ni llevaba carmín.

—¿Y tu invitado, P. M.?

P. M. tuvo que contestar que estaba durmiendo. No había prestado atención a la pregunta. Miraba al caballo blanco. Se decía que también él debería haber pensado que una hora antes quizás aún era posible cruzar a su hermano a caballo, pero... ¿y una vez al otro lado? Se hubiera encontrado sin coche.

¿Por qué no se las habría apañado Donald solito? A P. M. no se le ocurría por qué su hermano había recurrido a él.

Con el rostro aún impasible, el vaquero hacía avanzar despacio al animal y este se iba adentrando en el agua, que enseguida le llegó hasta el pecho. Era una yegua corpulenta, enorme, mucho más fuerte que las que suelen montarse en el Oeste y, sin embargo, daba la impresión de que perdía pie, de que su cuerpo estaba de través, como descentrado por la corriente. En la parte más honda, el hombre tenía las botas completamente sumergidas en el agua. Todo el mundo contuvo la respiración hasta que, saliendo sin duda de un hoyo, la yegua pareció liberarse, alzó mucho las patas y emergió hasta las rodillas antes de acabar la travesía con algunos pasos precipitados.

—Qué lástima que tu amigo no haya venido a ver esto.

Se quedó mirando a la señora Noland con los ojos muy abiertos, y esta se echó a reír.

—No se te ve muy despabilado, P. M. ¿A qué se dedica? Lo que más me ha impresionado de él es que transmite cierta tristeza.

Cierta tristeza. Era curioso que dijera eso, y precisamente de Donald. Alguien había pronunciado casi las mismas palabras hacía muchos años. Aún creía poder oír la voz, que también era de mujer. Se esforzaba por recordar.

—No me has contestado. Te he preguntado que a qué se dedica.

—Negocios, creo.

—Me extrañaría. Por cierto, ¿quieres decirle a Nora que no se moleste en

cocinar? Jenkins acaba de poner al fuego un asado de ocho kilos.

Jenkins era su criado negro. Tras un breve entreacto, la partida volvería a empezar a lo grande. Y ella iba transmitiendo la buena nueva a los demás.

—Venid a comer a casa. Hay un asado monumental que tenéis que ayudarnos a comer.

Él respondió:

—Puede que vaya Nora.

—Y espero que tú y tu amigo también.

—Me temo que esté cansado. Ha estado muy enfermo.

—Si no te lo traes, iré a buscarle.

—Mira, Lil...

—¿Quieres quedártelo para ti solo?

No, pero es mejor que te hable en serio. Ha estado realmente muy enfermo...

—Baja la voz y susurró—: Casi se vuelve loco. Es imprescindible que no beba.

—¡Muy bien! Pues no beberá.

—¡Un momento! No me entiendes. Lo que quiero decir es que puede que tenga ganas de beber. Sobre todo si ve que los demás lo hacen. Y para él una sola gota de alcohol sería como un veneno.

—¿Tan grave es?

—Sí, tan grave.

—¡Caramba, P. M.! ¿Seguro que me cuentas toda la verdad?

—¿Por qué no habría de hacerlo?

—Dices que estuvo a punto de volverse loco. ¿Solo a punto? ¿Seguro que no hubo un momento en el que...?

—¡Calla, Lil!

—O sea que...

—Podrás guardarme el secreto, ¿verdad?

¿Lo estaba haciendo bien o mal?

—Tráetelo de todas maneras. Te prometo que no cometeré imprudencias.

También aquella otra mujer, cuando habló de la tristeza de Donald, parecía estar en plena ensoñación.

Ahora lo recordaba. Su memoria había evocado de manera brusca un rostro, y resultaba curioso recordar algo tan antiguo allí, frente a las amarillentas aguas del río, al pie de esas montañas que las nubes invadían una vez más.

—¡Mirad! —gritaba alguien—. Vuelve a llover en México.

En efecto, en el horizonte podía contemplarse una especie de columna gris y borrosa que enlazaba el cielo con la tierra.

—¡Y pensar que yo decía que nos quedaban ocho días o más!

Los motores de los coches se ponían en marcha. Regresaban a casa unos detrás de otros para comer algo o darse un baño antes de volver a la carga.

—¡A mi casa! —recordaba Lil Noland a todo el mundo.

—A condición de que no haya bridge.

Los hombres del valle, excepto uno o dos, no eran muy aficionados al bridge.

—Podéis jugar al póquer si lo preferís.

Lil Noland era morena, y su piel parecía la de una mexicana.

La otra, la que en tiempos había mencionado la tristeza de Donald, era tan rubia que sus cabellos parecían blancos. Rubia y delgada, con un rostro alargado que a sus apenas dieciséis años poseía ya una gran seriedad.

«Parece una madrecita».

Eso decían de ella en el pueblo en el que el viejo Ashbridge tenía una tienda donde vendía de todo: comestibles y quincallería, hortalizas, abonos, whisky y ropa de confección. En Appleton, ese pueblo de la parte alta de Iowa, solo había una calle y la casa del viejo Ashbridge se hallaba justo en medio, por lo que constituía el centro del lugar y su propia alma. La casa era una planta baja de madera, y en la terraza siempre había hombres bebiendo cerveza y mascando tabaco mientras se balanceaban en sus mecedoras.

Los padres de la «madrecita» vivían al final de la calle, en la última casa, construida a base de tablones viejos, chapa ondulada y materiales recogidos por todas partes; allí dentro vivía un montón de niños, ocho o nueve, con una madre impedida que nunca se levantaba de la silla y un padre la mayoría de las veces borracho.

Su nombre era Dodson y la pequeña se llamaba Mildred. Casi siempre iba descalza, con un vestido de algodón de colores que pendía suelto sobre su cuerpo delgado.

Durante algunas semanas fue la novia de P. M. Él debía de tener unos dieciséis años. No es que fuera especialmente precoz. Las chicas aún le daban miedo. De hecho, Mildred fue la primera a la que llevó al cine, a Fairfield, el pueblo de al lado.

Ella jamás se reía. Donald, a los catorce años, era tan alto como su hermano y parecía tener su misma edad.

«Qué aire tan triste tiene tu hermano».

Ahora lo recordaba. Hasta entonces nadie se había fijado en que Donald pareciera más triste que los demás. Por otra parte, él tampoco se había preocupado mucho al respecto. Fue al instituto en Fairfield y a los diecisiete años desapareció para siempre, sin pensar más en Mildred, a la que tal vez besó un par de veces aprovechando la oscuridad.

Muchos años después, su hermano le escribió para comunicarle que se casaba. Y su esposa era precisamente Mildred.

¿Acaso no resultaba curioso? Hacía más de veinte años de eso, las aguas del Santa Cruz habían crecido muchas veces desde entonces y ahora Donald estaba en su casa, en la de P. M., en la habitación de los invitados. Mildred le esperaba con sus hijos en Nogales, al otro lado de la frontera.

P. M. no había vuelto a verla; tampoco conocía a los niños, dos chicos y una chica, de los que ni siquiera sabía la edad.

Resultaba asombroso el tono que la pequeña señora Noland había empleado para hablar de Donald, a quien, de hecho, apenas había visto. También ella lo primero que había notado había sido su tristeza.

Y eso le provocaba ensoñaciones. Lil Noland, sin embargo, no era una mujer célebre porque se interesara por los hombres. El suyo no destacaba por nada especial, era un buen chico, pero valía menos que ella. Tenían una hija que estaría de vacaciones en algún lugar de la costa, en California, y que pasaba el invierno en un colegio de Tucson.

«Va a querer ocuparse de él», se dijo.

No estaba celoso. ¿Cómo iba a estarlo de su hermano? ¿Acaso lo estuvo cuando se enteró de que se casaba con Mildred?

Puso el coche en marcha. Las mujeres más inteligentes —y Lil Noland era una de ellas— tienen una curiosa manera de juzgar a los hombres. Por ejemplo, sino sabía nada de Donald, ¿por qué se había extrañado cuando P. M. mencionó que se dedicaba a los negocios?

La verdad era mucho peor: Donald era un fracasado. No había otra palabra. Había fracasado en todo.

Por el contrario, P. M. se había trazado un ambicioso camino del que nada le había hecho desviarse.

Dejó el coche fuera, como de costumbre, comprobó que todos los caballos estuvieran en el prado, abrió la puerta e inmediatamente frunció el ceño. Le llegó un agradable olor a café y a tocino de la cocina, junto con un murmullo de voces. Cuando hizo acto de presencia, apenas se pronunciaron tres frases. No distinguió las palabras. ¿Por qué bastó con eso para que le pareciera que quienes hablaban se habían hecho amigos y charlaban alegremente?

Nora se había levantado. Era raro que, después de acostarse al amanecer, se levantara antes de mediodía, pues a veces se quedaba todo el día en la cama. Era tan perezosa, de una pereza tan peculiar, que hubiera preferido quedarse sin comer antes de encender el fuego para cocer unos huevos.

Pero estaba en pie. Él la habría despertado cuando encendió el motor del coche, y ella había reunido el ánimo necesario para salir de la cama. ¿Había oído levantarse a Donald tal vez?

—¿Y el río? —preguntó—. Ya no hay quien pase, ¿verdad? Acabo de telefonar a los Smiley y me han dicho...

Ella se dio cuenta de que P. M. no estaba contento. Hubiera querido disimular, pero no pudo evitarlo.

Su hermano se encontraba ahí, en la cocina, con el pantalón de la víspera ya seco y una camisa limpia, una camisa de P. M., fresca y almidonada, que Nora debía de haberle dado. Donald calzaba unas zapatillas de su hermano y se ocupaba de vigilar las tostadas.

Había cubiertos para los tres sobre la mesa de la cocina. Los vasos del salón habían sido recogidos y apilados en el fregadero.

—Parece ser que Raúl cruzó a caballo —prosiguió Nora.

En el valle no hacía falta salir de casa para estar al corriente de todo lo que ocurría. De una casa a otra y de un rancho a otro el teléfono funcionaba sin descanso. A Pemberton, por ejemplo, le gustaba dejarse caer por las casas de unos y otros, y no tenía la menor noción de las horas de la comida. Así pues, todas las tardes hacia las seis se oía al otro extremo del hilo telefónico la voz de la señora Pemberton.

—¡Hola! ¿No estará Edward en vuestra casa?

—Estaba hace un rato.

—Habré hecho un alto en casa de los Cady. Llamaba a los Cady, luego a los Smiley, y de ese modo seguía la pista a su marido.

—¿Qué te pasa? —preguntó Nora después de observar a P. M.

—¿A mí? Nada.

No merecía la pena mentirle. Nora era quizá más inteligente todavía que la señora Noland, aunque no compartían el mismo tipo de inteligencia. El padre de Lil Noland poseía tres ranchos en México, tenía intereses en las minas de Douglas e

incluso hacía negocios en Europa. Cuando era niña, Lil había viajado por todo el mundo. Estudió en París y en Suiza. Hablaba francés, español y un poco de italiano. Había heredado toda la fortuna de su padre, pues era hija única, pero vivía con tanta sencillez como cualquier otra mujer del valle. Y su casa era, probablemente, la más desordenada de todas.

Nora también era rica —algo menos, pero rica a la postre— gracias a su primer marido, Chester MacMillan, el cual le había dejado el rancho y acciones en varias empresas de Tucson y Nogales.

La diferencia entre las dos mujeres radicaba, tal vez, en que Nora sabía que era inteligente, que tenía buen gusto y que era culta, mientras que la pequeña señora Noland no era consciente de ello.

La misma diferencia existía en la forma en que cada una trataba a su respectivo marido. No se trataba de un pensamiento agradable y P. M. prefería no darle vueltas al asunto, pero, en realidad, la situación de ambos hombres era más o menos idéntica; ni el uno ni el otro tenían mucho dinero cuando se casó.

Larry Noland era, al mismo tiempo, un toro y un cordero. Lo primero por su estatura y por su brutalidad cuando perdía los estribos; lo segundo por la humildad con la que se enfrentaba a los asuntos cotidianos, sobre todo en presencia de Lil.

Seguramente era inferior a P. M. Aparte de caballos y de ganado, no sabía de nada en absoluto, y a duras penas había conseguido su mujer que aprendiera a jugar al bridge, aunque lo hiciera muy mal.

Pero en presencia de la gente, en cualquier caso, Lil se mostraba sumisa y enamorada. Nunca se permitía llevarle la contraria a su marido. Si a él le daba por beber, cosa que ocurría con frecuencia, ella le contemplaba con indulgencia y jamás se atrevía a quitarle el vaso de la mano.

Nora, sin embargo, mantenía con P. M. un trato de igual a igual. Él prefería considerarla como tal. En el fondo...

—Confiesa que estás preocupado. ¡A comer! Los huevos ya están.

Ella sabía que le pasaba algo. Siempre lo sabía. Y cada vez se lo hacía ver mediante su actitud. El modo en que miraba a Donald mientras traía las tostadas era bien elocuente. Significaba: «Sé que estás furioso porque me he levantado y piensas que es por tu amigo. ¿Y bien? Tengo derecho a ser curiosa».

Sin embargo, lo que decía en voz alta era:

—Eric es un muchacho encantador y se las arregla muy bien en la cocina.

Por unos instantes, P. M. no entendió a qué venía eso de Eric, pues se había olvidado de que era el nombre que le había puesto a su hermano la noche anterior.

Nora lo hacía aposta. Notaba que algo iba mal, que P. M. no estaba del todo tranquilo. ¿También estaba medio desnuda deliberadamente?

Las otras mujeres del valle no iban mucho más vestidas que ella, pero lo de Nora tenía algo de exhibicionismo. Durante todo el año, cuando estaba en el rancho y salvo cuando montaba a caballo, su atuendo consistía en un minúsculo pantalón corto, que más bien parecía unas bragas, y una especie de sujetador que a veces dejaba ver un pecho. Los pies, calzados en unas sandalias, mostraban las uñas pintadas de color rojo.

También es verdad que tenía cuerpo de muchacho, pues sus caderas y pechos eran propios de una chica de quince años.

—Eric me ha dicho que no confía en que sus amigos vengan a buscarle.

Cada vez que oía ese nombre fruncía el ceño. Temía hacerse un lío y además ignoraba lo que su hermano podía haber contado.

—Nunca me habías hablado de él.

—¡Si tuviera que hablarte de todos mis amigos del colegio y de la universidad!

—Eso resulta un poco humillante para Eric.

—Ya sabe que tengo mal carácter.

Lo más sorprendente era que Donald escuchaba todo aquello como si no fuera con él. ¿Lo encontraba Lil triste? Lo suyo no era tristeza, sino una indiferencia odiosa. No movía ni un músculo del rostro. Se comía los huevos con tocino tranquilamente, como si estuviera en su casa con Mildred y los niños.

Miraba al infinito contemplando, más allá de la ventana, la lluvia que empezaba a caer de nuevo.

En definitiva, ¿quién de los dos corría algún riesgo? Eso era lo que sacaba a P. M. de quicio. Claro, a Donald podían atraparlo otra vez. ¿Y qué? ¿No venía ya de la cárcel? Lo lógico es que aún estuviera dentro, durante años. Y era él, y no P. M., quien se lo tenía merecido.

Pero eso Nora no podía saberlo.

El único que se arriesgaba era P. M. Él nunca había matado a nadie. Procedía del mismo padre, de la misma madre, de la misma casa de madera en Appleton. Los dos habían tenido las mismas oportunidades.

¿O es que Donald, con su aire soñador —su famoso aspecto triste—, sería capaz de afirmar lo contrario?

La mejor prueba de que habían recibido las mismas cartas desde el principio era que su hermana Emily —que tenía cuatro o cinco años menos que ellos, aunque no sabía con exactitud cuántos, pues había vivido poco tiempo con ella en la casa y apenas la conocía— también se las había arreglado y gozaba de una buena posición en Los Ángeles, donde era, si no una directiva, por lo menos una empleada bien situada en una empresa de productos de belleza.

Seguro que Emily había trabajado duro para llegar hasta ahí, y que había vivido con privaciones, como P. M., al que le faltó de todo durante años y, si había llegado a alguna parte, fue sin ayuda de nadie, sacrificándose día y noche.

Y ahora Donald acudía a verlos, primero a uno y después al otro, con toda la tranquilidad del mundo.

«Mildred y los niños me esperan al otro lado de la frontera, y cuento contigo para que me lleves allí».

Emily le había dado todo el dinero de que disponía. ¿Acaso eso le había parecido a ella normal?

Quizá también le parecería normal que P. M. tuviera la peste, por ejemplo, o el cólera, y se presentara en su casa, se dejara caer en la cama y dijera: «Cuento contigo para que me cuides. Y si te contagio, mala suerte».

Y es que se trataba exactamente de lo mismo. O quizá de algo peor; Donald era peor que la peste.

Además, había llegado apenas unas horas antes y ya había dos mujeres que lo encontraban interesante, dos mujeres dispuestas a preocuparse por su caso y a participar en su defensa.

¡Lil Noland! ¿Qué había dicho al respecto?

«¿Por qué tiene tu amigo un aire tan triste?», o algo parecido.

Y Nora, que se preciaba de mantener siempre la serenidad y la lucidez, ¡se levantaba a las nueve y media de la mañana para preparar el desayuno junto a un desconocido!

A fin de cuentas, culpaba a su marido de sentir unos celos sórdidos de su amigo.

Sonó el teléfono. Era sorprendente que no hubiera sonado antes. Nora se levantó y no tardó en oírse su voz desde el salón.

—¿Sí? ¿Oiga? Pues claro, Lil... No, aún no me lo ha dicho. Estábamos comiéndonos unos huevos con tocino. Buena idea, sí... ¿Cómo?... Dime, no te entiendo. No, no me ha contado nada. Está un poco gruñón esta mañana. Sí. ¿De verdad?... No me lo parece. No... Que sí, mujer, absolutamente normal...

P. M. se ruborizó y, muy a su pesar, le lanzó una mirada furiosa a su hermano, que seguía comiendo.

Sabía de qué se trataba. ¿Era posible que la señora Noland estuviera tan excitada como para abalanzarse sobre el teléfono y explicarle a Nora lo que él le había contado?

—Ahora hablaré con él. De todas formas, seguro que iremos. Luego vendréis todos aquí. ¡Pues claro!

No tengo ánimos para vestirme... Hasta ahora. —Cuando regresó dijo, como si P. M. no lo supiera—: Era Lil. —Y contempló a los dos hombres con el aire que adoptaba cuando se creía muy sutil: una ligera sonrisa irónica en las comisuras de los labios—. No habrá quien cruce antes de ocho días —declaró.

—Puede ser.

—¡Seguro que sí! Raúl ha sido el último en cruzar, iba a caballo.

Donald levantó bruscamente la cabeza.

—¿Alguien ha atravesado el río?

Y lo curioso es que clavaba la mirada sobre su hermano como si le exigiera explicaciones al respecto.

Nora se daría cuenta de ello. Y P. M., a pesar de esforzarse, se violentaba y casi adoptaba un aire de culpabilidad.

—¡A caballo! Y ha sido el único capaz de cruzar el río esta mañana. Raúl, que nació aquí, que conoce el Santa Cruz mejor que nadie, ha estado pensándoselo durante un buen rato. Yo estaba presente. Si no llega a pasar, nadie se podría ocupar ahora de los animales de Pemberton.

—¿Y qué es lo que impide cruzar en sentido contrario?

—Para empezar el río, que sigue creciendo. ¿Quién era aquí el culpable, Donald o él? Los papeles se habían invertido.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Además, es más difícil atravesarlo en sentido contrario, porque del otro lado el declive es más pronunciado y el caballo no tendría la menor oportunidad de erguirse cuando el agua casi le llegara al cuello.

—¿Tantas prisas tiene por dejarnos? —preguntó Nora.

Cuando clavó la mirada en su marido, una pequeña chispa de ironía brotó de los ojos de Nora. Y este lo comprendió todo de inmediato.

¡Creía que estaba celoso! ¿No habría pensado más o menos lo mismo Lil Noland cuando le contó la historia de Donald?

Ambas eran muy tontas, tanto la una como la otra. ¿Celoso de qué, demonios? ¿De su hermano? ¿De ese Donald que era un fracasado, que había acabado casándose con Mildred, que salía de la prisión de Joliet y al que podían detener en cualquier momento?

Le he dado una de tus camisas. Deberías prestarle algo de ropa. —¡Celoso! ¿No se les había ocurrido nada mejor? ¡Y todo porque Donald *tenía un aire triste!*—.

¿No le apetece un vaso de cerveza, Eric? P. M. la miró con fiereza.

—Te dije anoche...

—¡Ah, sí, perdón! Parece que tiene usted prohibido el alcohol. ¿Le importa que me tome yo una? Cuando la noche anterior me he excedido, es lo que mejor le sienta a mi estómago. Y no sé por qué P. M. me mira mal, pues él hace lo mismo.

Seguían en la cocina, donde solo comían los domingos, cuando no tenían a nadie del servicio. Nora se levantó por su bebida y luego dejó correr el agua caliente sobre el fregadero.

Donald se levantó a su vez, de golpe.

—Déjeme a mí.

—No, hombre, ya estamos acostumbrados.

—Yo también.

Donald acabaría por traicionarse. Seguro que no tenía criada. Lo más probable era que, antes de lo sucedido, ayudara a Mildred a lavar los platos.

Nora era lo suficientemente astuta como para albergar sospechas, y cuando tuviera algo a lo que agarrarse, ¡quién sabe hasta dónde llegaría!

—¿Casado?

No llevaba alianza, ella ya se había fijado en ese detalle. ¿Se habría visto obligado a revenderla, tal vez?

—Casado, sí. Con tres niños.

—¿Vive muy lejos de aquí?

Por miedo a las meteduras de pata, P. M. se sintió obligado a responder:

—En Ohio.

Estaban empezando a lavar los platos sin él. Y a veces Nora le miraba de soslayo, con ojillos burlones.

—Es curioso —decía ella—. Hay momentos en los que tengo la impresión de que le conozco desde hace tiempo. No se ofende, ¿verdad? Me pregunto si no nos habremos cruzado antes. ¿No habrá vivido en Los Ángeles?

Con su primer marido, Nora solía vivir allí varios meses al año.

—Nunca. Solo he estado de paso.

—Eso podría bastar.

—Hace quince días.

—Entonces no. A lo mejor se parece usted a alguien.

¿Lo hacía a propósito? ¿Se había dado ya cuenta del parecido que existía entre P. M. y él?

Tenían más o menos la misma estatura y complexión parecida. Pero aquello que en el mayor se había redondeado o siempre había sido más blando, en Donald era seco y duro. Por el contrario, esa seguridad a veces exagerada o preocupada que se percibía en la mirada de P. M. se convertía en candor o ingenuidad en el benjamín. Sus ojos eran más claros y a menudo tenía la mirada perdida.

—Prefiero lavar yo y que usted seque.

—Si me lo permite, yo lo haría al revés.

—¿Por qué?

—Porque la grasa a mí no me molesta y a las mujeres les horroriza.

—¿Has oído, P. M.?

Claro que lo había oído. Los otros domingos, Nora lavaba y él secaba.

Entre Nora y Donald ya se había establecido una especie de complicidad: una complicidad que se volvía en su contra.

Dentro de poco pasaría lo mismo con Lil Noland. Ambas eran ricas; la una gracias a su padre, la otra gracias a su primer marido. Se sabían inteligentes, independientes —sobre todo Nora—. Debían de figurarse que habían comprado a

sus maridos, y ese era el pensamiento que de verdad anidaba en sus adentros.

Y de repente, porque les ponía al alcance un hombre del que no sabían nada pero de aspecto triste, Nora se levantaba pronto, empezaba a lavar los platos y a mostrarse encantada por un lado y agresiva por otro; al tiempo que Lil Noland, que debía de haber convocado a todo el valle solo para asegurarse la presencia de Donald, perdía sin duda alguna su sencillez habitual para dárseles de elegante.

P. M. tenía ganas de decir con voz chillona, para imitarlas, para imitar a Mildred y a todas esas gallináceas: «Tiene un aire triste, ¿verdad?».

¡Un fracasado, sí, señor! ¡Un hombre débil! Un tipo que no había sabido plantarle cara a la vida y asumir con honestidad, como un hombre, sus responsabilidades.

En cambio, P. M. sí que había sabido hacerlo. Eran hijos de la misma madre, y es cierto que esta se emborrachaba y que a veces el viejo Ashbridge tenía que encerrarla durante varios días, pues de lo contrario hubiera vaciado las garrafas de whisky.

O sea, que tenían la misma sangre. Y las mismas desventajas de salida.

¿Acaso se había dado Emily a la bebida? Claro que no, de lo contrario no hubiera conseguido llegar a donde estaba.

Y él, P. M., en ese valle que pasaba por ser el menos comedido de toda Arizona, se tomaba la molestia, después de la tercera copa, de bajar del taburete para ir a mirarse en el espejo y decidir si podía o no tomarse el último bourbon doble.

Después, a menudo sentía el impulso de darse una vuelta por la colina. Pero con eso no perjudicaba a nadie, y si volvía deprimido, sin atreverse apenas a tocar el volante con las manos sucias, solo era asunto suyo.

3

—Ahora, señores, a vestirse. Le he prometido a Lil que estaríamos en su casa dentro de una hora —dijo Nora. E hizo algo que, aunque no tuviera nada de extraordinario, sí resultaba bastante significativo. Cuando Donald iba a cerrar la puerta de su habitación, le gritó—: ¡Eh, usted, un momento! —Fue corriendo hasta su cuarto y volvió con un cartón de cigarrillos—. Así ya no tendrá que pedirme.

¿Qué sucedió a continuación? P. M. se desvistió y se metió en la ducha. No se veía con ánimos de tomar un baño caliente. Su cuarto de baño y el de la habitación de invitados se comunicaban.

Seguramente la puerta estaría cerrada en el momento de correr la cortina de la ducha. Pero ¿por qué preocuparse por esos detalles sin importancia? Sí, era típico de su carácter; sin embargo, no hasta ese punto.

Lo importante —¿seguro? En realidad no lo era tanto— es que en un momento dado se había encontrado a Donald en su cuarto de baño, desnudo y con el agua chorreándole, y con una gran toalla azul sobre los hombros que exhibía el anagrama del MM RANCH. Y él también estaba desnudo.

Tres de los ranchos del valle tenían piscina; entre otros, el de los Noland. Se citaban en grupos pequeños. Los hombres se desnudaban a un lado, las mujeres al otro. Y P. M. nunca había sentido pudor al desnudarse ante sus compañeros.

Esta vez, sin embargo, se encontraba a disgusto, como ya se había sentido la noche anterior cuando su hermano se había desvestido ante él. Había otro detalle molesto del que aún no era del todo consciente, pero que ensombrecía su estado de ánimo: no se le dejaba tomar ninguna iniciativa. Cuando regresó del río, se encontró en la cocina a Donald y a Nora formando un cuadro familiar. Nora ya se dirigía al invitado por el nombre que creía que le correspondía; durante el desayuno había pronunciado diez veces la palabra Eric.

—Venga, Eric. Vamos a lavar los platos mientras P. M. escucha las noticias por la radio. Sin su boletín de noticias es capaz de ponerse enfermo.

Se había prometido *ir* a hablar con Donald; *ir*, en todo caso, cuando le pareciera bien, después de ducharse, por ejemplo, cuando se hubiera puesto el pantalón y la camisa. Sin embargo, fue Donald quien se plantó en su cuarto de baño, como si aquello fuera lo más natural del mundo.

Donald no había ido a hablarle de su caso, de la frontera, de que Mildred le esperaba en Nogales.

Como si todo eso no existiera, se puso a observar con ojo crítico el cuerpo de su hermano mayor.

—No haces mucho ejercicio.

—El trabajo no me deja tiempo.

—¿Te encuentras bien?

—¿A qué te refieres?

—A la salud. A tu edad empiezan los achaques.

—Me hice una revisión médica hace dos meses. Y aparte de algo del hígado alguna que otra vez...

—Emily está estupenda.

A P. M. casi se le corta la respiración. Donald había ido a ver a su hermana en calidad de fugitivo, como un hombre acorralado por la policía que, en semejante condición, se arriesga a comprometerla. Y en ese momento hablaba como si le hubiera hecho una visita banal y afectiva. Seguro que la había inspeccionado como analizaba a su hermano mayor, con ojos escrutadores.

—¿Cómo conseguiste su dirección?

—Nunca dejó de escribir a Mildred y al principio le echó una mano.

P. M. prefirió mirar hacia otro lado. Jamás se había preocupado por cómo les iban las cosas a la mujer y a los hijos de su hermano; lo cierto es que a duras penas hubiera podido resumir con exactitud qué había sido del propio Donald.

Sin duda, Donald creía que P. M. estaba al corriente de todo, así que no hacía

alusión a lo esencial, a lo que había sucedido en Rock Island. Por su parte, P. M. prefería no preguntar.

Habían pasado algo más de dos años. P. M. y Nora viajaron a Nueva York, donde estuvieron algunas semanas, pues Nora debía arreglar unos complicados asuntos de herencia. Hacía poco que se habían casado. Vivían en un gran hotel de Park Avenue. Llevaban una vida muy ajetreada: el quehacer diario, los cócteles, las cenas, el teatro y luego los clubes.

En ese contexto, P. M. leyó una mañana en el periódico que se había perpetrado un atraco en un cabaret de Rock Island, en Illinois. Eran apenas unas líneas. Las había leído porque entre Rock Island y Davenport, donde había vivido varios años, lo único que se interponía era el Mississippi. Conocía incluso el lugar del que hablaban.

«Hasta ahora, la policía solo ha detenido a un tal Donald Ashbridge, el cual opuso una gran resistencia e hirió de gravedad a un agente. El detenido se encontraba en estado de embriaguez».

De este modo, al cabo de los años, tuvo noticias de su hermano. Por supuesto no le dijo nada a Nora.

Los días siguientes buscó más detalles en los diarios, pero fue en vano. Luego se marcharon a Miami, donde pasaron una semana antes de volver a Tucson y al rancho. Los periódicos de Arizona no hablaban de lo que había sucedido al otro extremo de Estados Unidos.

¿Qué debería haber hecho? No hacía ni un año que se había casado. En Nogales acababa de asociarse con Reeves, un proveyecto abogado que le proporcionaba toda la clientela del valle.

¿De qué le hubiera servido a Donald que se presentara en Rock Island y dijera: «Soy su hermano y, como abogado, voy a asumir la defensa»?

Además, en aquellos momentos, todo hay que decirlo, tenía problemas de dinero, pues para asociarse con Reeves hubo de aportar una buena suma y no quería pedirle nada a Nora.

Las noticias le llegaron a través de Emily. Sin ella no hubiera sabido nada de la familia. Era la única que mantenía al día la correspondencia con todo el mundo. ¿Qué le explicaba Emily exactamente? Que Donald atravesaba un mal momento,

que había vuelto a beber y que lo habían pillado en una ratonera.

Estaba convencida de que no era culpable de los cargos que le imputaban, sino que querían echarle el muerto encima.

En ese momento debería hablar con Donald, hacerle preguntas precisas. En vez de eso, mientras se ponía unos calzoncillos y buscaba en el cajón otros para su hermano, murmuraba:

—¿Qué tal está?

—Es una buena moza de treinta y dos o treinta y tres años.

—¡Y te presentaste en su casa sin avisar!

—No. Le telefoneé. Quería pedirle que nos viéramos en una cafetería o en un bar. No tuve ni que decir mi nombre, enseguida reconoció mi voz.

»“¿Estás en Los Angeles?” —me preguntó.

»“Sí”.

»“Espera. Una amiga vendrá a visitarme y se quedará hasta las diez. Ven a verme algo más tarde”.

»Vive en un hermoso y elegante apartamento de Beverly Hills.

—¿Vive sola? —preguntó P. M. sin mala intención.

—Supongo —respondió su hermano con acritud.

Resultaba extraño pensar en esa hermana a la que no reconocería por la calle y de la que no sabía nada.

¿Por qué no se había casado? ¿Habría tenido amantes?

—Ella lo arregló todo —prosiguió Donald—. Me escondí en su casa durante varios días. Le escribió a Mildred y le envió dinero para que se fuera a México con los niños. Y pensó en Nogales porque tú vivías cerca de la frontera.

—¿Por qué no me avisó?

Donald abrió la boca, pero volvió a cerrarla. P. M. había entendido. Seguro que Emily le dijo: «Es mejor no avisarle. Sería capaz de aprovechar la situación para hacer un viajecito. Si te presentas allí y lo pones contra la pared, tendrá que hacer algo».

—¿Emily sabe algo de nuestro padre? —preguntó P. M. para cambiar de tema.

—Él le envió una fotografía; yo la he visto.

—¿Es verdad que ha vuelto a casarse?

—Con una mujer de cuarenta y dos años. Él tiene... A ver, tú también tienes cuarenta y dos años, más veintiocho... Papá tiene setenta años exactos. Se ha construido una casita en Bradenton Beach, que está en Florida, cerca de Tampa. Emily me enseñó una fotografía, es un hermoso chalet entre las dunas. En vez de construir solo uno ha construido varios y los alquila. ¿Estos son los pantalones más estrechos que tienes? ¡Bueno! Habrá que apretarse el cinturón... Volviendo a Emily, creo que ha heredado de nuestro padre la habilidad para los negocios. Le va muy bien, y la soledad no parece pesarle. Lo que más me ha sorprendido ha sido encontrarla tan elegante. La pobre Mildred la habría confundido con una estrella de cine. También es cierto que Mildred...

Por un instante, P. M. se preguntó si Donald no se expresaba así, con tanta desenvoltura, para evitar hablar de sí mismo. Pero no, lo hacía de forma natural. En cierta medida, presentaba el balance familiar.

Era asombroso ver hasta qué punto se había dispersado el pequeño núcleo humano de la cabaña de Iowa.

Emily en Los Ángeles, P. M. en Arizona, Donald intentando llegar a México ¡y el viejo Ashbridge había vuelto a casarse y se había trasladado a una playa de Florida!

Aún debían de faltar cosas, pues Donald frunció el ceño, como si estuviera intentando recordar algo.

—¿Qué fue de Peggy? —preguntó.

P. M. hundió la cabeza en el cajón en que estaban guardadas sus corbatas.

—¿Te habló Emily de ella?

—Qué va. Fuiste tú quien me escribió en esa época para hablarme de ella. Estabas en Chicago.

—No era mala persona.

—¿Está muerta?

—No. Bueno, no lo sé. Hace tiempo que nos divorciamos.

—¡Ah!

¿Es que pensaba Donald ahora erigirse en juez? Tenía un modo desconcertante de preguntar, como el que no quiere la cosa, pero P. M. empezaba a sospechar que su hermano tramaba algo.

—¿Pero no os habíais casado por la iglesia?

—Sí. Ella también era católica.

—¿Y Nora?

—Es protestante.

—¿No has tenido hijos?

—No.

—Peggy trabajaba, ¿verdad?

—Sí, en la compañía telefónica.

—¿Y ahora?

—No lo sé. Supongo que sigue trabajando.

¿Qué pretendía insinuar Donald? ¿Qué habrían estado hablando Emily y él de P. M.? ¿Que jamás se había preocupado de Mildred y los niños? ¡De acuerdo!, tal vez se había equivocado. Pero todavía había que averiguar si de verdad merecía la pena arriesgar su propia situación.

¿Y bien? ¿Es que el resto de su vida también le incumbía? Se había casado con Peggy en Chicago cuando apenas contaba veinte años. Se lo había comunicado por carta a sus padres y a sus dos hermanos, pues en aquella época los lazos familiares aún eran bastante estrechos.

Creía recordar el tono de sus cartas, aunque prefería no pensar en ello. Se estaba crispando. Entonces su vida era dura, muy dura. No todos los días podía pagarse unos espaguetis en un bar, y tuvo que contarles que Peggy comprendía sus ambiciones, que compartía su miseria, que era muy sencilla y muy valiente.

—¿Fuiste tú quien pidió el divorcio?

—Ya no recuerdo lo que pasó. Al cabo de algunos años nos dimos cuenta de que lo nuestro no funcionaba.

—¿Y Nora?

—¿Qué pasa con Nora?

—¿Es rica?

—No lo sé. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada. Es mucho más joven que tú.

—Tiene treinta y dos años.

—¿Cómo era su primer marido?

—¿El viejo Ches?

—¡Ah! ¿Era viejo?

—No exactamente, cincuenta y tantos años, pero tenía el pelo blanco y le llamaban el viejo Ches.

—¿Le conociste?

—Sí, en Tucson.

—¿Era el propietario de este rancho?

—Sí. Yo me ocupaba de sus negocios. Era abogado en Tucson.

—¡Ah!

En varias ocasiones, P. M. notó cómo la sangre le subía a la cabeza. Donald dejaba caer las palabras con desenvoltura, sin acritud, y uno tardaba un rato en percatarse de que podía atribuírseles cualquier sentido.

¿Adónde quería ir a parar? P. M. se había divorciado de Peggy, ¿no estaría insinuando Donald que la había matado para deshacerse de ella?

¿Y Chester MacMillan? ¿Acaso se había cargado también a Chester MacMillan para casarse con Nora?

—Oye, Donald...

—¿Qué?

—He llevado mi vida a mi manera, y eso es algo a lo que todo el mundo tiene derecho. He trabajado mucho. He trabajado toda mi vida y sigo haciéndolo. Siempre he sido duro conmigo mismo y me considero un hombre honrado. ¿Lo entiendes?

—¿Qué debo entender?

Cualquiera diría que había hablado todo el rato sin segundas intenciones.

Como ya estaban los dos vestidos, no había ningún motivo para seguir en la habitación, pero Donald acababa de encender un cigarrillo. No debía de ser tan poco suspicaz como pretendía, pues, en un momento dado, mientras recorría la habitación, se plantó ante su hermano y levantó la cabeza con lentitud.

—Una pregunta más, Pat.

—Ya te he dicho que no me llames así.

—De acuerdo. Una pregunta más. ¿Estás seguro de que...? —Hablaba despacio, sin alzar la voz (más bien al contrario), pero silabeando—: ¿Estás seguro de que tienes ganas de hacerme cruzar la frontera? —Y al ver que P. M. hacía un ademán de indignación, añadió—: ¡Espera! Tal vez me he expresado mal. ¿Estás seguro de que harás todo cuanto esté en tu mano?

—¿Qué remedio me queda? —Las palabras que acababa de pronunciar le disgustaron, pero ya era demasiado tarde para retirarlas—. Estás aquí, ¿no? Tu mujer y tus hijos se hallan al otro lado. Supongo que no me creerás capaz de llamar a la policía y decirle: «Este es mi hermano, el que andan buscando». —Mientras hablaba, Donald lo miraba con aire distraído y eso le molestaba, le hacía sentirse culpable—. No entiendo tu pregunta.

—Tienes razón. No te queda más remedio —dijo Donald y suspiró.

Todo resultó más sencillo cuando retomó las cuestiones técnicas.

—¿Estás seguro de que no puedo pasar a caballo como el vaquero de esta mañana?

—Segurísimo. Aunque atravesaras el río, ¿qué harías tú solo al otro lado?

—¿Crees realmente que estamos atrapados aquí para varios días?

—Es probable. Eso opinan todos los que llevan años viviendo en el valle.

—¿Cómo me harás cruzar la frontera?

—Aún no lo sé. Toda la gente de la región, tanto la del lado mexicano como la del norteamericano, tiene un carné especial que le permite pasar cuando quiere. Hace mucho tiempo que no comprueban el mío; los inspectores me conocen. El jefe de Inmigración es un amigo y los miembros de la patrulla pasan por aquí a menudo para tomar un trago. Te llevaré en mi coche. —Recordó la última vez que había atravesado las verjas, la lluvia, la colina, el olor de las muchachas mojadas—. Supongo que haré eso.

Por primera vez, Donald pareció estar de acuerdo.

—Bueno —dijo. Y enseguida volvió a tomar la iniciativa—: Vamos a ver a Nora.

También él la llamaba por su nombre de pila.

Esto es, más o menos, lo que sucedió durante la mañana. En definitiva, justo lo contrario de lo que hubiera sido lo normal en aquella situación. Era P. M. quien tenía derecho a hacer preguntas y Donald el que debería haberse sentido incómodo ante ese hermano mayor cuya ayuda solicitaba y al que podía comprometer de

manera grave.

A fin de cuentas, P. M. no disponía de más datos que la víspera. Lo poco que sabía se lo debía a las cartas de Emily, y estas tampoco eran lo que se suponía que deberían ser.

A menudo se había preguntado por qué le escribía. ¿Por un sentido del deber quizás? Emily era de esas mujeres capaces de hacer muchas cosas desagradables simplemente porque creen que es su obligación.

Ella le escribía cada dos o tres meses; ¿escribía con mayor frecuencia a los demás, a Donald y a su padre? Era probable; en cualquier caso, con ellos emplearía otro tono. Ahora de repente se preguntaba si no continuaría manteniendo una correspondencia fluida con Peggy; se le había metido esa idea en la cabeza por el modo en que Donald había hablado de ella.

Emily, por ejemplo, nunca le había hablado a P. M. de lo que le incumbía realmente a él: jamás le había felicitado por sus logros ni se había preocupado por sus esfuerzos.

Era como si se hubiera arrogado la tarea de seguir siendo el nexo entre los miembros dispersos de la familia, una misión que llevaba a cabo de forma concienzuda.

«Tengo malas noticias de Donald. Las patatas se han vendido tan mal este año que seguramente se verá obligado a vender la granja. No tiene suerte. Lo que más me apena es que eso, sin duda, le incitará a beber...».

Siempre Donald. Donald y Mildred, de la que hablaba con el mismo afecto:

«Han malvendido la granja. Mildred es muy valiente. Van a instalarse en Davenport, donde puede que Donald encuentre trabajo en Farness y Kampmeier...».

Estos dos nombres significaban mucho para los miembros de la familia Ashbridge. Para los demás solo se trataba de dos iniciales sobre las desnatadoras y mantequeras. Farness y Kampmeier fabricaban esos aparatos en Fairfield y en Davenport. Fairfield se encontraba a unos dieciséis kilómetros de Appleton, de su casa, de la tienda del viejo Ashbridge. Todos los chicos y chicas del pueblo trabajarían un día u otro en Farness y Kampmeier.

—Cuando termines el instituto —decía el viejo Ashbridge—, solo tengo que decírselo y estoy seguro de que te admitirán en sus oficinas.

Pero P. M. no quiso ni oír hablar de ese porvenir y emprendió el vuelo hacia otros destinos. Donald trabajó allí al principio. Debió de ser en esa época cuando se casó con Mildred. ¿Se ganaba la vida como ayudante de contable o algo parecido?

Luego se le metió en la cabeza la idea de comprar una granja. ¿Le prestó su padre una parte del dinero que necesitaba? No todo, por supuesto, pues ni era rico ni tampoco de los que se quedan sin nada cuando llegan a la vejez.

Donald inspiraba confianza. Siempre la había inspirado. Todo el mundo le quería.

En cualquier caso, alguien le prestó el dinero, pero al final Donald tuvo que vender la granja después de unas malas cosechas. Había vuelto a beber, eso decía Emily. O sea, que antes ya le había dado por la bebida. ¿En qué época? ¿Por qué?

Su madre bebía, pero eso no explicaba nada. En ella era una auténtica enfermedad y los médicos estuvieron de acuerdo en considerarla una irresponsable.

Era la mujer más dulce, humilde y generosa de la tierra. La necesidad de beber le sobrevinía de repente, después de varias semanas, de varios meses, a veces, de abstinencia. En esos momentos, aunque la encerraran en su habitación, siempre encontraba la manera de conseguir alcohol.

Ya había muerto cuando P. M. se fue de casa. Y él nunca había bebido, nunca más de la cuenta.

Durante toda su vida había tenido la fuerza de voluntad de parar a tiempo.

«Me pregunto cómo saldrán adelante Donald y Mildred en la ciudad con los críos. Es tan difícil instalarse dignamente...».

El círculo en el que se movían era estrecho: Appleton, Fairfield, Davenport. Para ellos, los apellidos Farness y Kampmeier eran como palabras sagradas.

¿Qué habría hecho Donald durante cerca de veinte años? P. M. solo conocía algunos detalles y siempre a través de las cartas de Emily, pues Donald escribía poco: hacía por lo menos cinco años que este no le había escrito.

Esa mañana, ¿no le correspondía a él hacer las preguntas? ¿Y acaso no tenía derecho a adoptar un aire inquisidor, a mover la cabeza, a suspirar como lo había hecho Donald?

«Nuestro hermano es un pusilánime...».

¡Menuda excusa! ¡Un pusilánime! O sea, que tiene todos los derechos. Sé débil y evitarás cualquier responsabilidad.

«¿No consigo alimentar a mi familia? Perdóname. Soy un pusilánime».

»En Iowa un millón de tipos se ganan la vida cultivando maíz o patatas. Yo me veo obligado a vender mi granja después de dos años seguidos de malas cosechas.

»¡Ya lo veis, soy un hombre débil, un desdichado!».

Y en las cartas de Emily, en cada línea, se percibían un cálido afecto y piedad.

Seguramente le envió dinero. Es una mujer que está sola, se las arregla por sí misma. Y aun así encuentra la manera de enviarle dinero a Donald.

Y el padre, allá en Florida, también debió de hacerlo.

¡Porque es un pusilánime!

¿Que bebe? ¡Claro, hombre, porque es débil! ¿Ha matado a gente, va a la cárcel, se arriesga a deshonorar, a arruinar a toda la familia?

¡Un pusilánime!

Y ese hombre aparece de repente un buen día, o más bien una noche de tormenta. Está calado hasta los huesos y no tiene ropa para cambiarse.

«Soy un pusilánime».

¡Qué va! Ni siquiera lo dice. Tampoco lo piensa. Él es el arrogante, el que se instala, el que enseguida llama por su nombre a la mujer de su hermano, él es quien se levanta cuando le parece y se prepara el desayuno. El que aparece de pronto en cueros.

«Pero al final, ¿qué pasó con Peggy?».

Interroga. Juzga. No pronuncia un veredicto, pero es evidente que ya se ha formado un juicio.

«¡Te deshiciste de Peggy cuando empezaste a triunfar y consideraste que no era lo suficiente buena para ti!».

No es verdad. Lo cierto es que nunca se quitó a Peggy de encima en un sentido literal. Se casaron muy jóvenes. Peggy se había hartado de estar con sus padres, que vivían en los suburbios y discutían de la mañana a la noche.

En realidad, Peggy jamás comprendió sus ambiciones. Ella solo soñaba con una casita con terraza y unos palmos de césped. Hasta el punto de que cuando él obtuvo sus diplomas se quedó tan impresionada que se echó a llorar.

«Voy a probar suerte en San Francisco. Hasta que consiga algo, creo que lo más prudente es que conserves tu trabajo».

Así es como sucedió. Él se fue y ella se quedó. Pasaron los meses, los años. De vez en cuando él le enviaba un poco de dinero. Un día fue a verla a Chicago; le pareció una solterona. Vivía con una amiga para que el alquiler le resultara menos oneroso.

La situación era igual de embarazosa para ambos. No tenían nada que decirse. No le habló enseguida de su decisión porque era difícil expresarse de viva voz; le escribió algunas semanas después.

«... Por supuesto, asumo todas las responsabilidades y, durante un tiempo razonable, te pasaré una modesta pensión...».

¿Por qué se hace Donald el enterado al hablar de Peggy si ni siquiera la conoce, si nunca la ha visto, si la única imagen que tiene de ella procede de una fotografía de recién casados que P. M. envió a la familia?

¿Y a qué vienen esas preguntas acerca de Nora, de su primer marido y del rancho?

En ese momento, parecía que Nora se estuviera poniendo de su parte. Cuando ambos hermanos entraron en el salón, ella, que estaba leyendo una revista, dijo:

—¡Hola, Eric! Déjeme ver qué pinta tiene. La verdad es que P. M. podría haberle dado un pantalón mejor.

—Eric ha escogido el que ha querido.

—Bueno, en realidad está usted muy bien así. Lil Noland acaba de telefonar. Nos espera.

¿Acaso estaban las dos entusiasmadas con él? ¿Y de dónde sacaban que Donald estaba triste?

¡Un cínico, eso es lo que era! Ni siquiera se había disculpado por las molestias que causaba en la casa, ni por los riesgos que hacía correr a su hermano.

Se ponía sus pantalones y eso le parecía muy natural. Era normal que todo el mundo lo atendiera, se preocupara por él, trabajara para él.

¿Triste? ¡Ni hablar! Simplemente, no se tomaba la molestia de sonreír, de ser amable. Miraba a la gente como si estuviera diseccionándola.

Eso le había funcionado muy bien con Emily, y sin duda también con Mildred, que no dudaba en expatriarse con los niños —¡y Dios sabría en qué condiciones materiales!— para poder reunirse con él.

Estaba a punto de salirse con la suya con la señora Noland, y también con Nora.

—En marcha, señores. ¿Vamos en los dos coches, P. M.?

—¿Para qué?

—Como quieras. Pasaremos por el río. Hoy no lo he visto.

Aunque no llovía mucho, la lluvia era entonces constante, espesa, inagotable.

—Ya verá como le gusta el valle, Eric. Mire las montañas. De momento son grises, casi negras. Si continúa lloviendo, dentro de algunos días se pondrán verdes, la hierba rozará el pecho de los caballos y habrá flores por todas partes...

No intentaba seducirle. Conocía a Nora. No tenía carácter para ello. Parece que se debía a razones psicológicas. Por eso no le había importado que su primer

marido pasara de la cincuentena, y P. M. estaba convencido de que nunca le había engañado.

—El agua sigue creciendo. Ya verá qué divertido. Cada mañana encontrará a gente del valle allí reunida, como si se tratara de un espectáculo. También acuden los de Tumacacori. Solo se habla del río.

No llega el correo ni se reciben los periódicos. Si invitas a alguien a cenar hay que decirle: «Trae algo de pan si te queda».

»Luego el agua baja. Siempre hay alguien que intenta cruzar, y lo consigue o no. Cuando regresa del pueblo, el agua ha crecido y se queda atrapado al otro lado. Su mujer acude y le habla desde esta orilla del Santa Cruz...

Se iba animando y resultaba difícil saber si estaba excitada por el río o a causa de Donald. Los tres se habían sentado en la parte delantera del coche. P. M. conducía con aire sombrío. Pensaba: «¡Si ahora se pone a beber, se van a enterar!». Y sentía deseos de que ocurriera precisamente eso, que lo vieran como era y que luego se largara.

Y entonces, casi al instante, también él sentía piedad.

La compasión le venía al recordar la imagen de Donald desnudo. Descubría de repente por qué se había emocionado al ver a su hermano así. Se trataba de un viejo recuerdo. Cuando eran pequeños, una o dos veces por semana, a ambos los metían en una tina enorme llena de agua caliente, y su madre los enjabonaba primero a uno y después al otro.

Era su hermano. Habían dormido en la misma cama, pues en Appleton no existía otra posibilidad. En la misma habitación, pero en otra cama y separada por una cortina, dormía Emily; después de abandonar la cuna.

Donald ocupaba el lado que daba a la pared. «Cuando sea mayor —decía—, no dormiré contra la pared».

¿De verdad había disparado a matar de forma deliberada? En cualquier caso, había hecho fuego contra un policía, que se había salvado de milagro.

Y allí estaba, entre él y Nora. P. M. notaba el calor de su cuerpo, y también Nora debía de sentirlo.

Miraba el río, un río de aguas cenagosas, que para él no significaba lo mismo que para los demás. En la orilla opuesta estaba la carretera; al final de la carretera, una verja; y más allá de esa verja, Mildred, los críos, la libertad.

¿Habrían publicado su foto en los periódicos cuando se fugó de Joliet? En los diarios de Arizona no era probable, pero a los hombres de la frontera seguro que los habían alertado.

Era domingo. Los esperaban en casa de los Noland. Comerían de pie, junto a un gran *buffet*, y Jenkins les serviría. Primero llegarían los cócteles. Luego cada uno de ellos se hundiría en un sillón, con un bourbon a mano.

Curiosa costumbre, la de beber todo el día.

—¿Ya habéis visto suficiente? —preguntó P. M., iniciando la marcha atrás.

—Llévanos a casa de Lil.

Lo que más le sorprendía era que también él tenía ganas de beber, que experimentaba una necesidad auténticamente física de consumir alcohol.

Pensaba que eso le tranquilizaría.

¿Quién acababa de hablarle tan cerca de la oreja que sus tímpanos habían vibrado como con el sonido de una trompeta? No había reconocido la voz al instante, ni tampoco la silueta que se inclinaba sobre él.

Pero, evidentemente, era la señora Pope, solo podía tratarse de ella. Era la única a la que podía parecerle ingenioso decirle a alguien:

—¡Hola, P. M.! ¿A quién quieres asesinar?

Fue en ese momento cuando se percató de lo que le había ocurrido, del desfase que se había producido.

No había vuelto en sí enseguida. Sin duda se había sobresaltado y la había contemplado con los ojos enormes de un dormilón al que acaban de molestar. Ella se había echado a reír.

—Siempre he sospechado que eras un falso cordero: ahora ya estoy convencida.

A cambio, él sabía a partir de ese momento que la odiaba. A menudo se había sorprendido al constatar lo agradable que eran los habitantes del valle y lo fácil que resultaba llevarse bien con todos. ¿Porque la gente tenía más o menos los mismos intereses y llevaba un tipo de vida similar? Esa no era una razón suficiente. ¿Porque como siempre corrían el riesgo de quedarse aislados dependían forzosamente de los vecinos y era preferible estar a buenas con ellos? ¿O tal vez porque la regla que regía, quizá desde los tiempos de los pioneros, era la de no inmiscuirse en la vida de los demás y cada uno ocuparse de sus cosas? Si se reunían, por ejemplo, lo hacían porque les apetecía. Pero uno también podía cerrar su puerta durante un mes sin que nadie tuviera nada que decir al respecto.

Lo cual no era óbice para que detestara a la señora Pope, que se encontraba en una edad ingrata, entre los cuarenta y los cuarenta y cinco años —más cerca de los cuarenta y cinco—, y que era enjuta, irritante y, aunque no sabía, hacía como si le leyera a uno las líneas de la mano, para fastidiar. La señora Pope tampoco le

apreciaba, quién sabe por qué.

¿Cómo se permitía, en este mismo instante, mirarle con la cabeza inclinada y moviéndola en señal de desaprobación o conmiseración, y suspirar: «Eres malo, P. M. Deberías predicar con el ejemplo. Si supieras las precauciones que hemos tomado desde la hora de la comida para controlar a tu amigo»?

¡Vaya unas precauciones más ridículas! Por la mañana, junto al río, había cometido un error al hablar con Lil Noland, a quien le faltó tiempo —lo hizo antes incluso de cambiarse de ropa— para avisar a todo el mundo por teléfono.

—El amigo de P. M., ya sabes, Eric, sí. Cuando venga ahora a casa muéstrate prudente con él. Sobre todo que no se te note que estás al corriente de lo que voy a contarte. Está loco. Sí, loco. Y siempre se halla al borde de una recaída. Es absolutamente indispensable que no beba, ¿sabes? ¡Ni una copa!

Al principio, cuando llegaron, P. M. no se dio cuenta. Estaba un poco ansioso o, más bien, notaba cierto malestar, como cuando sin motivo aparente uno no acaba de encontrarse a gusto. Culpaba a su hermano sin saber muy bien de qué, pero estaba convencido de que todo se arreglaría con uno o dos cócteles.

Conocía la casa de los Noland casi tan bien como la suya, así que ya no le interesaba lo más mínimo.

Era la más grande del valle después de la de los Pemberton. El edificio, de una sola planta, ocupaba tres lados de un rectángulo, y en el centro del patio se hallaba la piscina.

Cuando uno está muy acostumbrado a algo ya no se fija en los detalles; eso ocurría con los muebles del jardín, de madera o hierro, que había en la terraza, con sus enormes cojines verdes; con el comedor, de cuyas paredes colgaban grabados ingleses de motivos ecuestres, con el techo de vigas marrones o la gran mesa sobre la que descansaba el *buffet* frío.

Beberían cócteles Manhattan y Martinis, esa era la tradición. Y también era habitual la presencia de Jenkins, quien, con su almidonada ropa blanca, no paraba un instante, pues le encantaba hacer de barman.

Nada especial. ¿Cuántos se había bebido ya P. M.? Probablemente cuatro o cinco. Sin duda había mezclado los Manhattan con los Martini mientras comía salchichas pequeñas, ostras ahumadas, galletitas de anchoa o cualquier otro

aperitivo salado.

—Venga conmigo, señor Bell —había dicho Lil Noland tomando del brazo a Donald—. Creo que voy a empezar a llamarle Eric.

Se lo había llevado a alguna parte y, cuando regresaron Donald sujetaba un enorme vaso de Coca-Cola en la mano. Estaba muy orgullosa de su habilidad y le guiñaba el ojo a Nora, al tiempo que evitaba con esmero que su compañero se acercara a Jenkins y la bandeja que este sujetaba.

Todo aquello era propio de niños. P. M. se limitaba a encogerse de hombros, hasta que empezó a preocuparse, pues la solicitud con respecto a Donald estaba generalizándose. Era evidente que se corría la voz.

—¡Sobre todo, que no beba!

Los hombres comenzaban a inmiscuirse en el asunto, y se iban alejando de forma ostentosa de las bebidas. Algunos apuraban su vaso de un trago para tener las manos libres cuando fueran a hablar con Donald.

¿No llegaría un momento en que este se enfadaría?

Pero Donald estaba muy tranquilo y también muy a gusto. A causa de las indiscreciones de Lil, todo el mundo se preocupaba por él, cuando por regla general a nadie le importaba lo que hacían los demás.

Incluso, si uno tenía ganas de acostarse, podía hacerlo en cualquiera de los dormitorios. A menudo sucedía. A la hora de irse, una mujer observaba:

—¡Vaya! ¿Dónde se ha metido mi marido?

—Debe de estar descansando.

—Pues cuando se despierte me lo envías.

También es verdad que Donald no pertenecía al valle. Se le hacía el honor de tratarlo como a un invitado. Lil Noland le llenaba el plato con lo mejor que encontraba y a punto estaba de trincharle la carne, tal vez para que no cayera en manos de Donald un cuchillo.

Durante bastante rato, P. M. no se preocupó en absoluto. ¿Había bebido más

de lo que creía? Era posible, pues en esas reuniones se va de grupo en grupo, de una a otra conversación, y un Jenkins sonriente no cesa de ofrecer su bandeja e incluso parece que te siga.

Había comido, pero ya no recordaba qué. Algunos salieron a la terraza, otros se instalaron en el salón, donde había una buena biblioteca, numerosos discos y un inmenso sofá en forma de media luna con capacidad para siete u ocho personas.

Pemberton reclutaba a gente sin perder la dignidad. Buscaba compañeros para una partida de póquer.

Hasta se dirigió a Donald, quien le respondió con un movimiento de cabeza y sonriendo, como pudo ver P. M. desde lejos.

¿Fue tal vez en ese momento cuando empezó todo? De repente, la casa de los Noland dejó de ser una casa banal, la presencia de un negro que se afanaba con su bandeja de plata le sorprendió, al igual que otros mil detalles, no solo relativos al decorado, sino también a los seres que lo animaban.

Empezó a mirar a su alrededor, pero no con sus ojos, sino con los de Donald. O, para ser más exactos, intentaba juzgar a la gente y las cosas con la mentalidad que le atribuía a Donald.

Donald era pobre y siempre lo había sido. P. M. también nació en la casa de madera del viejo Ashbridge, pero no se había quedado en ella mucho tiempo, y sus primeras ideas propias se habían encaminado hacia la huida.

Donald, por el contrario, se había quedado pegado de algún modo a la casa, impregnándose de su pobreza y mediocridad. Seguro que conservaba la costumbre —como también Mildred— de lavarse en una palangana, o a lo sumo tendría una asquerosa bañera de esmalte con manchas de cal amarillentas.

Toda su vida había batallado por cuatro cuartos. La preocupación de llegar a fin de mes había arruinado sus días y sus noches, mientras las semanas se le iban en decidir si se compraba un traje nuevo o compraba unos zapatos para los chicos.

Aquí, alrededor de la piscina, había seis habitaciones para invitados, cada una con su cuarto de baño propio —todos de colores diferentes—, y una preciosa ropa de cama con las iniciales de los Noland bordadas.

A primera vista, los hombres iban vestidos de manera muy sencilla. Llevaban

una especie de uniforme: pantalón por encima de las botas y camisa blanca. Pero las botas con incrustaciones de plata de Pemberton le habían costado más de mil dólares; y la silla de montar mucho más.

Tal vez no era extremadamente rico —seguro que no tanto como la señora Noland—, pero podía perder mil o dos mil dólares en el juego sin inmutarse.

Tenía buena presencia, el rostro rollizo y rosado, cabellos plateados y un aire siempre de autoridad, que había adquirido, precisamente, al presidir todos los rodeos de la zona.

Pensándolo bien, si Donald se hubiera cruzado en otro lugar con un hombre como Pemberton, le habría mirado con humildad y no se hubiera atrevido a dirigirle la palabra. Probablemente nunca se habrían cruzado. En el tren, Donald viajaba en tercera clase mientras que Pemberton disponía de un salón privado.

Y, salvo que se hallaran en Nogales, nunca habrían frecuentado los mismos bares.

Era una idea de escasa envidia, pero P. M. se agarraba a ella y descubría que a su alrededor solo había personas ricas, personas a quienes, en su infancia, se hubieran referido con respeto: unos señores, por así decirlo, que para el viejo Ashbridge estaban hechos prácticamente de otro material.

A Mildred, por ejemplo, jamás se le habría ocurrido tomar el té con alguien como Lil Noland.

Tampoco a Peggy, ni a nadie en Appleton.

De pasada, P. M. realizaba otro descubrimiento al que se prometía volver con más calma y tranquilidad en otro momento: de todos los que allí se encontraban, las mujeres eran quienes poseían las mayores fortunas.

Se había instalado en un sillón, con un cigarro en la boca, y algo más tarde ya sujetaba un vaso grande de bourbon entre los dedos. Debían de creer que dormitaba, pues había entornado los párpados. Pero los observaba a todos, uno a uno, como si nunca los hubiera visto.

Ahora le tocaba a Noland, el marido de Lil. En la calle se le podría haber confundido con un dependiente de almacén o un empleado de banca. A pesar de ello, pertenecía a esa clase de gente a la que Donald, durante toda su vida, había

solicitado humildemente una ocupación; si es que llegaba hasta ellos y no acababa teniendo que conformarse con hablarle a su secretaria o a su ayudante.

Pero Donald no daba esa impresión, nadie sospechaba que formaba parte de otro mundo, del mundo de los que no pintan nada. Precisamente Noland le había dicho a P. M. un momento antes:

—¿Así que tu amigo va a instalarse en Sonora?

Sonora es la provincia de México que se extiende justo al otro lado de la frontera.

—¿Te lo ha dicho él?

—Se lo ha dicho a Pemberton. Pemberton está encantado.

¿Sería Donald tan cínico como para pedirles empleo? La mayor parte de los rancheros del valle tenían intereses al otro lado de la frontera. Por medio de su mujer, Noland poseía tres ranchos en México y quizá se dejaría tentar por la oportunidad de colocar en ellos a un gerente norteamericano.

Abandonado a su propia suerte, Donald podría pasarse la vida haciendo cola en las oficinas de empleo o llamando a la puerta de todos los presentes sin la menor esperanza de éxito.

Y ahora, a pesar de las confidencias de Lil, o tal vez gracias a ellas, le bastaba con decir una palabra.

¡Tal vez la había dicho ya o estaba a punto de pronunciarla! No tenía un céntimo, eso ya lo sabía P. M.

Había llegado al valle muerto de hambre. Mildred y los niños, que le esperaban al otro lado de las alambradas, no se encontraban en mejores condiciones.

¿No estaría a punto de pedir dinero prestado con cualquier pretexto?

En el fondo, P. M. no conocía en absoluto a su hermano. Salvo algunos vagos recuerdos de infancia, sabía menos de él que de un extraño con el que se hubiera cruzado unos días antes. ¿No solía pedirle Donald dinero prestado a Emily? Parecía probable que hubiera acabado disponiendo de todos sus ahorros.

Seguro que la ablandaba con frases astutas, hablándole de Mildred, de los pequeños. ¿No habría intentado sablear también a su padre?

La gente que se compadece de su mala suerte y habla de su honradez enseguida cree que tiene derecho a todo.

En el momento en que la señora Pope le había dirigido la palabra a P. M., Donald se hallaba de pie ante la mesa de póquer, justo detrás de Pemberton, cuyo juego supervisaba.

P. M. lo había dicho bien claro:

—No le dejéis beber.

Aunque no podía recomendarles sin ponerse en evidencia: «¡No le enseñéis mucho dinero!».

De acuerdo, jugaban con fichas. Pero las fichas representaban un valor determinado, pues luego se cambiarían por billetes y cheques. ¿Acaso Donald no se había percatado ya de lo que valían? Las fichas blancas equivalían a un dólar, las rojas a diez, las azules a cincuenta. Cincuenta dólares equivalían, más o menos, al sueldo semanal de Donald en Farness y Kampmeier, cuando tenía la suerte de trabajar. Si hubiese tenido asegurados cincuenta dólares a la semana durante toda su vida para él y su familia, se habría dado seguramente por satisfecho y no se habría visto obligado a escaparse de Joliet.

Remover esos asuntos le resultaba muy extraño y un tanto vertiginoso. Eran hijos del mismo padre y de la misma madre, y ahora P. M. se encontraba ahí en su ambiente, era un igual —o como si lo fuera— para los que se movían a su alrededor.

Y de repente aparecía Donald, famélico, ese Donald que siempre había vivido en la mediocridad, que había acabado matando, que había estado dos años tras las rejas de una celda y que ahora se hallaba allí, tan tranquilo, con aspecto sosegado, viendo cómo las fichas de cincuenta dólares pasaban de mano en mano mientras Lil Noland —que disfrutaba de unas rentas de cincuenta mil dólares anuales— se afanaba en buscarle una Coca-Cola en el frigorífico y se la servía en un vaso de plata.

Todo aquello era una mezcla de sueño y pesadilla.

Destilaba una inquietud sorda y, sin embargo, en los pensamientos de P. M.

se registraban oleadas de satisfacción, pues nunca había tenido la oportunidad de valorar con tanta claridad el camino que había recorrido.

¿Acaso un hombre que no había conseguido llevar una vida decente tenía derecho, solo porque era su hermano, a poner en tela de juicio el resultado de tantos esfuerzos?

Sentía calor. Una tormenta se extinguía en Tucson, pero otra se dibujaba ya sobre las montañas mexicanas. El río estaba tan crecido que se oían sus rugidos. Como de costumbre, las mujeres habían acabado por formar un grupo. Y el viejo señor Pope, que no jugaba, se había quedado adormilado con las manos cruzadas sobre el vientre y la boca abierta.

Si la noche anterior P. M. hubiera vuelto un par de horas antes, hubiese podido cruzar a Donald y en ese momento ya se habría librado de él. En cualquier caso, bajo ningún concepto debía instalarse en Sonora; si insistía en querer vivir en México, que se fuera más abajo.

Le daría dinero, se sentía obligado a hacerlo. No podía ser menos que Emily. Si no se lo daba, Donald tendría que conseguirlo a cualquier precio y todo empeoraría mucho.

¿Cuánto le daría? Lo suficiente para resistir un mes, por ejemplo. Con un mes por delante, cualquier hombre puede arreglárselas donde sea: ¿acaso P. M. no había lavado platos en un bar? Mildred podía trabajar, estaba acostumbrada a ello. Las mujeres como ella trabajan toda la vida.

Además, ¿qué edad tenían los críos? Ya no recordaba si el mayor era un chico o una chica. Era Emily quien llevaba el registro familiar. Si se trataba de un chico, debía de tener unos dieciséis años. Un muchacho a esa edad ha de ganarse la vida.

¿Pero qué podía pensar un chaval de dieciséis años al que la gente le dice: «Tu padre está en la cárcel»?

¿Compadecía a su padre? ¿Le guardaba rencor? ¿Le detestaba? ¿O también creía que hay gente que tiene mala suerte, que es víctima de la injusticia?

¿Sería tal vez un pequeño rebelde que se presentaría galleando por su casa a pedirle explicaciones, como parecía que el propio Donald había hecho esa mañana?

Apenas se oía el vago rumor de las conversaciones, el sonido de las fichas, el

de un vaso que alguien llenaba porque Jenkins había desaparecido y todo el mundo se espabilaba a su manera. El ambiente era bochornoso, pegajoso, sobre todo por el cielo encapotado y con el ruido de fondo de la tormenta. Era una atmósfera muy propia de un domingo, y uno se preguntaba qué estarían haciendo de uno a otro extremo de la carretera esos coches cuyos bocinazos se oían de vez en cuando.

En medio de ese silencio total y absoluto se oyó, de un modo ridículo, un chirrido; P. M. se sobresaltó, como cuando la señora Pope le había dirigido la palabra. Nadie le hubiera creído si, al cabo de un rato, hubiese dicho que desde el primer momento estaba convencido de que la llamada era para él. También había presentido que se trataba de algo desagradable. Le había taladrado los oídos como la voz del enemigo.

Lil Noland descolgó el receptor, que estaba en el suelo cerca de su mano.

—¿Conferencia? ¿Cómo? ¿Para quién? Oiga... No le entiendo muy bien... Se oyen como unos chasquidos. —Todo el mundo los oía: la tormenta crepitaba en el aparato—. ¿Beverly Hills? ¿Por quién pregunta? Ashbridge...

Estaba tan acostumbrada a llamarle P. M., que tardó un instante en comprender a quién llamaban.

Las telefonistas, en Nogales, conocían las costumbres del valle y no tardaban mucho en encontrar a sus abonados en uno u otro rancho.

—Está aquí. Se lo paso.

Donald también se apellidaba Ashbridge. P. M. le había mirado al oír pronunciar su apellido. No se había movido, como hubiera sido de temer, pero su mirada se había hundido en los ojos de su hermano, y en ese momento no le quitaba la vista de encima.

—¿Diga? Sí, soy yo...

Evitaba pronunciar el nombre de Emily, que era quien estaba al otro lado del hilo telefónico, porque nadie debía enterarse de que tenía una hermana en California.

—Sí... No te oigo bien, hay una gran tormenta aquí cerca. Repite. Sí. Sí...

¡Era Emily en estado puro! Hacía años que no habían hablado. Hubiera

podido interesarse por él. En realidad, un momento antes ella ni siquiera sabía si P. M. aún estaba vivo.

Sin embargo, solo dijo:

—¿Está ahí Donald?

—Sí.

—¿Se encuentra bien?

—Sí.

—¿No ha podido seguir su camino?

—No.

—¿Por qué?

—Estamos atrapados por el río.

—¿Qué quieres decir?

—El río está crecido. Han empezado las lluvias. La carretera puede estar cortada varios días.

—Tengo que hablar con él.

—¿Cómo dices?

Intentaba ganar tiempo. Quería reflexionar. Los jugadores tenían la discreción de continuar con su partida, pero la conversación de las mujeres se había relajado y se producían silencios: era evidente que estaban prestando oídos.

—Tengo noticias para él.

—Dámelas a mí.

—Está cerca de ti, ¿verdad? —P. M. no se atrevió a mentir. Se calló—. Dile que se ponga.

—Quizá sería mejor...

—¿Cómo está?

—Bien.

—¿Podrás ayudarlo?

—Claro.

La voz de Emily no traslucía ternura alguna; era un tono impersonal, demasiado claro.

—¿Lo conseguirás?

—Sin duda.

—Sin duda no es suficiente.

Si hubiese estado solo ante el teléfono, la habría armado. ¿Es que también Emily iba a someterle a un interrogatorio? ¿Pero qué idea tenían de él los dos? No se fiaban. ¿De qué le creían capaz?

—Haré lo imposible y estoy en una posición bastante adecuada para que me salgan bien las cosas.

—Tiene que conseguir cruzar, ¿lo entiendes?

—Perfectamente.

—Dile que se ponga.

Donald, inmóvil, seguía con la mirada fija en los ojos de su hermano y parecía que adivinaba las palabras que pronunciaba Emily. P. M. no hubiera podido jurarlo, pero estaba casi seguro de que Donald había empezado a avanzar hacia él en el momento exacto en que ella había reclamado imperiosamente su presencia al teléfono.

No era cuestión de armar un escándalo en casa de los Noland. No podía permitirse mencionar nada que se les antojara sospechoso. Le tendió a regañadientes el auricular a Donald, cuya mano tembló al asirlo.

—Dime —dijo Donald con voz sorda.

Y a partir de entonces no dijo nada más que «dime» de vez en cuando. La conversación duraba y resultaba monótona. Las mujeres, a su pesar, como si no pudieran hacer otra cosa, se habían callado. Por la expresión del rostro, Donald parecía muy concentrado, mientras que la mano con que apretaba el auricular se veía pálida debido a la tensión de los músculos; pero no se le movía un solo músculo de la cara, y, tal vez para mantener la serenidad, seguía mirando fijamente a su hermano.

—Sí... Sí...

Las frases de Emily eran largas, puntuadas a veces por el crepitar de un trueno. En cualquier otro país —excepto tal vez Inglaterra— esa conversación habría sido imposible a causa de los puestos de escucha.

Allí la policía no podía pinchar las líneas; Emily lo sabía y por eso seguía hablando. Hacía más de cinco minutos que duraba la conversación, y Donald era el único que no movía un músculo, sin acusar el paso del tiempo.

—Gracias... —dijo al final.

P. M. creía que su hermana volvería a hablar con él para ponerle al corriente del resultado de la charla, pero no fue así. Donald colgó y tuvo la presencia de ánimo de volverse hacia la señora Noland y balbucear:

—Discúlpeme.

—¡No hay por qué, hombre!

Le temblaban los labios. De manera instintiva echó una ojeada a su alrededor y P. M. adivinó lo que buscaba: algo de beber, no importaba qué, algo fuerte. Por un instante temió que su hermano agarrara su vaso, que aún estaba medio lleno; pero Donald, haciendo un esfuerzo, se humedeció los labios secos con la lengua. Se le veía tan alterado que Lil Noland no pudo evitar preguntarle:

—No habrán sido malas noticias, ¿verdad? Mientras, la pesada de la señora Pope murmuraba en voz baja, al oído de P. M.:

—¿Está casado?

¿Por qué todos, y especialmente todas, se preocupaban tanto por Donald? ¿Qué le veían de extraordinario? Sin la ropa de P. M. parecía un empleado

cualquiera que se viste en los grandes almacenes. Su palidez se debía a que había pasado dos años a la sombra. Tenía ganas de emplear esa expresión. Vaya cara habrían puesto todas si se lo hubiera soltado de golpe.

—¡Pat!

Donald intentó retener la palabra, pero ya era demasiado tarde y la señora Pope la había oído y grabado. A partir de ese momento sería capaz de llamarle también Pat, solo para hacerle rabiar.

—¿Me disculpa, señora?

Donald se dirigía a la señora Noland, a quien le dio por corregirle:

—Yo le llamo Eric. Usted llámeme Lil.

Era incapaz de tutearla, P. M. acababa de entenderlo. Ese pobre tipo, curtido en cuarenta años de humildad, no podía ponerse a llamar de repente por su nombre a la propietaria de una mansión como aquella.

—¿Me permite que hable con P. M. en privado?

—Por favor. Vayan a donde quieran. Pueden encerrarse si les apetece. Solo espero que no haya recibido malas noticias.

Se notaba que intentaba sonreír y que no lo lograba, lo cual aún iba a hacerle más excitante para las mujeres. ¿Encontraban a Donald lo suficientemente triste? ¿Lo suficientemente interesante? Podrían cotillear a su antojo cuando ellos se retiraran. ¡Qué idea tan brillante! ¡Como si no pudiera esperar!

Menuda imagen estaban dando ambos al alejarse, sobre todo P. M., que lo había introducido en su ambiente, que en realidad se lo había impuesto.

Llovía de nuevo, pero en el patio había una galería en la que no entraba el agua. El suelo estaba cubierto por anchas baldosas de un hermoso verde pálido, el mismo verde —y las mismas baldosas— que el fondo de la piscina.

Después de andar unos diez metros, Donald se detuvo, pero seguía sin decidirse a hablar.

Por fin, mientras su hermano encendía un cigarro para serenarse, dijo:

—Debo telefonar a Mildred.

—¿Tienes su dirección?

Donald respiraba con dificultad. Parecía mareado, pues su cuerpo vacilaba ligeramente mientras los dos seguían de pie en mitad de la terraza.

—Está angustiadísima. Se ha gastado el dinero que le quedaba en telefonar a Emily.

El rostro de P. M. era una máscara endurecida e inexpresiva, no tenía nada que decir, o tenía tanto que podría haber explotado.

—Creía que llegaría mucho antes. No sabía que iba a retrasarme tanto por el camino. No sé qué ha soñado que la ha aterrorizado. —¡Ahora sueños! ¡Sueños de mujer! ¡Lo que faltaba!—. Parece que desde hace varios días se turnan junto a la verja, Mildred y los chicos.

¿Y por qué no clavan la cara a la alambrada? ¡Tal vez uno de ellos estaba allí cuando P. M. pasó la otra noche!

—Tengo que llamarla.

—¿Sabes el número?

—El ciento tres de Nogales. Es una pensión familiar. Solo han alquilado una habitación para los cuatro.

El pequeño duerme sobre la alfombra.

—¿Eso te lo ha contado Emily?

—Sí.

—Una información muy útil, ¿no?

—¿Por qué lo dices?

¿Para qué insistir? Mediaba un abismo entre ellos. Por una parte, entre él y el valle; y por otra, entre gentes como Emily, como Mildred, como el crío que dormía sobre la alfombra. Era evidente que querían poner nervioso a Donald, que ya por sí

solo era capaz de hacer tonterías.

Y todo eso sucedía en su casa, en casa de P. M. Todo se le vendría encima precisamente a él.

«¡Es absolutamente necesario que lo consiga!», ordenaba Emily.

¿Con qué derecho daba órdenes? ¿Porque había ocultado a Donald en su casa? Él también, y con mayor mérito porque se jugaba mucho más y no estaba solo en la vida como su hermana, sino que tenía responsabilidades. ¿Que ella le había dado dinero? También él le daría. ¿Y entonces?

—Vamos a llamar desde tu casa, ¿quieres?

—¿No puedes esperarte a que se vaya todo el mundo?

Entonces Donald se mostró categórico, brusco. Solo dijo una palabra, pero si P. M. no distinguía en ella la amenaza latente, es que ya era incapaz de juzgar a un hombre con sangre fría.

—¡No!

Así de claro. Y la mirada secundaba la respuesta. Era una mirada tranquila, ¡pero muy segura de sí misma!

—Es una falta de cortesía para con Lil Noland.

—Hace dos días que espero.

—Razón de más para...

Era preferible batirse en retirada. Donald, sin duda, podría pegarle allí mismo, en el patio, y menuda imagen darían entonces los dos.

—Ven.

Eso es lo que sucedió. En eso había consistido la tarde en casa de los Noland. Y ahora se añadía un elemento nuevo: P. M. tenía miedo. No solo temía que Donald hiciera una tontería o que lo comprometiera, sino que sentía verdadero pavor por él, por su vida.

Lo había sentido allí, bajo la lluvia, cerca de la piscina donde crepitaba el agua de tormenta, en ese patio en el que había unas corrientes de aire casi frío.

¿Había pensado en exceso tal vez, después de comer, echado en el sillón? ¿Le había servido Jenkins, quizá, demasiadas copas?

Donald no había bebido, no había hecho el ademán —salvo en un breve instante— de tomar un vaso o una botella, pero se había endurecido como una roca y ahora P. M. sabía que iba a seguir hacia delante sin detenerse en los obstáculos.

Emily no debería habérselo enviado a casa. Debería haber comprendido. Para ella era muy sencillo mandar un hermano a otro y no imaginaba las diferencias que podían existir entre ellos. ¡Claro que las imaginaba! La prueba estaba en el tono en el que le había hablado. Ella también amenazaba. No con la mirada, ni con los brazos, ni con los puños apretados, pero amenazaba por anticipado, de forma gratuita, sin saber lo que P. M. haría o no.

«Es *absolutamente* necesario...».

Cuando bebía, solía adoptar un aspecto abotargado. Era el primero en darse cuenta. Por eso iba a mirarse en el espejo. Pero si hace un momento estaba ligeramente ebrio, en este instante ya se había despejado. Sin embargo, nunca había notado sus andares y su cuerpo tan flojos, ni su rostro tan hinchado, como cuando entró en el salón con su hermano, que le seguía tranquilamente pegado a los talones.

—Tendrás que disculparnos, Lil. Eric Bell —hizo esfuerzos para recordar el nombre— debe hacer unas llamadas urgentes.

—¿Y qué le impide llamar desde aquí? —Como se dio cuenta de su indiscreción, enseguida precisó—: Hay un teléfono en la habitación de Larry. Eric puede encerrarse en ella el tiempo que necesite.

—Tiene que consultar unos documentos que están en mi casa...

Eso fue una metedura de pata. Nora se extrañó. Sabía perfectamente que su invitado había llegado sin equipaje.

—Voy con vosotros —dijo.

—No hace falta. Luego volvemos. Tenemos para media hora a lo sumo.

Pemberton, sin dejar de jugar, dijo de lejos:

—Id a echar una ojeada al río y pasadnos el parte.

—De acuerdo.

P. M. se había prometido no hacer el gesto, pero no pudo evitarlo: al pasar junto al sillón que había ocupado, agarró el vaso aún medio lleno y lo vació de un trago, con avidez.

Su hermano le miraba. Se secó la boca.

—Ven.

¿Por qué estaba tan nerviosa Lil Noland? Tal vez se había tomado muy en serio la historia de su locura y pensaba que Donald iba a sufrir un ataque en cuanto llegara a casa.

P. M. también tenía miedo. Un miedo sordo, aún difuso, pero que ya le provocaba una sudoración desagradable

En el coche, los dos hombres guardaban silencio. Unos minutos más y Donald oiría la voz de Mildred y la de sus hijos. ¿No era normal que se recogiera como un cristiano antes de la comunión?

Después de una curva, la carretera se convertía en privada. Había dos postes, una barrera blanca siempre alzada y raíles a ras de suelo para impedir el paso del ganado. Una placa rezaba en letras doradas: MM RANCH.

Hasta ese punto solo se había oído el ruido de las ruedas, que restallaban sobre los charcos.

Sorprendentemente, fue Donald quien habló, para preguntar, como si en ese momento la cuestión revistiera para él alguna importancia:

—¿Es de Nora?

Tenía la mirada clavada en la placa, y eso subrayaba el sentido de sus palabras. Luego, esa misma mirada se desvió hacia la extensión de tierras y montañas que los rodeaban.

—Sí, es de Nora.

—¿De su primer marido?

En vez de responder, P. M. se limitó a encogerse de hombros y su hermano no insistió. Un poco más tarde, ambos entraban en esa casa vacía en la que una noche y un día de diluvio habían bastado para transformar la atmósfera, el olor y se diría que hasta el gusto. Las habitaciones se habían impregnado de una fría humedad a la que no estaban acostumbrados. En la terraza, el agua corría a lo largo de las paredes y formaba regueros en el suelo. Sobre los muebles del jardín los almohadones estaban empapados.

El teléfono principal se encontraba en el salón, pero también había uno en la habitación de Nora, otro en la de P. M. y otro más en la cocina.

—¿Quieres llamar desde aquí?

—Me da igual.

—Te advierto que a las operadoras, sobre todo los domingos por la tarde, como no tienen mucho que hacer, les puede entrar la curiosidad y ponerse a escuchar las conversaciones.

—Me da igual.

—A mí no —contraatacó P. M.—. Mi despacho está en Nogales, a dos pasos del de la Bell Telephone. Además, yo voy a quedarme por aquí, ¿comprendes?

Dando muestras de un asombro casi insultante, Donald soltó:

—No hablaré de ti.

—¿Quieres que llame yo? Estoy acostumbrado.

—Un momento.

Desde hacía un rato, más o menos desde que habían salido de casa de los Noland, se le notaba dubitativo. De repente, P. M. le vio dirigirse con decisión al armario donde guardaban los licores. Lo abrió como si estuviera en su propia casa, tomó una botella de whisky al azar y le echó un vistazo a su hermano.

Era una mirada firme que decía sin ambages: «Te pongas como te pongas, no podrás impedir que beba».

A punto estuvo de pegar los labios al cuello de la botella, pero se detuvo a tiempo. Sabía perfectamente dónde encontrar los vasos desde que esa misma mañana había lavado los platos con Nora.

Se sirvió lo que en un bar hubiera sido un bourbon doble muy generoso y se lo bebió casi de un trago, con una mueca de desagrado.

—Ahora ya puedes llamar. El ciento tres.

La habitación tenía un tono grisáceo, crepuscular. Los colores estaban desvaídos y los metales carecían de brillo o reflejos.

—¿Oiga? ¿Nogales? Aquí el cinco de Tumacacori... Buenas tardes, señorita. ¿Me pone con el número ciento tres de Nogales, en Sonora?

Donald se hallaba de pie a su lado, y, aunque permanecía inmóvil, se le notaba tan tenso que P. M. empezaba a contagiarse de su nerviosismo. Era tan sencillo, sin embargo. Mildred se pondría al teléfono. Su marido le hablaría...

—¿Diga?

Una voz le contestó en español al otro lado del hilo telefónico. Como toda la gente del valle, P. M. había acabado por hablar más o menos correctamente ese idioma.

—¿Podría avisar a la señora norteamericana que está con ustedes?

P. M. se sentía angustiado ante la posibilidad de que el número fuera incorrecto, ante la perspectiva de no poder dar con Mildred. Donald seguía a su lado, erguido y tenso, pero algunos temblores imperceptibles le corrían el cuerpo, como si percibiera la cercanía de Mildred. Cuando se oyó otra voz en el auricular, alargó la mano y P. M. le pasó el teléfono.

—¿Eres tú?

Al otro extremo de la línea debían de haber pronunciado las mismas palabras y se abrió un largo silencio. P. M. empezó a alejarse con pasos suaves y preguntó por educación:

—¿Prefieres que salga?

Pero por respuesta solo obtuvo un encogimiento de hombros dando a entender que le daba igual.

Donald ni se tomaba la molestia de sentarse. Seguía de pie junto al velador, con el cable colgándole de la mano.

—¿Cómo estás?

Sus ojos buscaban el vaso, que estaba vacío. ¿Tal vez se vio tentado de pedirle a su hermano que volviera a llenárselo?

—¿Los chicos? No. Aún no. Espera... Dime algo.

Sin soltar el teléfono, que sostenía entre el hombro y la mejilla, encontró la manera de encender un cigarrillo. No interrumpía a su mujer, que hablaba sin parar, con indudable locuacidad, pues querría decirlo, explicarlo y expresarlo todo de una sola vez.

Aquello duró lo suyo, y durante todo ese tiempo. Donald no abrió la boca, no miró ni una sola vez a su hermano. Cuando fue su turno, dijo (y era evidente que cada palabra había sido sopesada):

—Escucha. Ya sabes dónde y con quién estoy. —¿Qué objeción puso Mildred? Donald le contestó tajante—: Va a tener que hacerlo. Sin embargo, parece que ahora no hay manera de atravesar el río. Yo podría llegar de cualquier forma, pero le necesito una vez esté al otro lado. Esto puede durar varios días.

»¡Espera! Por lo que respecta a ti y a los chicos, ya me las arreglaré. Dime tan solo el nombre de tu patrona. ¿Cómo? ¿Espinosa?...

Le suplicó a P. M. con la mirada —en realidad le ordenó— que anotara el nombre, el cual pronunció de nuevo.

—Espinosa, eso es. Calle Victoria del Sarto. ¿Sato? ¿Soto? Sí... Número cuarenta y uno... —Se aseguraba de que su hermano iba escribiéndolo todo—. Sí. Ahora ya puedes pasármelo. ¿Qué hay, Frank?

Su rostro se animaba, la nuez se le movía y, al ver que se le humedecían los ojos, P. M. apartó la vista de él.

—Sí, muchacho, sí. Solo treinta kilómetros de aquí a la frontera. Pues claro, menos de media hora.

»No, de verdad que es imposible... Para ti también, sí... ¿Cómo? No quiero que lo hagas. Mira, no es igual que a este lado... ¿Oye? Todo se va a arreglar, sí. Aún no lo sé, quizá muy lejos. Claro que sí. Podrás...

Una vez más, observó su vaso como si así pudiera agarrarse a una realidad material. Y P. M., a su pesar, le sirvió más bebida.

—No, hijo mío... Nadie, ¿entiendes? Ninguna fuerza en el mundo podría impedirme... Sí, déjala hablar. ¿Hola? ¿Anny? ¿Cómo? ¿No te dejaban? Pues claro que tú también tienes derecho a hablar...

De nuevo se le veía totalmente quieto, con la mirada fija y los dientes apretados, y el cigarrillo se consumía en el extremo de su mano derecha.

—Ya te oigo... Sí... Sí... Tu hermano te lo explicará.

Era fácil adivinar la pregunta al oírle responder, después de que le hubiera echado un vistazo furtivo a P. M.:

—No... No creo que se me parezca. ¿Oye? ¿Cómo? ¿Él también está impaciente? Déjale decir algo...

¿Que el aparato está colgado de la pared? ¿Que John es muy pequeño? Pues levántalo... o que mamá lo tomé en brazos. ¿Hola? ¡Hola, chiquitín! ¿Me oyes? Sí, claro que soy papá... Sí... Prometido. Te llevaré el juguete más bonito que encuentre...

Se sentó de improviso y de repente pareció que fuera a soltar el teléfono, que le pesaba demasiado o le quemaba.

—Déjame hablar un momento con mamá, ¿de acuerdo? ¿Mildred? Perdóname... Yo... —Intentó tragar saliva—. Sí. Sí. Muy pronto... Sí, se acabó...

Sin duda no se refería solo a la transmisión, sino al largo camino que todos habían recorrido, a trancas y barrancas, y que, irónicamente, conducía a una nueva verja.

Se había olvidado de colgar y se oía la voz de la telefonista que repetía:

—¿Han acabado? ¿Oiga? Tumacacori, ¿han acabado?

P. M. le quitó el auricular de las manos y lo puso en su lugar.

—Dame algo de beber. —Y como su hermano dudaba, murmuró casi de buen humor—: ¿Supongo que no te creerás lo que les has contado a tus amigas?

Necesitaba hablar de algo que no fueran Mildred y los suyos.

—¿Y qué les he contado?

—No lo sé exactamente, pero he visto que las señoras estaban muy alteradas. La que no me alejaba de la bandeja me ofrecía una Coca-Cola. Había una, una

morena bajita.

—¿La señora Pope?

—No sé. No he retenido los nombres. El caso es que me ha soltado sin venir a cuento que a un primo suyo lo habían encerrado cinco años como si estuviera loco, cuando era una persona absolutamente normal, y que los médicos habían acabado reconociendo su error. —Le apremió con la mirada mientras dejaba caer—: Ya sabes, P. M., que nunca he estado loco. Lo sabes, ¿no? —Eso era una amenaza latente—. Y ahora...

Se levantó y pareció que se sacudía, que se deshacía de las emociones que le quedaban. Él mismo se sirvió de beber, con generosidad, con cinismo, y hasta fue a la cocina para buscar hielo en el frigorífico.

—¿Quieres?

—Muy poco.

Ahora que comenzaba a moverse ya no era el mismo hombre.

—Nunca he estado loco, pero es verdad que le disparé a un tipo. Pensaron que estaba borracho. Tal vez lo estaba. Pero volvería a hacerlo, a sangre fría, y lo que lamento es haber fallado.

—¿Te refieres al policía?

—Sí. Porque le conocía y él me conocía a mí. Porque hacía tiempo que me buscaba las cosquillas. Es una historia muy larga que no te incumbe. —Se plantó ante su hermano, con otro cigarrillo en los labios—. Mira, Pat, ¿has oído lo que le he dicho al chaval? Hay exactamente treinta kilómetros entre ellos y yo. Lo he leído en un poste indicador cuando he bajado del auto. En coche es apenas media hora. Quiero creer que es cierto lo que dices del río.

—Ya lo has visto.

—Dejémoslo. Digamos que me lo creo. Pero les he dicho algo más y tú lo has oído. Ninguna fuerza en el mundo me impedirá reunirme con ellos. Nadie, ¿entiendes? Haré todo lo que sea necesario, métetelo en la cabeza, *todo lo que sea necesario*, para cumplir lo que les he prometido. Y si encuentro algún obstáculo, el que sea, yo... —Enfatizó sus pensamientos con un ademán brusco—. Esto es lo que

quería decirte en privado.

—Pero...

—No te pido ni discursos largos ni promesas. Creo que te conozco bastante bien y que Emily aún te conoce mejor.

—¿Qué te dijo?

—No es asunto tuyo.

Mientras hablaba no dejaba de andar, echaba de vez en cuando un trago de whisky y daba pequeñas caladas a su cigarrillo.

—¿Tienes negocios al otro lado de la frontera?

—Bueno...

—¿Lo ves? Ya empiezas a esquivar la pregunta. Te ruego que me respondas sí o no.

—Depende de lo que entiendas por negocios.

—Dinero, si lo prefieres. O la manera de sacárselo a alguien.

No había forma de librarse de su mirada dura y ardiente.

—No es fácil, pero...

—Bien. Lo conseguirás. Ahora voy a explicarte lo que ocurre. Emily no es rica. Se ha gastado una buena parte de sus ahorros en ayudarme a escapar. El resto se lo dio a Mildred para el viaje, pero no era mucho.

—¿Mildred está sin dinero?

—Está peor que sin dinero. No ha pagado la habitación. Ha tenido que trabajar un par de días como camarera en un bar.

—¿En un bar mexicano?

—Sí. No ha podido continuar trabajando y ya intuyo por qué. ¡Espera! No creas que intento darte pena. No conoces a Frank. Tiene quince años. Él también

quería trabajar. Si lo he entendido bien, es casi imposible encontrar empleo al otro lado de la frontera. Los mexicanos son pobres. Para ganarse la vida, los de Nogales tienen que ir a la parte americana de la ciudad.

—Exactamente. Incluso en los ranchos casi solo contratamos a mexicanos.

—El único problema es que para atravesar la frontera, por la mañana o por la tarde, hay que llevar una tarjeta de residente en la zona, y esa tarjeta Mildred no puede pedirla porque tendría que dar su auténtico nombre. Eso levantaría las sospechas de la policía, y como yo aún no he pasado...

—Entiendo.

Era un alivio tratar cuestiones más o menos técnicas.

—Frank ha intentado trabajar de limpiabotas en la calle y lo único que ha conseguido ha sido que le zurren los chavales de allí a los que hacía la competencia. Necesitan dinero mañana mismo, como muy tarde, si no quieren que la patrona los eche a la calle. ¿En qué piensas?

—En eso.

—¿Tan complicado es?

—¿Estás en tus cabales?

—Estoy perfectamente tranquilo.

—Entonces deja de beber un momento y escúchame. Llegaste aquí cuando menos lo esperaba y me exigiste (pues no hay otro modo de decirlo) que te hiciera cruzar la frontera. No te preocupaste de averiguar si yo corría riesgos o no. No te preguntaste si tu sola presencia podía acabar acarreándome una verdadera catástrofe. Nora hubiera podido sospechar la verdad.

—Te entiendo.

—No. No has entendido nada porque si lo hubieras comprendido no adoptarías ese aspecto amenazante. En cuanto a la frontera, haré cuanto esté en mis manos para que la cruces.

—La cruzaré.

—¡De acuerdo! Con respecto al dinero, te daré lo suficiente para que puedas arreglártelas.

—Gracias.

Donald había pronunciado esa palabra con tono completamente irónico.

—Ahora me pides dinero para tu mujer, rápido, para mañana a primera hora. Y a eso te respondo: vamos a intentarlo, porque no es tan sencillo como tú crees. Nora tiene negocios en México, participaciones en un rancho de Sonora, por si quieres saberlo. Pero solo son participaciones. No dirige la explotación. No puedo llamar al administrador, que vive en las montañas a ochenta kilómetros de Nogales, y decirle que lleve el dinero a una dirección determinada. ¿Lo entiendes? En cuanto a mí, tengo dinero en el banco al otro lado de la frontera. Pero como el río está crecido no puedo enviar un cheque. Además, me gustaría que esto no dejara huellas.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Eso quiere decir, simplemente, que el asunto debe ser examinado con frialdad. Sabes que me preocupo por Mildred y por tus hijos.

—Te lo agradezco.

—Estoy convencido de que cuando llegue la noche habré encontrado una manera de ayudarles.

—¿Estás *convencido*?

—Claro que sí, Donald.

Tal vez, como había tenido miedo, o como en el fondo todavía lo tenía, adoptaba de pronto ese aire relajado y condescendiente.

—Claro que sí, lo intentaré. Y no podría hacer nada más aunque fuera mi propia esposa quien se encontrara en esa situación.

—¿Te refieres a Nora o a Peggy?

A pesar de su cólera, P. M. respondió:

—A Nora.

—Permíteme que te haga una pregunta sobre ese tema. Ya puestos, varias preguntas, ¿no?

Se burlaba de él, estaba poniéndose agresivo. P. M. hubiera querido impedirle que bebiera, pero ya no era posible pues Donald vigilaba con fiereza la botella que se había puesto al lado.

—¿Qué edad tenía Nora cuando se casó por primera vez?

—No lo sé con exactitud. Unos veintidós años.

—¿Y su marido?

—MacMillan debía de tener cincuenta y tantos años.

—¿Ella era rica?

—Procedía de una buena familia, pero no muy rica.

—¿Se casó por amor?

—No lo sé —contestó P. M. con rudeza.

—Bien. Sigamos. Al morir su marido se casó contigo. ¿Por amor?

—Supongo que eso es asunto suyo.

—Como quieras. ¿Y por tu parte?

—Es asunto mío.

—Ya entiendo.

Esta vez, P. M. notó que la rabia se le subía a la cabeza y también se mostró agresivo.

—¿Qué quieres decir?

—¡Nada! No te enfades. Es la primera vez desde hace mucho tiempo que hablamos como hermanos, ¿no?

—Has bebido.

—Tú también. Desde que llegué a esa casa he estado observándote y he visto que bebías más de lo que yo he bebido nunca. Bastante más. Ahora viene una pregunta importante: imaginemos que mañana fueras un hombre deshonorado, supongamos que se descubre que has estado metido en chanchullos de esos que tienen los abogados o los maridos de mujeres demasiado ricas. Imaginemos que la policía te detiene y te mete entre rejas.

—Acaba de una vez.

¿Qué haría Nora? —P. M. comprendió y prefirió mirar hacia otro lado. Entonces, la voz de Donald se hizo más sofocada—. Supongamos que toda tu vida has sido un granuja. ¡No un granuja de los grandes, no! ¡Uno de poca monta! ¡Aunque eso no pasa en vuestro oficio, porque enseguida lo hacéis todo a lo grande! Un tipo, por ejemplo, que es incapaz de resistirse a un impulso y sigue a sus amigos hasta el bar y, una vez allí, se olvida de que en casa su mujer y sus hijos le esperan y de que, para poder comer, necesitan ese dinero que se está gastando en pagar las rondas. Supongámoslo... Podría haberte pasado a ti.

—No.

—Pues a mí sí. Y, a pesar de todo, me parecía normal que Mildred se matara para educar dignamente a los chicos. Y acabé perdiendo mi trabajo sin darme cuenta de que la culpa era mía.

—Todo eso ya lo sé.

—¿Lo sabes? Tú no sabes nada. Puede que en teoría entiendas algunas cosas, pero en la práctica eres incapaz de entender a alguien que no seas tú mismo.

—¿Eso también te lo dijo Emily?

—Tal vez.

—¿Para eso viniste a mi casa, para insultarme?

—No tengo la menor intención de insultarte y lamento que la verdad te duela. Es bueno que entiendas, debes hacerlo. Poco importa la insensatez que yo haya hecho. He cometido un error y, sinceramente, creo que ya he pagado bastante por ello. Considero sobre todo que tengo obligaciones para con Mildred y los críos.

Porque Mildred, ¿sabes?, cuando vino a verme al locutorio de la prisión no dijo ni una palabra de reproche. Porque no pensó en dirigirse a ti o a nadie. Porque me ha esperado, simplemente. Y lo normal es que hubiera tenido que esperar veinte años. ¿Entiendes?

»Bueno, pues esa Mildred está a treinta kilómetros de aquí. ¡Treinta, Pat! No imagino todos los oficios que habrá desempeñado durante los dos últimos años. Hasta Emily se negó a hablar de ello. Ayer era camarera en un bar mexicano y mi hijo lustraba zapatos en la calle. Mañana los echarán de la habitación.

—¿Por mi culpa?

Entonces Donald se estiró cuan largo era y exclamó:

—¡Tal vez!

Era absurdo y, sin embargo, resultaba tan categórico que P. M. no se atrevió a protestar.

—En todo caso, sería culpa tuya si mañana los recogieran en la acera y los llevaran a dormir a la comisaría antes de mandarlos, como indigentes, a este lado de la verja. Sería culpa tuya si no pudiera reunirme con ellos, sería culpa tuya si...

Agarró con gesto febril la botella, la vació bebiendo de ella directamente y después la lanzó contra una de las paredes. Luego dijo con un tono distinto:

—Era mejor prevenirte, ¿no crees? Ahora, regresemos con tus amigos.

—Creo que es mejor que no volvamos allí.

—Yo no opino igual.

—Vas a seguir bebiendo.

—Puede ser. ¿Acaso ellos no beben?

—No es lo mismo.

—¡Demonios! ¿Qué haces?

P. M. recogía los cascotes de botella y buscaba un trapo para secar la pared.

—¿Le tienes miedo a Nora? ¡Confíésalo!

—Sería mejor que nos quedáramos aquí.

—Quédate si quieres. Si hace falta me iré a pie, solo. Y cuando esté allí, si no encuentras una manera rápida de enviarle dinero a Mildred, estoy seguro de que yo sí la encontraré. Voy a decirte algo. Hace un rato, si hubiera querido, habría podido obtener un buen empleo en Sonora. Tom Pemberton me ha llevado a un rincón y me ha hecho un montón de preguntas. Me ha dado a entender que no le molestaría tener a su servicio allá abajo a un hombre como yo.

—¿Has aceptado?

—Aún no.

—¿Crees que pondría tanto interés si supiera de dónde sales?

Donald reflexionó un instante.

—Yo creo que sí.

Tenía razón. Mientras formulaba la pregunta, P. M. se había respondido mentalmente. Los habitantes del valle no eran demasiado escrupulosos, y en ciertos casos bastaba con remontarse a dos generaciones atrás para encontrar entre sus antepasados a algunos que fueron condenados a la horca por los sheriff, por error o no, cuando aún imperaba la Ley de la Frontera.

—Mira, Pat, desde que he llegado aquí me estoy preguntando si no serás tú el que tiene una mentalidad de pequeño empleado. Te has hecho rico, es cierto. Eres más o menos como ellos. Sin embargo, no consigues olvidar del todo que provienes de Appleton y que hasta los quince años llevabas unos calzones hechos con los pantalones viejos de nuestro padre. Ahora, vamos. No olvides que tanto Mildred como yo y los chicos estamos esperando.

Era mejor seguirle, ya que, como él mismo había anunciado, se hubiera ido solo.

En el coche, Donald, que entonces estaba muy locuaz, adoptó un tono confidencial.

—Les has hablado de locura. ¿Sabes que lo que les has contado es casi cierto?

No he estado realmente loco, pero conseguí fugarme gracias a hacerme el loco durante dos años. No conoces Joliet. Si preguntas a cualquiera, te dirá que es casi imposible salir de allí si no te abren la puerta de manera oficial. Pero hay un detalle que es probable que ignores. Emily, que te mantiene más o menos al día de lo que pasa en la familia, no puede contarle todo. Hace unos diez años trabajé durante seis meses en el manicomio de Davenport. Así fue como conocí el mundo de los locos. Los vi de cerca, te lo aseguro. A veces hasta me tocaba a mí darles una tunda.

»Un buen día, allí, en Joliet, me acordé de ellos. También te dirán que tratándote unos médicos competentes, y con más razón los médicos de una cárcel, es imposible fingir durante más de unas pocas semanas.

»Entre otras cosas, tienen un aparato horrible que te aplica corrientes eléctricas en el cerebro. Imagínate unos golpes como los de un martillo pilón.

»Si estás loco, parece que al cabo de un determinado número de descargas puedes recuperar la razón. No hay muchos farsantes que hayan resistido dos sesiones.

»Pues bien, durante cerca de dos años yo mantuve el tipo. Hasta el punto de que importantes especialistas se interesaron por mi caso y me trasladaron a Chicago para un examen.

»Eso también es un motivo, Pat, para...

Se interrumpió. ¡Un motivo para no eternizarse en el camino, evidentemente! Un motivo para no detenerse ante los obstáculos fuesen los que fuesen.

Cuando llegaron a casa de Lil Noland pareció calmarse.

—No te preocupes por mí. Piensa únicamente en el dinero de Mildred. ¡Ya verás como sé comportarme!

Esa promesa no le impidió beber desde que llegaron. ¿Lo hacía a propósito tal vez? ¿Experimentaba acaso un placer malsano en el hecho de asustarlos, como había asustado a su hermano?

La partida de póquer continuaba en una atmósfera relajada y lánguida. Habían encendido algunas lámparas, no todas, y alguien había puesto en marcha el tocadiscos. Uno de los jugadores, al que debían de haber desplumado, había sido sustituido por el viejo señor Pope, el cual ordenaba sus fichas en pilas muy

regulares, como un cajero de banco.

Pemberton, que en contra de su costumbre iba ganando bastante, mostraba una tez más sonrosada que nunca.

Nora, inquieta, espiaba a los dos hombres; y cuando vio que Donald apuraba un vaso que tenía a mano, se levantó y se dirigió hacia el patio, haciéndole una señal a su marido para que la siguiera.

—¿Se ha puesto a beber? —preguntó.

—No mucho. No te preocupes.

—¿De qué trataba la llamada telefónica?

—No lo sé.

—Parece que te conoce muy bien. Le ha dicho a Lil Noland que pasó la infancia contigo.

—En parte es cierto.

—¿Por qué le dejaron sus amigos en Tumacacori?

—Ya te lo expliqué. Quería aprovechar que estaba en la zona para visitarme.

—Es curioso.

—¿Qué es curioso?

—Nada. Tengo la impresión de que os lleváis algo entre manos. Tú no eres el mismo desde que llegó. A veces juraría que tienes miedo.

—¿Miedo de qué?

—Vamos. Voy a intentar impedir que beba demasiado.

—Me extrañaría que lo consiguieras.

—¿Y si le da una crisis?

Ahora no podía confesarle que su amigo nunca había estado loco, que el

peligro que suponía para él la bebida era muy distinto del habitual.

Lo que le entristecía era que también él se veía incapaz de beber con moderación. Se sentía tan en baja forma que, para no hundirse por completo, necesitaba animarse constantemente.

Todo lo que su hermano le había dicho se había introducido en su espíritu como una masa confusa, grisácea, pesada y a la vez tan inconsistente como un cielo tormentoso. Hubiese querido poder reflexionar con tranquilidad. Tenía muchas respuestas preparadas y se reprochaba no haberlas usado a tiempo.

Descubría excelentes argumentos y entonces, de repente, los perdía o no los consideraba lo bastante convincentes.

Lo que imperaba en él era la sensación de humillación. En el fondo, siempre había tenido tendencia a preocuparse, y quizá, como le faltaba confianza en sí mismo, se mostraba demasiado categórico en ocasiones.

¿Qué había dicho Donald exactamente? No habría sido capaz de repetir sus palabras. Había en ellas algo de diabólico, pues, aunque no había formulado ninguna acusación concreta, Donald le había tratado como a un miserable.

¿Acaso P. M. no se había comportado siempre como un hombre honrado? Incluso en ese momento estaba decidido a ayudar a su hermano y a Mildred. Eso parecía lo más urgente. Era indispensable que ella recibiera dinero a la mañana siguiente. Donald conversaba animadamente con la señora Noland, cuyo objetivo secreto, quizá, consistía en quitarle el vaso lleno que tenía en la mano.

La oyó decir:

—Confiese que tiene graves problemas y que intenta olvidarlos.

Aquello era una estupidez. Las mujeres se vuelven tontas cuando les da por consolar a alguien. A él jamás le había consolado una sola mujer, aunque también era cierto que el pudor le impedía hacerles confidencias.

—¿Acaso cree que lo conseguirá bebiendo? —proseguía Lil.

Parecía que Donald se hubiera propuesto burlarse de todos ellos. A modo de respuesta vaciaba su vaso de un trago y sonreía con placidez.

Faltaba muy poco para que aquello acabara mal. Una palabra, una torpeza, y Donald perdería los estribos como los había perdido hacía un rato con P. M. Los odiaba a todos y a todas. Les guardaba rencor por ser ricos, por vivir en mansiones espaciales, por tener coches y caballos, por hablar de sus hijos, que pasaban las vacaciones en California mientras a Frank le zurraban los niños mexicanos por intentar limpiar zapatos en la calle.

Para acabar de arreglarlo, estaba la partida de póquer, bien a la vista, en la que se apostaban sumas de dinero que hubiesen asegurado el porvenir de su familia durante años.

Debía hallar la forma de enviarle el dinero a Mildred, o, más bien, de hacérselo llegar de su parte a la señora Espinosa. Conocía la calle: una calle sin asfaltar que ascendía en parte por la colina, no demasiado lejos del barrio de las mujeres, y que tenía un profundo socavón en el que en esos momentos estaría acumulándose el agua de lluvia.

—Me ha jurado que se encontraba perfectamente. ¿Sabes qué le tiene preocupado? ¡Una mujer!

¡Y pensar que Lil Noland, que era la más inteligente de todas, hablaba en serio! Le estaba pasando el parte a todo el mundo.

—Una mujer...

Y en los labios de Donald empezaba a dibujarse la sonrisa de suficiencia y de estupidez que adoptaba cuando estaba borracho. Sus andares se volvían inseguros. Parecía que se mantuviera a propósito a la vista de todos, y que cruzara por en medio el salón una y otra vez. Apuraba todos los vasos que le caían en las manos, los vaciaba con ansia, con grosería, como provocando, como un perro que lleva un hueso entre los dientes y desafía a todo aquel que intente quitárselo.

«Es absolutamente necesario...».

P. M. empezaba a confundir sus propios pensamientos debido al bourbon que había ingerido. Todo el mundo debía de haber bebido mucho. La señora Smiley, tan discreta por lo general, acababa de romper dos vasos a la vez y farfullaba:

—Ya sé que soy asquerosa. Ya sé que...

Había que... ¿Qué había que hacer exactamente? ¿Quién estaba hablando de

ir a ver el río? ¡Pues sí que sería bonito, un atasco de coches al final del camino! Cady, el muy idiota, explicaba que él podía pasar cuando quisiera con su avioneta, pues poseía una avioneta que le servía para ir a pescar a los lagos cercanos al Gran Cañón.

—¿Le apetece a alguien darse una vuelta por Nogales?

Su mujer, consciente del estado en que se encontraba, suplicaba a sus amigos que no aceptaran.

—Además, creo que no nos queda combustible en el rancho.

Y él se enfadaba con ella y empezaban a discutir.

—Ven conmigo y te demostraré que hay suficiente para volar de aquí a México.

Había demasiada gente hablando a la vez, yendo de un sitio a otro, tomando a los demás por testigos. Solo los jugadores de póquer se mantenían al margen en una zona de calma y de dignidad, pero habían bebido tanto como los demás y, cuando acabase la partida, también perderían el control.

En cuanto a Donald, rodeado de mujeres, estaba a punto de hacer sabe Dios qué apuesta por una suma fabulosa: había que atravesar el río a nado, pero a condición de que P. M. Jenkins, que seguramente habría dormido y estaba fresco, reposado y sonriente con su uniforme almidonado, entraba con una bandeja.

Al principio no fue desagradable, todo lo contrario. Se sentía muy magullado y hundía el cuerpo voluptuosamente en el colchón, hasta hacerse daño, como cuando jugueteamos con un diente que nos duele. Aún no se había percatado de que se encontraba en su cama. Lil Noland —pero una Lil Noland tan diferente de la auténtica que nadie la hubiese reconocido— era su acompañante en un sueño sentimental y erótico a la vez... Y justo cuando quiso concretar ese erotismo empezó a volver a la realidad de manera progresiva; a medida que se desprendía del sueño, del estupor, los estímulos se convertían en agujetas y su cabeza se llenaba de un vacío sonoro y vertiginoso.

El ruido regular, espaciado —ese fue su primer descubrimiento—, provenía de la ducha en su cuarto de baño debido a las gruesas gotas de agua que caían. O sea, que alguien se había dado una ducha. ¿Él, tal vez? Nora no habría ido a ducharse a su cuarto, y Donald tampoco.

Acto seguido tuvo conciencia de que todo iba a empeorar, así que intentó dormirse de nuevo. Pero era demasiado tarde, las preguntas lo acosaban.

Para empezar, ¿cómo había ido a parar a su cama? No había abierto los ojos porque la luz le hacía daño, pero sabía que estaba en su cama, la había palpado y había reconocido su forma. Luego se palpó también el pecho y comprobó que estaba desnudo.

En alguna ocasión se había emborrachado hasta perder el conocimiento y la mayor parte de las veces se había despertado vestido, de través sobre la cama o incluso sobre la alfombra.

¿Lo había desnudado Nora? ¿La había ayudado alguien? ¿Donald tal vez?...

Prefería no seguir con sus descubrimientos. Aunque no se acordaba de los hechos ni de cómo habían sucedido, era consciente de que le aguardaban algunas novedades desagradables. No solo desagradables, sino humillantes. Ese temor le había acompañado durante todo el sueño.

Aparte de las gotas de agua provenientes de la ducha, no oía ningún ruido. No llovía. Por la luz que atravesaba sus párpados cerrados dedujo que debía de lucir el sol. Dolores, la criada, no se encontraba en la cocina. ¿Aún no había llegado? Parecía tonto, hoy no acudiría. Estaba en Tumacacori, al otro lado del río, de modo que no podrían contar con el servicio durante varios días. ¡Estupendo, con el desorden que a buen seguro reinaría en la casa y el malhumor que sin duda tendría Nora!

Intuía que ella estaba resentida con él. Solo Dios sabía cómo, pero lo adivinaba. No le guardaba rencor porque se hubiera emborrachado, eso también le sucedía a ella, sino porque se había portado mal. Todo el mundo le guardaba rencor. Su último recuerdo de la víspera era una sensación de vergüenza, de soledad en medio de la reprobación general.

Tenía que actuar enseguida, necesitaba hacer algo importante, crucial, ¿pero de qué se trataba? Esa idea le había obsesionado durante toda la velada, pero en ese momento no conseguía recordar qué tenía que hacer.

En cuanto a las resacas, ahora padecía la peor de su vida. Pensaba que nunca conseguiría levantarse, caminar. Cuando oyera a Nora, lanzaría unos gemidos para llamar su atención. Ella le daría un vaso de sal de frutas y le pondría una bolsa de hielo en la cabeza.

¡Ojalá se levantara pronto! ¿Estaría durmiendo todavía? Habría podido irse en el coche sin que él la oyera. No quería abrir los ojos de golpe, resultaba demasiado doloroso. ¿No sería mejor recordar algunos detalles antes de encontrarse ante Nora?

En cualquier caso, lo ocurrido había sido una tontería, una gran tontería. Se hallaban todos en el amplio salón de los Noland y ya estaba anocheciendo. No acababan de despedirse. Prácticamente el día había concluido y no había estado del todo mal. En ese preciso momento no habría sabido decir dónde se encontraba Donald, lo cual significaba que ya no le obsesionaba.

¿Quién propuso que fueran a dar un vistazo al río? Era previsible. Veía todos los coches frente a la escalinata; algunos, aunque no hubiera oscurecido del todo, llevaban los faros encendidos.

—Ven conmigo.

No se dirigían a él, sino a Donald; se trataba de Lil Noland —que no tenía

ningún motivo para salir de su casa—, era ella quien se hacía cargo de él de esa forma. Estaba muy contenta, muy alegre. Tomaba del brazo a Donald con familiaridad y le llevaba hasta su coche mientras su marido se subía a otro, sin apreciar la menor malicia en la operación.

¿Estaba todo el mundo borracho? Seguramente un poco. Había parado de llover; gruesas gotas de agua caían de los árboles. Los coches, al pasar por la carretera transformada en canal, parecía que tuvieran unos grandes bigotes líquidos.

En cuanto a P. M., empezaba a sentirse furioso. Cuando iba a subir al coche en compañía de Lil, Donald le había dirigido una sonrisa irónica. Él también estaba contento, del mismo humor que la señora Noland. Nadie diría que se trataba del mismo hombre nervioso que hacía un rato había telefoneado a Mildred y a los chicos.

Esa llamada había resultado patética. P. M. se había puesto más nervioso de lo que hubiese querido.

Primero la mujer, que apartaba a los niños, les suplicaba que tuvieran paciencia y luego les pasaba el auricular a uno tras otro, de mayor a menor; al último, el pequeño John, hubo que sostenerlo en brazos para que llegara a la altura del teléfono, que se hallaba colgado de la pared.

Donald no tenía ningún derecho a jugar con Lil de esa manera; no era una mujer con la que se pudiera jugar. En una ocasión en que todo el mundo estaba muy excitado, como la noche anterior, P. M. intentó seducirla. Ella le sonrió amablemente, como una amiga, y le puso la mano en el brazo.

—¡Nosotros no, mi querido P. M.!

No se sentía despechado. Se trataba de... ¡Por Dios, qué complicado resultaba todo! Tampoco eran celos, ni un sentimiento mezquino.

Todavía no.

Los coches se habían detenido, y toda la gente se bajaba de ellos. Los faros alumbraban el río, cuyo aspecto —con esa masa de agua negra que corría vertiginosamente y tan crecida que ya no se veía el capó de los coches— resultaba fascinante.

Alguien le dijo a Donald:

—Estás asistiendo a uno de los ritos del valle.

Y era cierto. En cuanto crecían las aguas, la gente del valle acudía a ese lugar cuatro o cinco veces al día. Algunos volvían a las once de la noche, incluso a las doce, antes de acostarse. No acudían con la esperanza de pasar, simplemente querían verlo.

Raúl, el jefe de los vaqueros de Pemberton, también estaba allí, bajo un árbol; su caballo blanco se mantenía inmóvil en la penumbra. Raúl había ido para mirar, como los demás. Hacía tal vez una hora que estaba allí, contemplando cómo el agua arrastraba las ramas y los troncos de los árboles.

Se hablaba del río, era inevitable. Siempre las mismas historias.

Podía distinguirse la voz de Lil Noland, más aguda de lo habitual porque estaba excitada.

—Raúl, cuéntale qué hacía el indio yaqui.

Como la mayor parte de los mexicanos, Raúl tenía sangre india en las venas y había heredado de los indios la impassibilidad. Frente a la corriente amarillenta, su aspecto era impresionante, montado sobre un caballo blanco al que los faros de los coches casi hacían fosforescente.

—Fue el único que consiguió nadar en el Santa Cruz crecido —recitaba—. Le conocí bien. Era un yaqui más alto y más fuerte que yo. Vivía en una casa de adobe situada más o menos donde hoy se encuentra el bar de Tumacacori.

»Cuando la corriente bajaba con más fuerza, venía aquí, con un vistoso pañuelo rojo anudado a la cintura a modo de vestimenta. En cuanto vislumbraba un trozo de madera flotando se lanzaba al agua y se abría paso a través de la corriente como la gente de la ciudad se abre paso entre el gentío; uno tenía la certeza de que le vería salir por el otro lado, cien metros río abajo y siempre por el mismo sitio, agarrado a su tronco de árbol. De ese modo se abastecía de leña para el invierno.

—¿Se ahogó?

—No, lo atropelló un coche.

¡Qué historia más apropiada para Donald! ¡Y anda que las demás! Por ejemplo, Pemberton le estaba hablando del año en que las lluvias, en vez de remitir en septiembre, habían continuado hasta diciembre.

—Un poco antes de Navidad nos quedamos atrapados durante diecinueve días.

¡Y también la historia del coche de los Cady, claro! Había que contarlo todo. Cady, que se obstinó en pasar con su coche. El agua solo le llegaba por encima de las ruedas. Estaba en mitad del río, le quedaban apenas unos cuantos metros cuando apareció una especie de muro de agua de un metro o más de altura.

Alguien gritó desde la orilla, y afortunadamente Cady le oyó y echó un vistazo río abajo. Tuvo el tiempo justo de salir del coche y alcanzar la orilla chapoteando.

Poco después ya solo podía verse el capó del coche. Conservaba una fotografía de aquello. Cuando el Santa Cruz se desecó, encontraron el coche casi dos kilómetros río abajo, reducido a chatarra, y allí seguía.

En la oscuridad, Lil tomaba a Donald por el brazo y lo hacía de una manera muy especial, adoptando una actitud maternal, protectora, de tal forma que nadie podía escandalizarse o sonreírse.

¿Acaso no habían visto correr el agua lo suficiente? A P. M. le dolía la cabeza. Tenía ganas de tomarse un último whisky y acostarse. Pero aún le quedaba algo por hacer, aunque en ese momento no sabía de qué se trataba.

Acabaría por recordarlo. Todas esas siluetas, en la oscuridad estriada por la luz de los faros de los coches...

—Lo que un indio ha conseguido, un blanco lo puede mejorar —dijo Donald.

La prueba de que no estaba furioso fue que se limitó a encogerse de hombros al oír cómo su hermano se pavoneaba de esa manera ante Lil Noland.

—¿Y si regresáramos, chicos?

—¿Por qué no venís todos a casa? Vosotros hoy no tenéis criados, pero yo tengo la suerte de contar con Jenkins.

P. M. habría jurado que, mientras se expresaba de ese modo, Lil Noland apretaba ligeramente el brazo de Donald. ¿Se resistió? Tal vez. En cualquier caso, P. M. acabó por casualidad en el mismo coche que Nora. Solo tenían que recorrer unos cientos de metros. Iban en fila y a una velocidad de tortuga.

—Cuando empezó a beber, me entró miedo —dijo Nora—. Por suerte, lo lleva bastante bien. Lil lo vigila.

—¿A eso le llamas vigilar? —contestó P. M. con soma.

—No seas malo. ¿A quién ha telefoneado? —No lo sé.

—Qué misteriosos estáis vosotros dos. Seguro, que no me lo has contado todo.

—¿Yo?

¡Vamos allá! Vamos una vez más a casa de los Noland, donde uno podía recuperar su rincón, su cenicero aún lleno, su vaso vacío. Incluso no resultaría extraño que los sillones estuvieran todavía calientes.

Era la enésima vez que aquello sucedía, ¿en esta o en cualquier otra casa del valle? No tenían nada que decirse ni nada que hacer en grupo; y sin embargo sentían una pereza invencible a la hora de separarse.

Jenkins, a quien nada de aquello pillaba desprevenido, ya estaba preparando los cócteles.

Eso es lo que debió de acabar con P. M.: los cócteles —¿eran Martinis o Manhattans?—, sumados al bourbon de la tarde.

Casi enseguida se percató de que se había quedado con la mente en blanco. Veía a la gente moverse.

Notaba en las fosas nasales un olor a sopa de guisantes. Quizás habían abierto unas latas de conserva y recalentado la sopa. En cualquier caso, un plato hondo había ido a parar al suelo. ¿Lo había tirado él? La verdad es que no recordaba haber comido sopa.

Estaba rabioso, lo que complicaba aún más las cosas. Ya no sentía celos de su hermano, no tenía motivos (aunque se había producido aquella llamada *patética* y

aún conservaba la imagen de Mildred y de los tres críos alrededor del teléfono, en el pasillo de la pensión).

Tampoco tenía Lil la culpa de que P. M. estuviera tan rabioso. No se había enamorado de ella; si un día se le había insinuado fue porque había bebido.

Estaba furioso. Y eso no lo entendía nadie, ni siquiera él mismo. Sin embargo, le daba la impresión de que tenía motivos para ello.

Nada estaba sucediendo como tenía que suceder. Donald no se comportaba como debía; ni Donald ni nadie.

Entre su hermano y él, ¿quién era el que había trabajado durante toda su vida y triunfado a base de tesón y coraje?

Tal vez si se partiera de eso acabaría encontrándose una explicación.

Y sin embargo, unas horas antes, cuando estaban solos en el rancho, Donald le había dicho con cinismo:

«¿Si tú cometieras alguna fechoría, crees que Nora...?».

En esta historia mediaba un abismo de injusticia. Lil no era la única que le dedicaba atenciones a Donald. Hasta Pemberton lo agasajaba, aunque con la esperanza, también es verdad, de atraerle hasta la mesa de póquer.

P. M. supo que Donald aceptaría; de hecho estaba a punto de aceptar, por eso intervino:

—No. No debe jugar.

—¿Temes que les despoje de todo su dinero? Eso te jorobaría, ¿verdad?
—dijo Donald, rechinando los dientes.

Lil lo controlaba. Por entonces daba la impresión de que presentía alguna catástrofe. Jugaba a hacer de madre con Donald, que tenía diez años más que ella, y le daba la sopa a cucharadas, cosa que a todo el mundo le parecía muy bien porque era como un juego.

Volvió a quedarse en blanco. Ya podía ponerse a buscar, que no encontraba más que vacíos. Muy pronto Nora se los aclararía, y eso supondría un suplicio.

Le venía a la mente la palabra «perro», y no sin motivo. A partir de cierto momento, ambos se habían comportado como dos perros rabiosos que se buscan las cosquillas. ¿Acaso los demás no se habían dado cuenta? ¿O es que le echaban toda la culpa a P. M.?

Los invitados iban de una a otra habitación, las atravesaban para llegar a los cuartos de baño. Había zonas de sombra y de luz. Por todas partes se veían vasos, hasta en el patio. A veces uno tropezaba en la oscuridad con alguien a quien no reconocía y que tal vez se encontraba mal.

Las miradas de ambos hombres se cruzaban desde lejos, y la de Donald despedía siempre el mismo desafío teñido de desprecio.

¿Con qué derecho despreciaba a P. M.?

Al observarle, podría pensarse que era el centro de la reunión y que se reía de todos ellos, especialmente de las mujeres; que se burlaba del mundo, ebrio, ligero y sarcástico.

P. M. no debía de haber estado solo durante todo ese tiempo. Seguro que le habían hablado, que se había sumado más o menos tiempo a varios grupos, que había vaciado algunos vasos, pero siempre había acabado recuperando la pista de su hermano; tal vez ya tenía ganas de pelea.

¿Sentía Donald, por su parte, el mismo deseo?

—¿No crees que sería mejor que volviéramos a casa?

Era Nora. Sabía reconocer el momento en que él ya estaba completamente borracho, pero no ignoraba que era inútil insistir.

Además, esa noche, su hermano y él parecían dos fuerzas de la naturaleza.

Lo que tenían que solucionar constituía una vieja rencilla familiar. Una desavenencia que se remontaba sin duda a Appleton, cerca de Fairfield, en Iowa, o aún más atrás. Era un conflicto que los superaba, un conflicto bíblico.

Debió de pronunciar esas palabras, pues pensó mucho en ellas y ahora las recuperaba en su confusa memoria.

—¡Un conflicto bíblico!

Caín y Abel... Esaú y Jacob...

Ninguno de los dos podía detenerse ya. Pero ¿cómo empezaría todo?

Eso es precisamente lo que no acertaba a reconstruir. Sabía que se trataba de una tontería, de algo incoherente. Al final todo había sido falseado. El famoso conflicto bíblico había acabado por ser una historia infame, y todos habían sido incapaces de entenderla: sus mejores amigos debían de sentirse decepcionados.

¿Cómo hacerles comprender que lo que pasaba entre ellos era realmente importante, que se trataba de uno de los dramas más antiguos?

Ni siquiera fue Donald quien empezó. Tendría que recordar lo que dijo exactamente y también saber si hay momentos en la vida en los que a uno lo empujan de forma inexorable a hacer lo contrario de lo que desearía.

Pensaba en Mildred Dodson y era Lil Noland quien le sacaba de quicio. Odiaba a su hermano y la culpaba a ella.

No consiguió elegir el momento adecuado. Todo ocurrió cuando menos se lo esperaba y, para acabar de arreglarlo, tenía un vaso lleno en la mano.

Había estado pendiente de ellos y se topó con ambos en la terraza, donde creían que estaban a solas.

Ya no era el brazo de Donald, sino su mano, lo que Lil acariciaba con una actitud fingidamente maternal.

—¿No os da vergüenza? ¿No te da vergüenza, Lil? Si tu marido... —dijo, sorprendiéndose del sonido de su propia voz.

Para que aquello acabara como acabó fue necesario un número incalculable de casualidades, además de un tercero en discordia. Larry Noland, que por lo general no era celoso, también había bebido más de la cuenta y, al igual que P. M., había seguido a su mujer hasta la terraza.

Lo normal hubiera sido que la emprendiera con Donald.

Cuando P. M. habló, Larry se encontraba apostado en un rincón de la terraza. Y resultó que, en contra de lo que podía esperarse, se enfrentó con P. M.

Era un tipo tranquilo pero de reacciones brutales; sin avisar, sin mediar palabra, le dio a P. M. un puñetazo en la cara.

El vaso salió literalmente disparado, se derramó sobre el vestido de la señora Noland y fue a parar al suelo, donde se hizo añicos. Sin ser consciente de lo que hacía, como una reacción ante el dolor de la mandíbula, P. M. golpeó a su vez. No una, sino dos, tres veces, tal vez más, y hubiera sido capaz de seguir pegando a su adversario aunque este yaciera tumbado en el suelo.

¿Había ya gente a su alrededor en ese momento? ¿Intentó controlar Lil a Donald?

Este avanzó con los puños apretados y P. M. le plantó cara, sintiendo una especie de alivio.

Notó un golpe en el ojo izquierdo y a partir de entonces le fue imposible abrirlo. Pero sus propios puños tampoco encontraban precisamente el vacío. La voz de Nora le perseguía:

—¡P. M., cálmate! ¡Déjalo!

Tras un primer contacto, los dos habían reculado para ganar espacio; en las pupilas de Donald seguía habiendo un brillo irónico y feroz.

—No olvides lo que te he dicho —articulaba con los dientes apretados—. Ven aquí, ven aquí que te voy a partir la puta cara.

Tal vez no eran esas las palabras exactas, pero algo había dicho referente a la «puta cara». Nora intentaba calmar a su marido. Si no fuera por lo que había contado respecto de la locura de Donald, seguramente les habrían dejado arreglar sus asuntos sin intervenir.

Los separaron. Ese papel le correspondía a Pemberton, quien lo interpretaba con sencilla dignidad.

—Estamos en casa de nuestros amigos los Noland, muchachos. Si tenéis cuentas que saldar, sería más educado que lo hicierais fuera.

P. M. se descubrió sangre en la mano. Tiraban de él. Varias personas le hablaban a la vez.

Era consciente de haber repetido varias veces:

—¡Que venga aquí fuera! Sí, que venga. Pemberton tiene razón. Que venga...

Por supuesto, les tomaban el pelo como a los niños. Mientras alejaban a P. M. de la terraza, a Donald lo trasladaban al otro lado, al patio sin duda.

Estaba en su coche, pero no frente al volante, pues ahí se sentaba Nora.

—¿Queréis que vaya con vosotros?

Esa debía de ser la voz de Smiley.

—Gracias. Me las arreglaré sola. Discúlpalos. Y él se volvía, excitado aún por la lucha.

—Se ha echado atrás, ¿eh? ¡Tiene miedo! ¡Ja, ja, ja! Se aseguraron de que la portezuela del copiloto estuviera cerrada.

Otra vez se quedaba con la mente en blanco. O más bien se trataba de un agujero negro con pequeñas luces. Estaba seguro, por ejemplo, de que siguió bebiendo. Sin duda, para ahorrarse problemas, Nora no se lo impidió. Era lo mejor: dejar que se pusiera fuera de combate él solo, y después acostarlo.

¿Dónde estaba Donald? ¿Por quién habían tomado partido sus amigos? ¿Se había quedado en casa de los Noland?

Era terrible: P. M. nunca se atrevería a volver a poner los pies allí. Tenía que saber qué ocurrió. Volvía a ver su salón, con una sola lámpara encendida, la silueta de Nora, sus piernas desnudas. Ella también debía de estar borracha, todo el mundo lo estaba.

Pero había algo más, algo que se le seguía escapando y que tal vez fuera lo más grave. Era indispensable que abriera los ojos y que se levantara de la cama.

Continuaba sin poder abrir el ojo izquierdo. Parecía que tuviera la cabeza llena de un líquido que iba de un lado a otro al menor movimiento.

A pesar de eso consiguió llegar hasta el cuarto de baño. Se agarró al lavabo para mirarse en el espejo.

El párpado izquierdo estaba hinchado y de un color azul oscuro; el labio inferior, tumefacto; y en la barbilla había restos de sangre. Rebuscó en el botiquín, encontró la botella de sal de frutas a la que recurría con tanta frecuencia y dejó caer dos tabletas en un vaso lleno de agua, que se puso a chisporrotear.

Se encontraba realmente mal. Tenía ganas de llamar a alguien, pero la vergüenza se lo impedía, y también el miedo de descubrir algunas verdades aún más desagradables que las que ya conocía. Lucía el sol, un sol más espeso que de costumbre, más amarillo a causa de las lluvias. Pero ya podían oírse; del lado de Nogales, los fragores de la tormenta.

Era lo que solía suceder. Una o dos tormentas fuertes, después otra más débil. Por la mañana parecía que se hubiera acabado. La hierba estaba fresca, los pájaros cantaban, no había ni una nube en el cielo.

Pero entonces un blanco luminoso empezaba a alzarse sobre la cima de las montañas, se convertía en un gris claro, luego viraba casi al negro y a partir de las dos o las tres de la tarde, justo cuando el río parecía decrecer, estallaba una nueva tormenta.

A veces, entre una y otra, se podía cruzar a caballo o a pie, con el agua por la cintura, aun corriendo el riesgo de resbalar y ser arrastrado por la corriente.

Tenía que volver a la cama. Se tambaleaba y temía desmayarse.

Afortunadamente, en ese momento se abrió la puerta que comunicaba los dos cuartos de baño. A Nora le brillaba la cara, tenía los ojos turbios y estaba despeinada. También había dormido desnuda. P. M. la había despertado al abrir el grifo, y ella apenas había cubierto su cuerpo de muchacho con un albornoz azul.

—¿Necesitas algo?

—No lo sé. No me encuentro bien.

—Déjame ver.

No sonrió al mirarle la cara, tampoco mostró la menor compasión.

—Será mejor que vuelvas a acostarte.

—Escucha, Nora...

—¿Qué?

—Perdóname. No sé qué pasó exactamente, pero...

¿Acaso Mildred no se habría enfadado? Nora tal vez no le guardaba rencor —ya estaba acostumbrada—, pero tampoco se mostraba muy tierna.

—Ven. Voy a traerte hielo.

P. M. vio su ropa en el suelo, al pie de la cama.

—¿Me desnudaste tú?

—Sí. No fue fácil. Querías volver a salir. Asegurabas que se trataba de una cuestión de vida o muerte.

—¿Cómo? ¿Qué era una cuestión de vida o muerte?

—Volver a verle. Acuéstate. No le llamabas Eric, sino Donald. ¿Por qué?

—No lo sé.

—Confiesa que me has mentido deliberadamente. ¿Era el momento de darle explicaciones o de contar una nueva mentira?

—¡Te lo ruego, Nora! Tráeme una bolsa de hielo.

Se fue descalza. Nadie había hecho la limpieza. Siempre resultaba deprimente pasar varios días sin criada; parecía que la casa se dejara llevar, se abandonara a un desorden nada poético.

—¿Hablé mucho? —preguntó P. M. cuando tuvo la bolsa de hielo sobre la frente.

Más que marido y mujer eran como dos amigos. Nunca se había planteado la posibilidad de que se comportaran como amantes. Como amiga, Nora estaba muy bien y tenía la ventaja de mantenerse siempre tranquila.

—Insistías mucho en una catástrofe. Era como una idea fija. ¡Espera! Dijiste: «No saben que solo yo puedo evitar una catástrofe. Toda mi vida he trabajado para evitarla y así me lo agradecen».

Se sonrojaba al reconocer aquel énfasis, típico de una borrachera. Cuando estaba ebrio, siempre acababa sintiéndose desdichado e incomprendido. Tenía la impresión de que lo daba todo por los demás y que no recibía nada a cambio.

—Intenté impedir que telefonaras.

—¿Telefoné?

—Tuve que dejar que lo hicieras, sobre todo porque no sabía si lo que decías era cierto.

—¿Llamé desde casa de los Noland?

—Desde aquí, al volver. Parecías más calmado. Hubo un momento, incluso, en el que creí que habías recuperado la tranquilidad. Me pediste que te sirviera una bebida. Al principio me negué. Y repetías: «Te aseguro, Nora, que es *indispensable*. He de adoptar medidas graves. Es una cuestión de vida o muerte. Estoy borracho, es cierto, pero sé lo que hago».

No se atrevía a mirarla. Ella tomó un paquete de cigarrillos que había sobre la mesa, se encendió uno y se acomodó en el único sillón de la habitación, cruzando las piernas. Cuando la miró de soslayo, al descubrir el gesto que hacía al dar la primera calada al cigarrillo, supo que ella también tenía resaca.

—Espera. Hablabas de un deber sagrado que yo comprendería algún día. Acabé por pasarte el teléfono, pues creí que sería mucho peor llevarte la contraria.

—¿A quién llamé?

Lo recordó en el preciso momento en que ella se lo decía:

—A Reeves.

Se trataba de su socio de Nogales, el viejo abogado con el que trabajaba y que había sido elegido varias veces juez del condado.

—¿Qué hora era?

—No lo sé con exactitud. En cualquier caso, más de las doce.

Reeves era un hombrecillo frío y excesivamente ordenado, para quien las

costumbres más insignificantes constituían auténticos ritos sagrados.

—Llamé yo —prosiguió Nora—. No contestaban. Tuve que pedirle a la operadora que insistiera, y estuvo llamando durante más de un cuarto de hora. Al final, Reeves me dijo con acritud que su habitación estaba en el primer piso y el teléfono en la planta baja, de modo que le había obligado a bajar descalzo arriesgándose a pisar un escorpión o una araña venenosa.

Reeves sentía un miedo enfermizo a todos los animales.

—Le pedí que sacara dinero para mí, ¿verdad?

¡Dios mío! ¡Cómo le dolía la cabeza! ¡Y cómo aumentaba su desasosiego con cada descubrimiento nuevo! ¿Sería capaz alguna vez de volver a enfrentarse a Reeves?

—A él también le mencionaste lo de la cuestión de vida o muerte. Le dijiste que era indispensable que esta mañana, a primera hora (e insistías mucho en esto último), se depositara una cantidad determinada de dinero a disposición de la señora no sé qué, en Nogales.

—¿Espinosa?

—Es posible. Era un nombre español, en todo caso. Le diste la dirección.

—¿Y fijé una cantidad concreta?

—La cambiabas constantemente. Supongo que Reeves ponía objeciones y que tú insistías.

—¿Qué me decía, que el banco no abría hasta las nueve?

Quizá. Tú precisabas que no se trataba de un cheque, sino de dinero en efectivo. Te ponías nervioso.

Primero hablaste de doscientos dólares. Luego, de quinientos. Al final te pusiste a gritar: «Mil dólares, Reeves, ¿me oyes? ¡He dicho mil dólares! Que te confirme Nora si estoy o no en mis cabales. No me llesves la contraria. Esto solo me atañe a mí. Es un asunto que no te concierne. He dicho mil dólares».

—¿Hablaste con Reeves después?

—Sí. Me pasaste el auricular y me dijiste con amargura: «Cree que estoy borracho. Tranquilízale, ¿quieres?».

—¿Y le tranquilizaste?

—Le dije: «Haz lo que te pide. Es mejor».

—¿Prometió hacerlo?

—Seguía refunfuñando porque estaba descalzo y porque no sabía de dónde sacar mil dólares en efectivo antes de las nueve de la mañana.

Sintió que había llegado el momento más difícil. Lo comprendió por el silencio de Nora, por las dos largas caladas que le dio al cigarrillo.

—Dímelo, P. M. ¿Quién es?

—¿La mujer?

—No. Él.

—Mira, Nora, no me encuentro bien. Te prometo que tengo serios motivos para preocuparme. ¿Dónde está?

—No lo sé. Te saqué de allí en cuanto pude.

—Te portaste muy bien. Pero eso no es todo. Necesito saber dónde está.

—Estará con Lil, sin duda.

—¿Puedes telefonar? ¿Qué hora es?

Nora se acercó hasta la puerta para mirar la hora en el reloj del salón.

—Las once y media.

—Llama.

—¿Después de todo lo que ha pasado? ¡De acuerdo! Con un poco de suerte hablaré con Jenkins y él me pondrá al corriente.

Fue Jenkins, en efecto, quien atendió la llamada. Hablaba a media voz, como

para no despertar a sus señores.

—Dígame, Jenkins. El amigo con el que estábamos ayer... Sí. Exacto. ¿Se quedó en casa? ¿Cómo?

¿Está seguro? ¿No se fue con los Pemberton o con los Cady? Siguen durmiendo, sí, entiendo. No, no la moleste. Volveré a llamar. Gracias, Jenkins. Está bien, sí... Muy bien.

P. M. la observaba con ansiedad.

—No está en casa de los Noland. Al parecer, después de que nos fuéramos hubo otra escena. Intentaron acostarle en una de las habitaciones para invitados pero se resistía. Logró soltarse y les gritó: «Sois unos imbéciles y no os necesito para ir a buscar a Mildred». Jenkins no me lo ha dicho tal cual, pero se adivinaba. Estaban en el patio. Tu amigo se puso a correr hacia la oscuridad. Hay un prado cercado por alambradas e iba directo hacia ellas, pero en el último momento las vio y dio un salto. Los coches no podían seguirle por ahí. Se produjo una especie de desbandada. Los Noland se quedaron solos.

—¿No quieres llamar a Pemberton?

Nora casi nunca se había mostrado tan dócil; tal vez esperaba ser recompensada con algo que por fin satisficiera su curiosidad.

Pemberton ya se había levantado, bañado y acicalado de los pies a la cabeza, como un caballo de concurso. La conversación no duró mucho.

—No sabe gran cosa —explicó Nora—. Rodearon el prado en coche. No vieron a nadie. Hay una veintena de yeguas en el prado, con sus potrillos, y todos estaban muy excitados.

—¿Eso es todo lo que te ha dicho?

—Ya has oído mi pregunta, que me dijera qué había sido, según su opinión, de tu amigo. Me ha contestado: «Con lo trastornado que estaba, lo más probable es que haya tratado de cruzar el río».

P. M. nunca se había encontrado tan mal.

—¿Podrías ser tan amable de llamar a Cady, a los Smiley e incluso a los

Pope?

—Nadie está muy simpático esta mañana. ¡Pero en fin!

Hizo las llamadas. Los Smiley aún dormían y Nora se disculpó por haberles despertado. No sabían nada de Donald. Cady ya se había ido a caballo a su plantación de algodón para evaluar las posibles pérdidas, y su mujer tampoco sabía nada.

—Pregúntale si la avioneta sigue ahí.

Ignoraba si Donald sabía pilotar, pero por la tarde habían hablado de la avioneta de los Cady.

—La está viendo desde la ventana.

—Un momento. Dile que no cuelgue. Sería conveniente que vigilaran la avioneta o que le quitaran alguna pieza.

—¿Tú crees que puedo decirle eso?

—Tienes razón.

Ya solo quedaban los Pope. La conversación se hizo interminable. Evidentemente, era la señora Pope quien estaba al aparato y quien comentaba todo lo que había sucedido la noche anterior. Nora por poco pierde la paciencia.

Los Pope vivían en el último rancho del valle en dirección a Nogales. Alrededor de su casa, el Santa Cruz trazaba un círculo que, al unirse a la montaña, cerraba en cierta medida la región. A vuelo de pájaro se veía que se encontraban a apenas ocho kilómetros de la frontera.

La conversación no acababa. A Nora incluso le dio tiempo de encender otro cigarrillo y de fumárselo casi todo.

—¡Vieja arpía! —exclamó mientras colgaba.

—¿Qué ha dicho?

—Intenta enterarse de todo, eso es innegable. Va poniendo objeciones. A fin de cuentas, me ha dicho que al amanecer los animales se han puesto a galopar en

torno a la casa, como si alguien los hubiera asustado. Ha añadido que si no encontraban a tu amigo, y teniendo en cuenta lo que le contaste a Lil y el modo en que se comportó anoche, llamaría a la patrulla de Nogales.

—Ellos tampoco pueden atravesar el río.

—Te olvidas de que disponen de dos aviones y un helicóptero. —Nora se levantó y dijo—: Voy a preparar café. ¿Te apetece una taza? Puede que al final acabes por explicarme exactamente qué es lo que ocurre.

La segunda fase de la jornada estuvo marcada por el largo relato de Reeves al teléfono.

En cuanto a Nora, la verdad es que se había portado muy bien, mucho mejor de lo que él esperaba.

Nada que ver con Mildred, que probablemente se hubiera mostrado más preocupada o más tierna.

—Voy a prepararte un baño caliente. Eso te ayudará. Yo también tomaré uno.

Tuvo un detalle sencillo que él agradecía: dejó abierta la puerta que separaba los dos cuartos de baño.

¿Por qué aquel cuerpo de muchachote le recordaba siempre a un boy scout? En cualquier caso, Nora era en verdad eficiente.

Mientras P. M. se encontraba ya en el agua y la otra bañera estaba llenándose en la habitación de al lado, ella dijo:

—Creo que acabaremos limpiándonos el estómago con una botella de cerveza, ¿no? ¿Quieres que te la traiga ya?

Se mostraba muy amable. La oía afanarse, abrir la puerta del frigorífico, sacar vasos limpios, buscar en los cajones el abrebotellas. Nunca se había sentido tan cerca de ella.

Más tarde, cuando llamó por teléfono a su socio Reeves, ya estaba casi presentable y disfrutaba de mayor aplomo del que había creído que tendría cuando se despertó. Se había afeitado. Casi podía abrir del todo el ojo izquierdo. La víspera sangró porque se le levantó un poco la piel del labio inferior; ahora se había puesto una tirita de un bonito color rosa.

Estaba bastante nervioso cuando telefoneó a Reeves. Esperaba enfrentarse a

una situación desagradable, pero también en ese caso los hechos sucedieron de una manera diferente a la prevista.

—Soy P. M.

—Ya te oigo.

—Querido Reeves, lamento haberte despertado anoche.

—El encargo se ha cumplido dentro del plazo previsto.

Ni una alusión al estado en el que se encontraba P. M. cuando le llamó la víspera y que al antiguo juez del condado no podía haberle pasado inadvertido.

—Te lo agradezco mucho. Como ya debes saber, estamos aislados por el río y es poco probable que pueda desplazarme hasta Nogales durante los próximos días.

—¿Quieres detalles acerca de la misión que me confiaste?

Hablaba de manera sosegada, fría, seguro que no se le movía ni un músculo de la cara. Había gente que se burlaba de Reeves, pero otros sospechaban que era un gran humorista.

—Si no te resulta muy molesto, Reeves.

—Más molesto me resultaría no dártelos. —Le contó la historia con un tono monocorde, sin interrumpirse ni elevar la voz—: Primero me pregunté dónde podría encontrar mil dólares antes de que abrieran los bancos.

—Lo siento, Reeves.

—No hay por qué. Por favor, no me interrumpas. Pensé en mi amigo Juan Pérez, el propietario del restaurante Las Cuevas. Primero, porque Pérez se levanta pronto para ir al mercado con el cocinero; segundo, porque como en Las Cuevas se trabaja de lleno los domingos, debía de tener dinero en la caja.

Así que atravesé la puerta y me topé con mi amigo Pérez, rodeado de fregonas y cubos de agua.

A esas horas, Reeves debía de ir de punta en blanco. Era fácil imaginárselo en Las Cuevas: el personal en mangas de camisa, limpiando las planchas de la cocina

con mucha agua, y el abogado, a las siete de la mañana, preguntando con educación por el jefe.

—No ha puesto ninguna objeción a cambiarme un cheque por billetes de banco.

¿Qué explicación le habría dado Reeves de esa extraña maniobra? Probablemente, ninguna. No era de los que se justificaban y poco le importaba lo que pudieran pensar de él.

Luego me puse a buscar la calle Victoria del Sarto —proseguía sin apresurarse— y, tras recabar información de las personas más adecuadas que encontré, incluido un comisario de policía con el que me crucé por casualidad, llegué forzosamente a la conclusión de que no existía tal calle en Nogales. —P. M. abrió la boca para disculparse una vez más, pero su socio continuó en el mismo tono—: Por el contrario, descubrí una calle Victoria de Soto y eché a andar por la callejuela que sube hasta ella. Casi me atropella un burro cargado con dos odres de agua. En el número cuarenta y uno, el timbrazo que oí desencadenó diversos ruidos. Por lo menos tres niños acudieron a mirarme a través de una especie de mirilla. Al cabo de bastante ajeteo, una mujer gorda, vestida de forma descuidada y con rulos en la cabeza, entreabrió la puerta atemorizada mientras me preguntaba en español qué quería.

»Le respondí que le traía mil dólares y ella me miró si cabe con aún menos simpatía que antes. “¿Son para mí? ¿Para la señora Espinosa?”. “Efectivamente, me han encargado que le entregue mil dólares a la señora Espinosa”.

»Entonces apareció un hombre, el cual escuchó nuestra conversación y le aconsejó, en un dialecto que pensaba que yo no entendía.

»“Cógelos. ¿Qué tienes que perder?”.

»Los niños estaban en el pasillo, muy excitados.

—Una vez más, Reeves, lamento mucho que...

—¿Me dejas continuar? Yo había preparado un recibo y, cuando le he dicho que tenía que firmarlo, casi me da con la puerta en las narices. Entonces ha aparecido otra persona, una mujer que intentaba que yo no la viera, pues no estaba vestida. Tenía el pelo muy rubio y el rostro reseco, cansado. No hablaba español.

Se dirigió en voz baja y en inglés a la señora Espinosa, y consiguió llevársela al fondo del pasillo mientras yo me quedaba solo en el umbral, donde los niños se acercaban uno tras otro para observarme.

»Elas tenían problemas para entenderse. La americana se llevó a la otra a una habitación en la que prosiguieron con su dificultosa conversación, y el hombre intentó hacer de intérprete. En la calle se habían ido formando, poco a poco, pequeños corros de chavales mexicanos.

¡Pobre Reeves!

—Por fin, la señora Espinosa volvió con la mano extendida. Antes de entregarle los billetes le enseñé el recibo y dudó de nuevo. A su espalda, una voz suplicaba:

»“¡Por el amor de Dios!”.

»Así que se resignó a firmar con un lápiz, tomó los billetes y cerró de un portazo. Eso es todo. Naturalmente, tengo el recibo a tu disposición.

—Lo siento mucho, Reeves. Ya te lo explicaré.

—No hace falta. Bastará con que ingreses mil dólares en mi cuenta en cuanto la situación del Santa Cruz permita la distribución del correo.

Cuando colgó, P. M. casi se sentía enfermo de vergüenza. Todo aquello era absurdo. No había ninguna razón para no esperar a que abrieran los bancos. Y, sobre todo, la cifra era ridículamente alta. Solo serviría para despertar la desconfianza de la señora Espinosa, y era muy probable que a esas horas la mitad de Nogales estuviera al corriente de la aventura de la americana con los tres niños.

—¿Quieres comer algo?

—Aún no.

—Yo tampoco tengo hambre.

—¿Los demás también estaban borrachos?

—Sí, pero no tanto como tú. —No lo había dicho con un tono de reproche, sino informativo—. ¿Y ahora qué vas a hacer? —Sencillamente, sin prisas, sin

adoptar una actitud de falsa displicencia o insinuante, que es lo que hubiera hecho la mayor parte de las mujeres, Nora dijo—: ¿No crees que sería mejor que me contaras quién es?

Se daba cuenta de que estaba triste y sin energías, y de que había perdido el control de los acontecimientos. Ya no lo dudó.

—Es mi hermano.

Y ella repuso, con la misma sencillez:

—Lo sospeché en cuanto me lo presentaste.

—¿Nos parecemos?

—No especialmente. Pero hay un aire de familia. Sobre todo, tenéis una manera de miraros que solo se da entre hermanos.

—Estoy muy preocupado, Nora.

—¿La que le espera en México es su mujer?

—Sí.

—¿Qué ha hecho?

¿Por qué no se lo había contado antes? ¡Todo habría sido más fácil! Nora no se ponía nerviosa, como Lil Noland. Le hacía preguntas como si se tratara de un amigo, para ayudarle. En el fondo, eso es lo que siempre habían sido: amigos. Probablemente, el hecho de haberse casado con él, tras la muerte de MacMillan, se debiera a que no podía vivir sola en el valle. Él tenía una edad razonable y gozaba de una reputación de abogado serio, de hombre honrado. Y bebía con moderación.

Por supuesto, se habían casado bajo el régimen de separación de bienes; y aunque él gestionaba la fortuna de su esposa, lo hacía con la obligación de pedirle consejo al tiempo que necesitaba su firma para cualquier gestión.

No se trataba de desconfianza. Era lo normal en esos casos. Ahora ella no le guardaba rencor por tener un hermano que tal vez les acarrearía problemas.

—¿Qué ha hecho? —insistía Nora.

—La verdad, Nora, es que no puedo explicártelo con exactitud. No nos habíamos visto desde la infancia. Solo he recibido noticias tuyas de vez en cuando. Hace dos años mató a un hombre. Ni siquiera tengo la certeza de que el hombre en cuestión esté muerto. A mi hermano lo encerraron en Joliet, de donde acaba de escaparse.

—Me hago cargo.

—De verdad que intenté ayudarlo. Te juro que estaba dispuesto a llevarle a México en cuanto el Santa Cruz lo permitiera. Como ya sabes, le he enviado dinero a su mujer, que le espera en Nogales. Aún no entiendo qué ha pasado.

—Estabais los dos borrachos.

—Eso no lo explica todo. Desde el momento en que nos vimos hubo algo entre nosotros. Empezó Donald.

—¿Tiene dinero?

—No.

—¿Está armado?

—No creo. Se lo pregunté y me respondió que no.

—Intentará cruzar cueste lo que cueste.

—Sí.

—Pero no podrá atravesar el río hasta que baje el nivel del agua. Y no bajará antes de que pasen unos cuantos días.

Solo había que salir a la terraza para comprobarlo. Frente a ellos, más allá de los prados que formaban el valle, una cadena montañosa que se prolongaba mucho más allá de la frontera mexicana cortaba la línea del horizonte.

Esas montañas se hallaban separadas entre sí por cañones más o menos profundos. Con cada tormenta, uno o varios de esos cañones derramaban miles de toneladas de agua en el Santa Cruz.

De alguna manera, uno podía asistir al nacimiento de las tormentas; en ese

mismo momento, aunque en el valle luciera el sol, una de las montañas tenía una corona de nubes negras y, a pesar del sol, podían distinguirse claramente los relámpagos.

Lo mismo sucedía unos cien kilómetros más allá. Hacia México, el valle giraba a la izquierda, se alejaba de Estados Unidos, así que solo se podía llegar a la frontera atravesando el agua.

La noche anterior Donald estaba borracho, como su hermano. Pero Donald no había dormido en una cama, ni al despertar había dispuesto de hielo para ponerse en la frente, ni café, ni cerveza. ¿Se había tumbado sobre la tierra empapada? Seguro que también tenía resaca.

Sin afeitarse, con la ropa manchada de barro, se arrastraba por alguna parte con aspecto de vagabundo.

En el valle solían toparse con vagabundos. Caminaban decididos, arrastrando las piernas. La mayoría eran mexicanos que habían entrado en Estados Unidos sin papeles y que intentaban llegar a California, la tierra prometida donde esperaban encontrar empleo.

Los rancheros no les prestaban atención. No les temían, sabían que no eran peligrosos. También sabían que pocas veces conseguían llegar al otro extremo del valle, pegado a Tucson, sin ser detenidos por una patrulla.

Por la carretera circulaban los coches de la policía de frontera. Iban por los caminos, de rancho en rancho, a través de las colinas. Eran policías que conducían de una parte a otra en un jeep que remolcaba un carromato, donde siempre había dos caballos ensillados sobre los que los patrulleros estaban preparados para saltar en cualquier momento.

Y también había que tener en cuenta las avionetas pequeñas, ruidosas y obstinadas, que daban media vuelta como insectos en cuanto veían una silueta que les resultara sospechosa.

Llegaría el momento en que Donald tendría hambre. En la región no crecía ni una fruta; solo hierba, cactus, matorrales secos y espinosos, a veces un árbol de tronco torcido.

¿Llamaría a alguna puerta, correría el riesgo de hallarse ante uno de los que habían bebido con él la noche anterior?

—Me gustaría encontrarlo —murmuró P. M.

—Sería lo mejor. ¿Quieres que vayamos en coche?

—¿Me acompañas?

—¿Por qué no?

A pesar de su angustia y del dolor de cabeza, experimentaba cierta satisfacción al comprobar lo bien que se portaba Nora con él. Hubiera querido mostrársela a su hermano, decirle: «Ahora ya sabes que Mildred no es la única mujer que hay en el mundo».

Si Mildred era como era, se debía a que a las mujeres como ella las educan como si fueran esclavas.

Primero, esclavas de sus padres, de sus hermanos y hermanas pequeñas; luego, del capataz, del jefe, de quien les paga; al final, esclavas de su marido y de sus hijos.

Nora solo le dirigió un pequeño reproche. Solo uno, sin insistir, como si no quisiera hacerle responsable:

—Qué lástima que hayas hablado con Lil Noland.

No dijo nada más, pero él lo comprendió. Era algo en lo que eludía pensar desde la mañana. Para evitar que le sirvieran alcohol a Donald, se había inventado esa estúpida historia de la locura. Le habían creído.

Era, de hecho, lo que había suscitado el interés en torno a Donald. Sin eso, apenas le hubieran prestado atención. Mucha gente traía a amigos que estaban de paso en el valle, y todo el mundo comía y bebía con ellos sin que nadie se preocupara por saber ni quiénes eran ni de dónde venían.

Pero ahora todo el mundo estaría más que dispuesto a considerar peligroso a Donald.

Donald, que se encontraba perdido en algún rincón de un valle del que no podía salir y que algo tendría que comer.

—Me pregunto —dijo Nora mientras acababa de vestirse— si no sería mejor

que volviera a llamar a Lil.

—¿Para qué?

—También es verdad que entonces debería llamar a todas las demás. A la que más temo es a la señora Pope. Los Pope son los que están más aislados y ella se asusta con facilidad. No creo que tarde mucho en alertar a la policía de Nogales... ¡En fin! Vámonos.

Él le agradeció que le dejara sentarse al volante. Era una muestra de confianza, teniendo en cuenta el lamentable estado en que se encontraba.

Unos días antes, las montañas eran grandes conos oscuros y yermos sobre los que parecía que no pudiera existir vegetación alguna. Los visitantes, los recién llegados al valle, siempre se asombraban y siempre había que someterlos a un proceso de iniciación.

—Pero ¿dónde está el ganado? —preguntaban un tanto escépticos.

¿No les habían dicho que los rancheros tenían miles de bueyes? En cambio, cerca de las granjas solo se veían algunas docenas, sobre todo de vacas lecheras.

—Están allá arriba.

—¿Qué comen?

—Hierba.

Desde abajo no se los veía, pues el pasto solo crecía en los cañones, y, con la distancia, estos apenas parecían unas grietas estrechas.

Después, un par de días más tarde, la parte baja de las montañas, las colinas, verdecían y se cubrían de flores amarillas.

En esos momentos se entendía por qué hombres como Pemberton amaban su valle. Por lo general, en unos pocos años la mayor parte de los recién llegados acababa manifestando el mismo entusiasmo, rayano en el fanatismo.

—Va a intentar subir.

Eso era siempre lo primero que se les ocurría: escalar el flanco de la montaña.

Pero pronto se daría cuenta de que resultaba imposible y de que además eso no le llevaría a ninguna parte. Solo conseguiría rasguñarse las piernas y los pies, y se arriesgaría a que una serpiente de cascabel le mordiera.

El sol seguía bañando el valle, en cambio la mitad de las montañas se hallaba ya bajo la lluvia. Se oía el rugido del río; algunos coches se dirigían hacia allá, mientras que P. M. se encaminó hacia el sur y dejó atrás la casa de los Noland y luego la de los Smiley. Esa era la zona más habitada, con campos que cuidaban como si fueran de césped, caballerizas y corrales.

Seguro que Donald se habría alejado más, habría atravesado los primeros arroyos, los cuales, como procedían directamente de la montaña, solo llevaban agua durante una o dos horas, cuando estallaban las tormentas.

—¿Un cigarrillo?

Como P. M. estaba conduciendo, se lo encendió ella y se lo puso a su marido entre los labios.

—¿Sabe montar a caballo?

—Lo ignoro. En casa había una vieja yegua que mi padre usaba para ir a Fairfield. De pequeños, en el prado, la montábamos sin silla.

Era la primera vez que le hablaba a Nora de su infancia; tampoco ella le había hablado nunca de la suya.

—¿Quién le telefoneó desde Los Ángeles?

—Nuestra hermana Emily.

—¿Está casada?

—No. Trabaja. Le van muy bien las cosas.

Avanzaban lentamente, pues el camino estaba hundido, con charcos y bancos de arena en los que las ruedas patinaban. Cuando aún no habían recorrido ni ocho kilómetros les alcanzó la tormenta, precedida por una tempestad de viento.

—¿Sigo?

—Sí.

¿Habían tenido la misma idea quizá? Ninguno de los dos creía que Donald fuera a llamar a la puerta de alguno de sus amigos. Pero cerca de allí estaba la avioneta de Cady, que sin duda le fascinaría. Todo consistía en saber si podría pilotarla.

—¿Sabes en qué arma sirvió durante la guerra?

—No. Solo sé que estuvo en el Pacífico porque me lo dijo Emily.

Un poco más allá, Cady había irrigado cuidadosamente el valle en un lugar donde la llanura se ensanchaba. Cultivaba algodón y patatas. Acababan de recoger la primera cosecha de patatas. Dentro de unos días prepararían la próxima, pues había una en agosto y otra en noviembre. Solo con la cosecha de patatas había ganado en un año cinco mil dólares.

Por eso, en algunas estaciones del año necesitaba trabajadores, doscientos o trescientos, dependía del momento. Los camiones transportaban a mexicanos y a negros, se traía familias enteras, ya que las mujeres le eran tan útiles como los hombres, y las alojaba en barracones que había construido junto a los campos.

Casi nadie se acercaba por allí, pues era una especie de sector de los leprosos, una zona del valle casi vergonzosa. Pemberton mantenía que un caballero solo debía dedicarse a la cría de ganado, pero a Cady le traía sin cuidado ser un caballero.

Lo normal sería que un hombre perseguido se sintiera atraído por el ajeteo de los barracones, ¿no?

Pasaron frente a unos hangares ocupados por dos enormes camiones que parecían estar encajonados.

Les costó mucho atravesar un charco más profundo que los demás. Unos niños negros se los quedaron mirando sin moverse, aunque la lluvia había arreciado y la ropa se les pegaba a la piel. También algunas mujeres los miraban desde el umbral de los barracones. Veían a los hombres en fila, trabajando en el campo de algodón. Había tejados de chapa ondulada y tubos de latón por los que salía humo; un acre olor humano se desprendía de aquel pueblo improvisado.

—No existe la menor posibilidad de encontrarlo.

¿Tendría Donald tan poca dignidad como para ir a buscar refugio en una de esas cabañas? Hasta los que vivían en ellas eran más ricos que él. Los negros o los mexicanos, en momentos de necesidad, podían trabajar por treinta o cuarenta dólares al día, y también las mujeres se hacían con un jornal. Algunas noches había partidas de dados encarnizadas, se jugaba con el cuchillo al alcance de la mano y a menudo había que llamar a los de la patrulla, que ya se sabían muy bien el camino, para que pusieran orden.

Cady estaba ahí, en su jeep; se trataba de un Cady distinto al de la víspera, el Cady negrero, como se le llamaba en broma, sin afeitarse y tocado con un viejo casco de estilo colonial.

P. M. detuvo el coche cerca del suyo.

—¿Estás buscando a tu amigo?

No se mostraba exactamente agresivo, pero tampoco muy amable.

—Después de lo que pasó anoche, me gustaría encontrarlo. Estábamos todos borrachos.

—Bastante, sí.

—¿No lo has visto?

—Yo no. Mi mujer ha oído ruidos. Ha visto que algunos animales pasaban corriendo como si algo los hubiera asustado. Le he dejado un revólver cargado.

—No va armado.

—Un hombre no necesita ir armado para poner en peligro a una mujer.

—Oye, Cady...

—¡Ya lo sé!

—¿Qué sabes?

—Me vas a decir que no es peligroso, ¿verdad? —Y Cady, mascando su cigarro y sin bajar de su asiento del jeep, añadió—: Mira, P. M., no me gusta mucho la gente de nuestro país que merodea por la frontera. A los que vienen del otro lado

ya los conocemos: son pobres desgraciados que buscan trabajo, fascinados por los dólares. Para esos siempre tengo una lata de sardinas y una botella de cerveza. Algunos trabajan durante varios días en mis campos antes de proseguir su camino. Pero los americanos que intentan llegar a México, eso ya es otra historia. Me entiendes, ¿no? —Resultaba evidente que todo el mundo había tenido tiempo de darle vueltas al incidente de la víspera—. Hay una penitenciaría en Yuma de la que es bastante fácil escaparse, y una prisión en Florence, y todos esos tipos han oído hablar del valle. Hace un rato me he cruzado con Badger.

P. M. intentó no inmutarse. Badger era el jefe de una de las patrullas de frontera; precisamente de una de esas que llevaban siempre a remolque dos caballos ensillados.

—Estamos atrapados a este lado del río. Aún nos queda para algunos días. No le he explicado nada porque no es asunto mío, pero le he aconsejado que esté ojo avizor. —La palabra «ojo» le hizo fijarse en el de P. M., así que añadió—: Deberías ponerte un filete crudo de buey en el tuyo. Es mano de santo, te lo digo por experiencia.

No era un mal tipo. P. M. siempre había mantenido una buena relación con él, y Cady incluso había acudido a su despacho para consultarle un asunto relativo al alquiler de sus campos. Lo suyo era una cuestión de actitud. Le gustaba hacerse el duro.

—¿No te apetece venir a casa a tomar un trago? —No, gracias.

—¿Quieres que te diga lo que pienso sobre ese tipo? Con lo furioso que estaba, seguro que ha intentado cruzar el río a toda costa y se ha ahogado.

Al hablar así quedaba claro que no decía todo lo que pensaba, y se quedó mirando fijamente a P. M. Pero este no se inmutó lo más mínimo.

—Hasta luego, Cady.

—Hasta luego. Me extrañaría que no tuvierais que esperar una o dos horas delante de La Joséphine antes de poder volver a casa.

Y eso fue lo que sucedió. La Joséphine era uno de los arroyos que bajaban de la montaña, atravesaban el valle e iban a parar al Santa Cruz. Su lecho pedregoso formaba una pendiente muy pronunciada. En cuanto llovía un poco, el agua se desbordaba con una fuerza capaz de volcar un coche aunque el nivel de la corriente

solo llegara a la altura de las ruedas.

Nora y él no podían hacer nada más que quedarse en el coche y esperar; mientras unos cristales se embarraban, por otros chorreaba el agua y unas pequeñas corrientes de aire frío se mezclaban de forma insidiosa con el calor húmedo de la calefacción.

Nora podría haberle dirigido algunos reproches. P. M. era consciente de merecerlos, fueran los que fueran, y en ese caso se habría limitado a agachar la cabeza. En cambio encendió la radio y ambos escucharon las canciones mexicanas de Nogales.

No se sentía culpable únicamente ante Nora, sino también ante Donald. Solo era eso, una sensación de culpabilidad que no se concretaba en nada. Se encontraba muy abatido, con la moral muy baja. El efecto de la cerveza que había bebido al levantarse ya se le había pasado y volvía a sentirse mal.

Aunque sin darse cuenta, Cady le había hecho mucho daño al tratarle del modo en que acababa de hacerlo. P. M. no estaba resentido; pasaba por uno de esos momentos en los que uno tiene ganas de pedirle perdón a todo el mundo.

En ese instante comprendía, por ejemplo, lo que Nora había querido decirle cuando le había hablado de la manera en que Donald y él se miraban, como solo dos hermanos se miran.

Tuvo la delicadeza de no ser más precisa. Pero quería decir que se miraban con una clase de odio que solo se da entre los miembros de la misma familia.

Pero él no odiaba a Donald, eso no era cierto. De niños había sentido ternura hacia él. Más tarde, a menudo pensó en ayudarle. Si no lo hizo fue porque se hallaban demasiado lejos el uno del otro, porque Donald no le habría entendido y se hubiera ofendido.

Emily, que era inteligente, debería haberlo adivinado en vez de juzgarle de forma tan severa. Pues era evidente que le había juzgado con severidad, que le consideraba un hombre de corazón duro, un ambicioso dispuesto a sacrificar a su familia.

¡Todo era mucho más sencillo! ¿Acababa de comprenderlo Nora tal vez? ¿Y acaso eso no la llevaría a sentir piedad?

Tampoco quería que le compadecieran. Podía vivir sin admiración: otros lo habían hecho antes que él; pero por lo menos le habría gustado que reconocieran sus méritos y sobre todo su buena fe.

Estaba decidido a no acostarse esa noche; seguiría buscando a su hermano. Se consideraba responsable de él ante Mildred y los niños.

Se daba cuenta de que en coche su búsqueda resultaría infructuosa. Tendría que regresar a caballo, recorrer el valle en todas direcciones, llamar a gritos a Donald por todas partes.

Lo que Cady había dicho no debía suceder bajo ningún concepto; también tendría que impedir que Badger le echara el guante al fugitivo. Badger era un hombre que conocía su oficio y al que le bastarían unos minutos para darle la vuelta a Donald, como si fuera una piel de conejo.

—¿En qué piensas? —preguntó, repentinamente molesto por el silencio de su mujer.

—En mi hermano, que murió en la guerra.

—No es lo mismo.

—Lo fusilaron.

—¿Los alemanes o los japoneses?

—Los americanos. Por desertor. Era un buen chico, muy inteligente, un artista. Vivía en Nueva York, en el Greenwich Village. Primero intentó que lo licenciaran. Tenía miedo. Sabía que tendría miedo. No fue culpa suya. No pudo evitarlo. Lo fusilaron porque esa era la ley y no se podía hacer nada.

Ambos callaron. En menos de un día acababan de recorrer más trecho en el largo camino de conocerse que en tres años de vida en común.

—Lil, ¿sabes? —Era ella quien retomaba la conversación, con la misma voz soñadora, mientras La Joséphine corría a sus pies—. Es muy desgraciada. No quiere a su marido. Me refiero a que nunca ha sentido placer con él. Soy la única persona a quien se lo ha contado, sucedió un día en que las dos habíamos bebido.

Él siempre había considerado a los Noland como una pareja casi ejemplar.

— Ella siempre está pendiente de él — objetó.

— Porque siente remordimientos. Se da cuenta de que es el hombre más bueno de la tierra y se avergüenza de engañarle.

Esa afirmación sí le sorprendió; podía creerse que cualquier mujer del valle fuera capaz de engañar a su marido, pero Lil Noland...

— Es superior a ella. Tú no puedes entenderlo. También hay mujeres que, de repente, experimentan la necesidad de beber. ¿Te acuerdas de Resnick?

Resnick había vivido en el valle, había sido amigo suyo. Era un hombre tranquilo, casi tímido, tan escrupuloso que resultaba ridículo. Dos o tres veces al año, no más, le daba por beber. Entonces desaparecía, y su mujer y sus hijos no tenían noticias suyas durante dos semanas, a veces por más tiempo, y al final resultaba que estaba en la otra punta de Estados Unidos. Una vez, durante una de sus crisis, se embarcó en Los Ángeles y recuperó la conciencia en Panamá. Un poco más y hubiera acabado en China

¿Acaso la madre de P. M. no era así?

— De vez en cuando, Lil necesita un hombre, no importa cuál. Es lo bastante sensata como para elegir a uno que sea discreto.

— ¿Por ejemplo?

— Uno de los vaqueros. Es lo más sencillo: después, ellos no creen tener ningún derecho sobre ella.

— ¿Tipos como Raúl?

— Raúl también es uno de ellos.

¿Por qué le explicaba todo eso precisamente aquel día, cuando se encontraba tan indispuerto?

Tuvo una vaga sospecha. La miró de reojo, en ese coche que parecía una pecera. ¿No sería que a ella le ocurría lo mismo?

— Lil sufre mucho.

Estuvo a punto de preguntarle: ¿Y tú? Porque en ese momento se sentía preparado para entender cualquier cosa. No le hubiera guardado rencor. Por lo menos no enseguida.

Se lo impidió una especie de cobardía. Estaba sudando y la cabeza le daba vueltas. Los relámpagos le hacían daño en los ojos y, como cada trueno provocaba interferencias en la radio, se limitó a murmurar:

—Apágala, ¿quieres?

No era un día como los demás. Desde luego que no. No era un día... Tenía ganas de llorar.

Justo después de que atravesaran La Joséphine tuvo un presentimiento. Habían esperado durante casi dos horas a que bajara el agua y, al internarse en el arroyo, aún les llegaba hasta los cubos de las ruedas: remontaron la pendiente con dificultad a causa de las piedras que se desprendían.

Unos cien metros más adelante oyeron dos discretos bocinazos y P. M. se sobresaltó sin motivo, simplemente porque ese día estaba en baja forma.

—Es Falk —dijo Nora, que había quitado el barro del cristal de la portezuela—. Respóndele.

Así que él también tocó un par de veces el claxon. Eran costumbres del valle. Por la noche se saludaban usando los faros de los coches.

—Parece que se dirige hacia el río.

—¿Con el camión?

Casi nunca hablaban de Falk por la sencilla razón de que no había nada que decir. En aquel momento acababa de salir de la cabaña donde vivía y de subirse a su camión rojo. Y parecía seguir al coche de P. M. a escasa distancia.

Aunque criase ganado, no era exactamente un ranchero. Hacía tres o cuatro años que había llegado del Medio Oeste, de Ohio o de Illinois, para pasar unas vacaciones en el Oeste en compañía de su mujer. Su coche remolcaba una caravana plateada. En su ciudad, Falk debía de trabajar como mecánico en un garaje, y tal vez controlaba algún negocio pequeño, pues no le faltaba el dinero.

Antes que nada, su mujer y él habían realizado el sueño de su vida: recorrer la costa del Pacífico desde San Francisco hasta la frontera mexicana. Durante bastante tiempo se les había visto instalados, con su caravana, a la entrada de un cañón. El hombre era fuerte y muy grandote; la mujer, menuda y muy morena.

Un día se supo que Smiley les había alquilado varios cientos de hectáreas y

una casa de dos habitaciones que llevaba mucho tiempo deshabitada.

Eso era más o menos todo lo que se sabía de Falk. Su mujer, a quien la región le horrorizaba, se había marchado. Él vivía solo. Hacía las tareas propias de los vaqueros y él mismo se cocinaba, por así decirlo, ya que detrás de su casa se apilaba un gran número de latas de conservas.

Pemberton, que sabía de lo que hablaba, aseguraba que Falk tenía madera de auténtico ranchero. El sábado por la noche, nunca en otra ocasión, Falk iba al bar de Tumacacori, lleno de indios y de mexicanos, y se emborrachaba a conciencia, de modo que el domingo no se movía de la cama.

¿Por qué tuvo P. M. desde el primer instante la impresión de que los dos bocinazos de Falk podían significar algo distinto a un simple saludo? Ciertamente, ese momento del día era la peor fase de la resaca. La cabeza no le retumbaba como por la mañana, pero era presa de un malestar impreciso que moralmente se traducía en una oleada de pesimismo y asco.

Se dirigía hacia el río, porque era más o menos la hora de hacerlo, porque así lo quería la costumbre y también porque, después de lo ocurrido la víspera, no quería que pareciese que se escondía.

Ya había cinco coches junto a la orilla del río, que acababa de crecer con el caudal de La Joséphine y fluía por delante de ellos formando gruesas burbujas de aire. Larry Noland había bajado del coche. A la luz del crepúsculo, al principio P. M. no vio a Lil. Echó a andar hacia el marido, dispuesto a hacer lo que era su obligación.

—Te pido disculpas por lo que pasó ayer —le dijo—. Creo que estaba más borracho que de costumbre.

Y Larry, que tenía una mejilla hinchada, le tendió la mano; lo hizo con la mirada perdida también él y con aspecto hostil, pero de manera sincera.

—Los dos estábamos borrachos.

—¿Crees que Lil se habrá disgustado?

En ese momento la descubrió junto a ellos.

—No hablemos más del asunto, ¿de acuerdo, P. M.? Sois un par de tontos

impresionantes. ¿Está Nora en el coche?

Fue entonces cuando apareció el camión rojo de Falk. Una vez más, sin motivo alguno, P. M. experimentó una sensación desagradable. El antiguo mecánico bajaba de su asiento y se acercaba con paso lento a los demás, como manteniendo las distancias porque no formaba parte del grupo.

Probablemente era muy tímido. Cady no estaba allí, pues en ese caso se hubiera dirigido a él. En la penumbra, se topó con el viejo Pope y, como quien tantea el terreno, empezó a hablar de forma impersonal.

—¡Es curioso! Hoy ha entrado alguien en mi casa.

—¿Te han robado, Falk?

—No sé si a eso se le puede llamar robar, pero se han llevado algunas cosas. Para empezar, se han bebido cuatro botellas de cerveza que había en el frigorífico y me han dejado los envases vacíos.

Hubo unas cuantas risitas.

—Después, el ladrón se ha llevado una botella de whisky sin abrir que tengo siempre de reserva y un salchichón de hígado recién empezado.

Entretanto, P. M. se había acercado, aunque sin querer intervenir personalmente en la conversación.

—¿A qué hora ha ocurrido? —preguntaba la señora Pope.

—No sabría decirlo con exactitud. Salí a caballo hacia las once para ir a recoger dos yeguas en las colinas. Cuando volví debían de ser más o menos las cuatro. La Joséphine ya había crecido y he tenido problemas para conseguir que los animales cruzaran.

—O sea, entre las once y las cuatro. Y esta mañana merodeaba cerca de mi casa. Parece que ha vuelto aquí.

Miraban de soslayo a P. M., quien, adoptando un aire indiferente, se alejó en dirección a su coche, del que Nora no había salido.

—¿Estás seguro de que no ha robado nada más?

—Nunca guardo dinero en casa.

—¿No te habrá quitado alguna arma, quizá?

—No lo he comprobado. Siempre guardo un revólver en el cajón de la mesilla de noche, pero nunca he tenido que utilizarlo.

—¿Uno de los grandes?

—Sí, un Colt que me traje del ejército.

Esa era la situación un poco antes de las siete de la tarde, cuando empezaba a anochecer. P. M. no habría podido decir con exactitud quién estaba junto al río y quién no, pero había reconocido el sombrero claro, casi blanco, de Pemberton y el enorme Chrysler de los Smiley.

Cuando P. M. ocupó su asiento, Lil salió del coche, donde se había pasado todo ese rato charlando con Nora.

—¿Has oído? —le preguntó a su mujer.

—¿Lo del salchichón? Sí.

Aunque todos se sintieran tranquilos, resultaba fácil prever que no iban a dejar de hablar del asunto.

—Sería mejor que volviéramos.

Ella se mostró de acuerdo. Era preferible evitar que les hicieran preguntas demasiado concretas sobre el amigo de la víspera.

La casa estaba húmeda, había corrientes de aire por todas partes. De forma instintiva, P. M. miraba hacia los rincones mientras iba de interruptor en interruptor encendiendo todas las luces.

—¿Sigues pensando en ir a buscarle a caballo?

—Sí.

—No olvides que tiene una botella de whisky entera. Te aconsejo que antes comas algo. No has tomado nada desde esta mañana.

A ambos les pasaba a menudo. Seguía siendo el mejor remedio contra la resaca.

—¿Qué te apetece?

—Una loncha de jamón y un vaso de cerveza.

Se sentó en un sillón y empezó a sentirse mal de verdad mientras Nora se afanaba y le dejaba la comida sobre una mesita.

—¿Puedo darte un consejo? Si sales ahora, te cruzarás inevitablemente con algunos coches y la gente se preguntará adónde vas. Además, ya ha oscurecido por completo. La luna no sale hasta las once y es posible que el cielo se despeje un poco. Yo en tu lugar me tomaría dos aspirinas y dormiría un poco hasta entonces. Así estarás fresco para el resto de la noche.

Así empezaron a sucederse los acontecimientos. Se desnudó, ingirió las aspirinas, se acostó, puso el despertador cerca de la cabecera de la cama y enseguida se sumió en un sueño plagado de pesadillas.

Sin embargo, seguía siendo consciente de la presencia de Nora, que se hallaba junto a una lámpara y fumaba mientras leía una revista. Luego oyó un ruido leve que provenía de fuera, el sonido de una bocina y pasos y voces. Reconoció la voz de Lil, y luego estuvo un buen rato sin saber si soñaba o si la señora Noland se encontraba de verdad en su casa.

—¿Duerme?

—Sí. Está agotado. ¿Qué quieres tomar?

—Nada. Me he escapado un momento, como están tan excitados no se darán cuenta de mi ausencia.

—¿Hay novedades?

—Cuando os habéis marchado del río, la situación aún estaba en calma. Luego Lydia Pope ha empezado a hablar, a decir que era una barbaridad traer al valle a gente así, que ella no quería volver a casa sin saber si el hombre iba armado.

—Las puertas estaban abiertas. P. M. ya no dormía, pero no sentía la necesidad de moverse—. Ya sabes cómo son estas cosas. Todo el mundo se ha puesto a dar su opinión.

Smiley ha contado la historia del que se fugó de Florence y fue perseguido por las colinas durante dos días y dos noches antes de que lo entregaran a la policía.

—Entiendo —dijo Nora—. ¿Qué más?

—Cuando he visto que no pensaban separarse, les he invitado a todos a ir a nuestra casa. No creía que volverían a beber tan pronto. Al contrario, pensaba calmarlos.

—¿Siguen allí?

—Sí. Enviaron a Falk a su casa para que comprobara si el revólver seguía en su sitio.

—¿Ya ha vuelto?

—Sí.

—¿Y el revólver?

—Ha desaparecido.

—¿Está seguro Falk de que esta mañana lo tenía?

—Eso dice. Parece un tipo serio. De todos es el que menos excitado está. Les ha dicho: «Tener un revólver no significa dispararlo. Yo hace ocho años que lo tengo y nunca lo he utilizado».

—¿Qué han decidido?

La imagen le resultaba curiosa: las dos voces de mujer, suaves y sin embargo angustiadas, procedían del salón iluminado, mientras que P. M. seguía acostado en la oscuridad de su habitación.

—Le han pedido consejo a Pemberton. Casi todos son ayudantes del sheriff. A Pemberton lo nombraron hace más de treinta años y, además, es íntimo amigo del jefe de policía. Ha dicho: «Es cierto que si ese hombre es un criminal o, simplemente, resulta peligroso, nuestro deber es impedir que cause algún daño».

—¿No ha telefoneado a Nogales?

—Todavía no. No creo que lo haga. En el fondo se sentirían muy orgullosos de actuar por su cuenta, sobre todo si al final pudieran entregarle un peligroso malhechor a la policía.

—¿Qué hacían cuando te has ido?

—Pemberton acababa de telefonar a su casa para que le enviaran a Raúl.

—¿Por qué a Raúl?

—Porque es el que mejor conoce los rincones más recónditos del valle. Smiley ha ofrecido a su perro.

Se trataba de un pastor alemán de gran tamaño, feroz como pocos, que saltaba contra las portezuelas de todos los coches y, al hacerlo, poco le faltaba para arrancarte el codo.

—Los perros... —murmuró Nora.

—Pemberton tiene un danés.

—¡Y Lydia Pope su asqueroso caniche!

—No bromees: lo ha ofrecido en serio, ha asegurado que posee mejor olfato que los demás. Querías saber qué estaban haciendo. Están bebiendo, pero no tanto como para quedarse fuera de combate. Todo el mundo habla a la vez. Se han reunido en el despacho de Larry, se han colocado ante la fotografía aérea del valle y cada uno opina. Parecen los preparativos de una cacería.

—¿A caballo?

—No sé qué decidirán. Estaban discutiendo la posibilidad de que dos coches fueran por los caminos transitables mientras los caballos se encargaban de los senderos y de los cañones.

P. M. estuvo a punto de levantarse; por suerte no lo hizo, pues en ese caso quizá Lil no habría contado lo que le confió a continuación a Nora.

—¿Y qué piensa hacer P. M.? ¿De verdad no sabéis dónde está ese hombre?

—No. Te lo aseguro. Esta tarde llegamos hasta el final de la carretera. Parece

que ha pasado por ahí, pero, si lo que dice Falk es cierto, debe de haber vuelto hacia nuestro lado.

— ¡Si al menos no hubiera encontrado esa botella!

— Ya.

— ¿Va a intentar hacer algo P. M.?

— No se lo dirás a nadie, ¿verdad? Le he aconsejado que durmiera una o dos horas porque luego tiene la intención de ir a buscarle a caballo.

— Pero ¿por dónde?

— Por todas partes.

— Ahora me toca a mí confesarte algo.

Bajó la voz, pero no lo suficiente, ya que P. M. pudo enterarse de casi todo lo que dijo.

— Eric y yo estuvimos hablando mucho ayer por la tarde.

— Ya lo sé.

— Estaba obsesionado con cruzar el río lo antes posible. Temía que P. M. no hiciera todo lo necesario.

No cesaba de analizar mentalmente todos los medios imaginables.

— ¿Y tú qué le dijiste?

— Que tal vez había un buen lugar. Que ese sería, en cualquier caso, el primer sitio por el que se podría cruzar el río.

— ¿Por dónde?

— Por el Paso de la Mula. Ya sabes, en el último cañón. Cuando era pequeña, en una ocasión en que el río iba muy crecido, mi padre se puso enfermo. El médico le recetó por teléfono un medicamento que había que comprar en Nogales. Un vaquero fue a buscarlo. Se lo conté a Eric. Le expliqué que aquí el río acarrea el agua

de cinco cañones, de modo que la tormenta más débil incrementa su caudal. En el Paso de la Mula solo convergen las aguas procedentes de México y las de un único cañón. Además, como se encuentra río arriba, el agua baja allí cuando aquí aún está alta.

—¿Sabes exactamente dónde queda ese sitio?

—Fui de picnic con mi padre. Hay que pasar los campos de Cady, que no existían en la época. No hay carretera, pero sí un sendero que bordea la falda de la montaña. También fue en esos parajes donde Pemberton mató aquel puma del que siempre habla. Al final se llega al río, y hay un paso que no es tan malo como los demás, por ahí cruzó el vaquero de mi padre.

—¿A caballo?

—Sí.

—No se lo habrás contado a ellos, ¿verdad?

—¿Estás loca?

—Será mejor que vuelvas a casa, Lil, y que no digas que has estado aquí.

—¿Le crees capaz de disparar?

—No lo sé.

—¿Irá P. M. allí?

—Hablaré con él.

Antes de irse, Lil abrazó a Nora, algo que no era habitual.

—Sabes, Nora, no ha habido nada entre nosotros y nunca lo habrá. —Y añadió, bajando mucho la voz—: En su caso, no me interesaba eso...

Cuando la puerta estuvo cerrada y se oyó cómo se alejaba el coche, Nora se volvió y descubrió a P. M. en el umbral de su habitación.

—¿Lo has oído?

—Sí.

Aún tenía los ojos hinchados a causa de la resaca y las facciones abotargadas, sobre todo después de los golpes recibidos. Pero, curiosamente, su mirada era firme, incluso fija. Al contrario de lo que podía esperarse, no se abalanzó de inmediato sobre el armario de las botellas.

—¿Sabes dónde es? —preguntó ella.

—Más o menos. He pasado por ahí alguna vez. Puede que encuentre el lugar.

—¿Crees que estará allá?

—Si Lil le habló al respecto, es probable que lo intente.

—¿Y si ya hubiera cruzado?

No eran todavía las once cuando Donald entró en casa de Falk. Luego podría haber intentado cruzar el río. Si por casualidad lo había logrado, quizás ya estuviera en Nogales. Como llovía a cántaros, cabía la posibilidad de que pudiesen cruzarse las alambradas sin llamar la atención de los centinelas.

—Suponte que ya esté allá...

—No podemos saberlo.

—Siempre se puede hacer una llamada.

Se refería a telefonar a Mildred, evidentemente, que se colgaría del aparato junto con sus tres hijos arrebuados en torno a ella mientras la señora Espinosa escuchaba detrás de la puerta.

—¿Qué le iba a decir?

Nada, claro. No era una buena opción. Si Donald no había llegado al otro lado, se pondría histérica. No había forma razonable de explicarle que su marido había huido, que seguramente estaba borracho, que iba armado y andaba perdido por algún rincón del valle, que se había puesto en marcha una cacería y que hombres en coche y a caballo, también armados y con perros, iban a lanzarse tras él.

Desde hacía unos instantes tenía lugar un fenómeno que, probablemente,

nunca se había producido durante el tiempo que llevaban casados. En un momento dado, P. M. entró en su habitación, y Nora le siguió de manera espontánea, para no interrumpir la conversación.

Él estaba vistiéndose, se puso unas botas secas y una camisa de lana; luego abrió un cajón y sacó unas espuelas que no usaba casi nunca.

—¿Qué hora es?

—Las diez y media. Dentro de una media hora, ya habrá salido la luna. El cielo no está encapotado del todo y no llueve.

Metió unos cigarros en el bolsillo de la camisa, se aseguró de que llevaba cerillas y un pañuelo.

—Es mejor así. En casa de Noland aún tardarán un poco en decidirse. Luego, cuando se pongan en marcha, cada uno tendrá que ir a buscar su caballo. ¿Te llevas la yegua?

Dudó. Era más ágil que el semental, pero este pesaba más y, sobre todo, era de mayor altura.

—Me llevaré a Pick.

Nada más que decir al respecto, aunque era un tema esencial. Esa frase corta, «Me llevaré a Pick», estaba cargada de sentido.

No tenían nada más que decirse, ni tampoco nada que hacer allí. De repente, P. M. se volvió, abrió el frigorífico y sacó una botella de cerveza; estuvo a punto de abrirla, pero no era cerveza lo que le apetecía.

—Deberías llevarte un poco de whisky.

Había una petaca en el armario. Hizo el ademán de deslizársela en el bolsillo, pero se lo pensó mejor, la abrió y tomó un buen trago. No quería emborracharse ni le apetecía beber realmente, sino que era una verdadera necesidad.

Ahora sí. Ya solo le quedaba despedirse.

—Oye, Nora...

—¿Sí?

—Si... Nunca se sabe... ¿Me entiendes? Me gustaría que les dieras lo que me pertenece a su mujer y a sus hijos.

—¿No te llevas el revólver? —P. M. dudaba—. No lo digo por él precisamente. Pero están los otros, que tal vez no consigan mantener la calma.

—No. Buenas noches, Nora.

—Buenas noches, P. M.

No se besaron, nunca lo hacían. Se quedaron un momento cerca de la puerta, uno frente al otro, algo cohibidos. Al final, P. M. le dio una palmadita en el hombro a Nora, como podría haber palmeado el cuello de su caballo.

—Intenta dormir. A lo mejor, cuando se hayan ido, Lil se siente sola y viene a verte.

—Soy yo quien irá a verla. Si no me encuentras al volver es que estoy en su casa.

Ensiló el caballo con el establo en penumbra. A lo lejos se veían las luces de la casa de los Noland; le parecía oír relinchos y un rumor intenso. Se detuvo delante de la puerta.

—¡Nora!

—Sí.

—Pásame el revólver por si acaso. Está en una funda enganchada a un cinturón.

Detrás de las nubes todavía no se advertía la luna. Se abrochó el cinturón y se apartó casi inmediatamente del camino para no pasar cerca de casa de los Noland. Cuando miró hacia atrás vio las luces de su propia casa. Conocía a Nora: seguro que había encendido un cigarrillo, se había arrellanado en un sillón hecha un ovillo y había alcanzado de forma maquinal una revista.

Solo cuando se hallaba lo bastante alejado de las casas encendió un cigarrillo y puso el caballo al trote, pues tenía que recorrer más de veinticuatro kilómetros

para llegar al Paso de la Mula.

Ya había perros ladrando. ¿No sería la señora Pope, ante el umbral de los Noland, quien los estaría azuzando?

Al ver luz en casa de Falk tuvo que dar un gran rodeo. Luego pensó que este se habría sumado a los otros y estarían moviéndose por la zona de los Noland. En el valle, mucha gente salía de casa y dejaba las luces encendidas y las puertas abiertas.

Se contentó con poner el caballo al paso para hacer menos ruido. La luna aún no había salido y estaba muy oscuro. La casa era baja y minúscula, y solo tenía una ventana en la fachada que veía P. M. La ventana formaba un cuadrado de luz que hacía que la oscuridad a su alrededor resultara mucho más opaca.

De repente, una mole pasó resoplando junto a su animal; se trataba de un caballo negro. Luego, casi enseguida, cuando P. M. estaba a unos cincuenta metros de la casa, otra forma salió de la oscuridad y se plantó ante él: al principio no distinguió más que el blanco de una camisa.

—No se asuste, señor Ashbridge. Soy Falk. —Como el caballo de P. M. rezongaba, el hombre extendió la mano para agarrar las riendas—. A pesar de todo lo que han dicho, yo me olía que usted iría. —¿Adoptó P. M. una actitud impaciente al respecto? Falk prosiguió—: ¡Pero si aún no están listos para salir! Les lleva una buena ventaja. —Y acto seguido añadió—: Me alegro de verle para poder disculparme por lo ocurrido.

P. M. no entendió a qué se refería Falk.

—¡Maldita sea! Si no llego a ir al río para explicarles que se habían bebido mi cerveza y demás, no nos encontraríamos en esta situación. Fíjese que yo no tenía muy claro si ir o no. Cuando le vi pasar con el coche, acababa de subirme al camión y estaba indeciso, así que toqué la bocina confiando en que se parara.

¡De modo que había tenido que intervenir una casualidad tan miserable!

—Y después, cuando me preguntaron, no hubo más remedio que contar lo del revólver. ¿Tiene idea de por dónde puede andar?

—Hay una pequeña posibilidad de que lo encuentre.

—¿Le molestaría mucho que le acompañara? No le haré perder tiempo. Mi caballo ya está ensillado.

A P. M. no se le ocurrió desconfiar de él. Y cuando, tras un lapso de tiempo sorprendentemente corto, Falk se sumó a la expedición, el antiguo mecánico, como para dar explicaciones de su conducta, masculló:

—Mire, yo siempre estoy con los pequeños y contra los grandes. O sea, con los débiles para luchar contra los fuertes.

El pobre Falk no sabía que al hablar así emitía una especie de condena con respecto a P. M., que durante toda su vida se había esforzado por ponerse del lado de los fuertes.

P. M. no estaba resentido con él, al contrario; confiaba en Falk y se alegraba de no tener que cabalgar a solas de noche.

Manténían una conversación extraña, unas veces al paso, otras al trote. En ocasiones, cuando el terreno permitía que los caballos marcharan al galope, Falk hallaba la manera de decir una o dos frases.

Había largos silencios, más que intercambio de palabras, pero no se trataba de silencios incómodos, antes al contrario; cuando no hablaban, los dos hombres disponían de tiempo para comprenderse.

—Están rabiosos como animales, las mujeres aún más que los hombres. Han llamado a Raúl. Quieren reunir a todos los vaqueros que hay a este lado del río. Los pobres obedecerán. ¿O solo harán como si obedecieran? Sería más fácil azuzarlos contra una banda de ladrones de ganado. Contra un hombre solo, del que no saben ni lo que ha hecho, no resulta tan fácil. Solo había que ver la cara que ha puesto Raúl.

—¿Han hablado de mí?

—Alguien se ha percatado de que la señora Noland no estaba. Luego han visto los faros del coche de ella cuando volvía de la casa de usted. Su marido le ha preguntado para qué había ido, y ella le ha respondido con mucha calma: «Quería saber si Nora necesitaba algo. Esta tarde me ha confesado que no se encontraba muy bien».

Ante ellos, muy lejos, los rayos atravesaban el cielo en la parte mexicana, y a

veces la cadena montañosa se hacía visible durante algunos segundos. No se oían los truenos. Los contornos de dos nubes gruesas se iluminaban y la luna aparecería dentro de unos momentos.

—Un hombre preguntó qué estaba haciendo usted. Ella le respondió que dormía. Y él se echó a reír.

—¿Quién fue?

—Smiley. Dijo: «Conociéndole, dudo mucho que salga esta noche».

Eso era una canallada, una canallada inútil e injusta, además.

—La que más enfadada estaba era...

—¿La señora Pope?

—Sí. La morena bajita. Oí que hablaba con la señora Pemberton y, más o menos, le decía: «No vale la pena que nuestros amigos arriesguen el pellejo cuando hay gente que cobra por eso. No debemos ni mencionarlo, pues podrían ofenderse. Pero en cuanto se hayan ido llamaré a la policía de Nogales. Se pueden comunicar por radio con la patrulla que está en el valle».

P. M. reflexionó durante uno momento.

—No lo haré —dijo al final.

—¿Por qué?

—Porque Lil Noland se lo impedirá.

Era curioso: no estaba deprimido ni resentido. Seguía sintiendo un vago malestar que no se debía únicamente a la resaca, se trataba de una sensación que en ese momento le resultaba muy familiar, aunque nunca la hubiera sentido con tanta intensidad. Así es como algunos enfermos descubren que llevan tiempo incubando los síntomas de su mal, a los que no habían prestado atención.

Esa sensación, que no conseguía definir, se parecía a un sentimiento de culpabilidad. ¿Pero de qué era culpable él?

De vez en cuando, al estrecharse el sendero o a causa de los matorrales

espinosos, se separaban.

También en ocasiones uno u otro azuzaba a su caballo hacia una sombra o hacia algo que se movía, que a menudo resultaba ser un buey o un caballo.

Seguían, de manera mecánica, el progreso de la tormenta por encima de la frontera. Aún no debía de haber empezado a llover. Con frecuencia se producían relámpagos durante varias horas antes de que estallase la tormenta.

Le parecía extraño que Falk lo acompañara. Seguramente se habría apostado ex profeso cerca de su casa. ¿No estaría acechándole?

Y lo que aún resultaba más extraño era que, sin apenas conocerse, lograban entenderse con medias palabras.

A P. M. le embargaban sentimientos y pensamientos confusos, y a Falk le pasaba lo mismo. El hecho de que los hombres se hubieran enfadado, un poco por culpa suya, aunque de manera indirecta, ¿era lo que alteraba de esa manera sus pensamientos?

Cuando por fin apareció la luna entre las nubes e iluminó el perfil de las montañas, Falk no pudo evitar exclamar con un fervor inesperado:

—¡Cómo me gusta esta región! —Unos cien metros más allá, añadió—: A usted también, ¿verdad? Yo lo supe en cuanto llegué aquí.

Al volverse, P. M. divisó los faros de un coche que avanzaba hacia el sur, lo cual significaba que la cacería había empezado. No fue capaz de reconocer el coche. Los dos hombres se hallaban en el extremo izquierdo del camino, en las colinas, y la sombra de la montaña debía de hacerles invisibles. El coche se dirigía hacia los campos de Cady, no podía avanzar mucho más, pues la carretera se convertía en una pista donde acabaría hundiéndose en el barro. Advirtieron otros faros de coche cerca de la casa de Falk, y este, tras quedarse observando durante unos instantes, dijo:

—Se han detenido en mi casa. Seguramente les sorprenderá no encontrar a nadie.

Decidieron galopar para ganar tiempo mientras el estado del terreno lo permitiera. El paso de los caballos solo provocaba un martilleo sordo sobre la tierra arenosa. Aún se distinguía con claridad la camisa blanca de Falk, y su gran

sombrero de vaquero.

—Mi mujer nunca se acostumbró —dijo sin que viniera a cuento, mientras reducían la velocidad.

Entretanto, ambos iban pensando en el hombre al que buscaban, pero eso no impedía que cada uno de ellos le diera vueltas a sus propios problemas. Tal vez Falk nunca había hablado de los suyos con nadie, o si acaso lo había hecho, había sido el sábado por la noche con el primer indio con el que se había cruzado, cuando estaba borracho y sin que le preocupara que le entendieran o no.

—Es una chica de ciudad, ¿sabe?, una chica de las afueras. Probablemente habría podido acostumbrarse a California, pero a mí ese sitio me pareció insoportable. No pensé que se marcharía.

Supongo que no pudo evitarlo. —Para P. M. esas palabras constituyeron una especie de revelación. Así pues, Falk, el solitario, también se sentía culpable, y eso era lo que rumiaba, lo que expresaba a su manera, con frases cortas y banales, desde que habían salido—. Fue sincera conmigo. No me quedaba más remedio que dejarla partir.

Se mentía a sí mismo. P. M. también se había mentido con mucha frecuencia y por esa razón no soportaba que los demás se engañaran.

En el fondo, Falk se reprochaba haber permitido que se marchara sola. De una manera confusa, sentía que debería haber partido con ella. En ese instante había mirado las montañas que la luna hacía surgir de la nada y había exclamado: «¡Cómo me gusta esta región!».

Había permitido que su mujer se fuera. Y quizá por eso, en cierto modo, cabalgaba esa noche junto a P. M.; aquello podía parecer un poco rebuscado, pero P. M. le comprendía.

También empezaba a entender otros problemas. ¿Por qué estaba pensando de repente en Emily?

—No era lo que se dice guapa, ¿sabe usted?

El primer coche se había detenido junto al campo de algodón. Alrededor se distinguían unas lucecitas que bailaban y que debían de ser las linternas.

—Le di la parte del dinero que le correspondía, era lo justo. Tenía derecho a la mitad de lo mío.

Cuando P. M. abandonó a Peggy no tenía mucha cosa que darle. Pero luego le envió algo de dinero, para acallar su mala conciencia.

Tanto el uno como el otro eran hombres honrados.

—Mi mujer acabó mal. Me dijeron que la habían visto en Saint Louis y que llevaba una vida de la que prefiero no hablar.

Aquel tipo grandote de rasgos duros se había desahogado; había soltado todo lo que llevaba sobre las espaldas. Y sin duda eso solo le atormentaba de vez en cuando, en cuanto un suceso fortuito le provocaba remordimientos de conciencia.

Y los demás, todos los demás, ¿no tenían también recuerdos amargos que a veces se les atragantaban en la garganta?

Sabía lo de Lil Noland porque Nora se lo había contado. Pero ¿y la propia Nora?

Donald había puesto el dedo en la llaga cuando le preguntó con arrogancia: «¿A qué edad se casó Nora? ¿Qué edad tenía su marido? Era rico, ¿no?».

¿Y Pemberton, en cuyos labios se dibujaba siempre una sonrisa de satisfacción? ¿Y la arpía de la señora Pope?

En el sentido estricto del término no estaba pensando, o por lo menos no era consciente de estar haciéndolo. Dirigía su caballo de izquierda a derecha; y escrutaba los matorrales, ahora que se acercaban a los lugares donde Donald podía estar escondido.

A lo lejos, la cacería debía de haber empezado, con los perros, los vaqueros y tal vez los fusiles.

Nora se había portado bien durante todo el día; incluso al final, cuando él se marchó. Le habría gustado que Donald lo supiera. Lo malo de su hermano era que creía que todo el mundo era su enemigo; antes de que a uno le diera tiempo de ayudarlo, ya estaba enseñando los dientes.

«Ya sé que no tienes ganas de hacer un esfuerzo por mí, pero yo te obligaré a

hacerlo».

¿Estaría arrepentido, ahora que se hallaba solo con todo el whisky de la víspera aún por digerir? Quizá no; hay gente que nunca se avergüenza de sí misma.

Falk se detuvo, con el cuello en tensión, y le hizo una señal a P. M. para que le imitara. Algo se había movido en un monte bajo. En lugar de ponerse nervioso, como él mismo esperaba, P. M. se mantuvo muy tranquilo. Ni siquiera se le ocurrió llevarse la mano al revólver. No tuvo miedo, solo sintió que se le encogía el pecho.

Era muy probable que Donald hubiese vaciado la botella, pero ni siquiera eso bastaba, aun sumándole la cerveza, para dejarle fuera de combate. ¿No era más verosímil que se encontrara en un momento de excitación, en su fase colérica?

Si se sentía acorralado, dispararía. Él mismo lo había dicho; se lo había advertido a su hermano, igual que la señora Falk había avisado a su marido.

«Nada, ¿comprendes?, nada ni nadie me impedirá pasar».

Falk hizo avanzar a su caballo unos pasos en dirección a lo que se movía, y a P. M. no se le ocurrió pensar que su compañero estaba arriesgándose de forma gratuita, sin motivo alguno.

—Puede venir —dijo al final en voz alta.

Solo se trataba de un coyote joven, al que oyeron internarse en la espesura.

Sin embargo, a partir de entonces tuvieron la prudencia de callarse. El silencio confirmó mayor solemnidad a su actitud y a sus ademanes. P. M. estuvo a punto de encender otro cigarro, pero al final renunció.

Ya no le guardaba rencor a su hermano, aunque no podía evitar pensar en él con amargura. ¿Por qué le había hablado Donald como lo había hecho? Era de una crueldad inútil. En el fondo, P. M. ya se atormentaba bastante sin necesidad de ayuda.

Pese a todo, habría hecho todo lo que hiciera falta, como Falk.

La tormenta aún no se había desencadenado, pero los rayos eran más frecuentes e iluminaban cada vez una parte mayor del paisaje.

Oyeron el caudal del río aunque no podían verlo. Todavía no habían llegado al lugar donde podrían aproximarse al agua. El Paso de la Mula se hallaba más lejos. P. M. no estaba seguro de reconocer el sendero y comenzó a ponerse un poco nervioso.

Aquello casi parecía una cita: a medida que pasaba el tiempo, P. M. ya no tenía la impresión de estar buscando, sino de avanzar hacia un objetivo determinado.

Las suposiciones de Lil Noland iban convirtiéndose para él en certezas. Podían no llegar a tiempo; en el estado en que se encontraba, Donald ya habría intentado cruzar.

Al comienzo de su peregrinación nocturna se había formulado un montón de preguntas. Ahora, en cierta medida, daba por hecho que iban a encontrar a su hermano.

Era muy sencillo. Los problemas que le preocupaban no eran de orden práctico; no se preguntaba cómo abordaría a Donald ni qué le diría o qué haría.

A medida que pasaban las horas, todo se volvía más suave, más desdibujado y, a la vez, más sutil.

Tenía la impresión de que jamás se había sentido tan lúcido o, más exactamente, de no haber estado nunca tan cerca de la lucidez.

Los dos hermanos de Appleton, junto a Fairfield, los dos hijos del viejo Ashbridge se buscaban, ambos iban armados, en un valle de la frontera mexicana.

Mildred, la pequeña Mildred Dodson de cabello claro a la que había besado en el cine, esperaba junto con sus tres hijos en una casa desconocida en la que seguramente se precipitaría al pasillo cada vez que oyera pasos en la calle.

Todo le parecía muy natural. De vez en cuando, la bota de Falk —de ese Falk al que el día anterior apenas conocía— tocaba la suya, y parecía que hubiesen cabalgado juntos desde siempre. Se detenían en el mismo momento, se ponían de nuevo en marcha al unísono. Cuando hubo que dejar que los animales recobraran el aliento —después de protagonizar un largo galope—, ambos se quedaron inmóviles.

Luego, con calma, P. M. sacó del bolsillo su petaca, la destapó y se la pasó a

su compañero.

No bebían porque sí, sino porque lo necesitaban, de la misma manera que los animales necesitaban descansar. P. M. echó un trago a su vez, pero antes limpió el gollete.

El sendero se iba haciendo impracticable; a menudo ni se distinguía, y tenían que sortear las espinosas ramas de los árboles para evitar que les fustigaran en el rostro.

Falk, que se había bajado del caballo, se inclinaba en ese momento sobre el suelo, iluminándolo con su linterna. Cuando acabó, simplemente asintió con la cabeza.

Donald había pasado por allí. Había acudido a la cita y estaba en algún lugar esperándoles.

P. M. hizo avanzar a su caballo el primero. Era lo justo: se trataba de su hermano y era a él a quien tocaba arriesgarse, pues ciertamente corrían peligro.

A veces, cuando soplaba la brisa, oían por un instante los ladridos de los perros; y, sin duda, un indio que hubiera pegado la oreja al suelo habría percibido el martilleo que producían los caballos al cabalgar.

Nora se había portado bien. A fin de cuentas, eso era para él lo mejor de aquella jornada gris y amarga.

No creía que llegaría a comportarse así; la había juzgado mal. Ese pensamiento le provocaba una oleada de ternura y agradecimiento que recorría su pecho.

Al mismo tiempo, era consciente de merecerse ese trato. Siempre había hecho lo que había podido, hora tras hora. ¿Qué importancia tenía que a veces se acercara hasta cierto barrio de Nogales, del lado de México, para intentar vislumbrar algunos destellos de carne en el umbral de las puertas?

¿Quién sabe? Era un problema que no se veía capaz de resolver. Ahora se preguntaba si no estaba yendo allí para concretar su malestar, su tristeza, para encontrar una excusa, una razón falsa y fácil para sus ataques de mala conciencia.

Escuchaba cómo el ruido del río se hacía más preciso. A varios metros a sus

espaldas oía el golpeteo de las herraduras del otro caballo.

El suyo movió las orejas. Y tardó un instante en darse cuenta de lo que pasaba.

De repente, a unos diez pasos por delante de él había un hombre, bañado por los rayos de la luna, con la camisa rasgada, despeinado y con ojos febriles. En el extremo de uno de sus brazos se veía el reflejo de un revólver.

Se quedó quieto, estuvo un momento sin hablar y sin moverse; mientras, el caballo de Falk se detuvo a su vez. Pero Falk aún no podía ver nada.

Por fin dijo:

—Soy yo.

Y enseguida, con los miembros entumecidos, bajó del caballo.

Había un hombre viejo, venido de Irlanda, que les había dado la vida y que aún construía casas, en una playa de Florida, para luego alquilarlas y ganar dinero. Estaba Emily, que vivía en un bonito apartamento de Beverly Hills y que trabajaba en una empresa de productos de belleza. Estaba Mildred; y su hijo Frank, que había intentado limpiar zapatos en la calle; y su hija Anny, que debía de parecerse a la madre, con las trenzas descoloridas sobre la espalda; y el pequeño John, al que aupaban para que pudiera hablar por teléfono con su padre.

Estaba Nora, que sin duda había ido a casa de Lil Noland; y también la señora Pope, que se enfadaba porque no le dejaban llamar a la policía.

Había aviones en el cielo, barcos en el mar, trenes que atravesaban traqueteando las grandes zonas desiertas. Estaba la barraca de Falk, que esperaba a su dueño con las lámparas encendidas y la puerta abierta.

Estaban los que galopaban detrás de los perros y los que avanzaban en coche por los caminos. Estaban los hombres que examinaban los rostros en la verja de Nogales, y el Santa Cruz, que transportaba detritus.

Había tres hombres en una pequeña depresión de la corteza terrestre, cerca de un río al que oían pero no veían.

Estaba P. M., adelantándose.

—He venido para ayudarte a cruzar.

—Te has decidido al saber que estaba armado, ¿verdad? ¿Llevas revólver?

—Sí.

—Tíralo delante de ti. Con el cinto.

P. M. lanzó el arma a unos arbustos situados a unos metros por delante de él.

—¿Quién está contigo?

—Un amigo. El hombre al que le has robado la botella.

—¿Para qué ha venido?

—Para ayudarnos.

—¿Va armado?

—¿Va armado, Falk?

—No.

—¿Cómo supiste que estaba aquí?

—Lo dijo Lil Noland.

—¿También se lo ha dicho a los demás?

—No. Los otros están haciendo una batida, con perros, pero no saben dónde estás.

—¿Han avisado a la policía?

—No.

Donald repitió una de las preguntas.

—¿Para qué has venido?

—Para evitar que te atrapen.

—¿No te importa comprometerte aún más?

P. M. no respondió. Aún estaba resentido con su hermano por haber irrumpido en su vida, pero se trataba de algo impersonal; a decir verdad, su rencor no iba dirigido a Donald.

¿Al cielo tal vez? Tampoco tenía derecho a emprenderla con el cielo.

—Hay que encontrar el paso —dijo.

—Hace una hora que lo estoy buscando.

—Lo buscaremos juntos. No debe de estar lejos.

—¿Crees que podremos cruzar?

—Quizá podamos con los caballos.

En ese momento, Donald parecía avergonzado de esa arma que aún sujetaba en la mano, así que se la guardó en el pantalón.

—¿Has tenido remordimientos?

—No lo sé. Ahora hay que encontrar un paso para acceder a la orilla.

—Yo he encontrado uno, pero al final el río tiene de pronto un salto. ¿Sabe tu mujer que estás aquí?

—Sí.

—¿Sabe quién soy?

—Sí.

—¿Y está furiosa?

—No. Déjame pasar delante.

Llevaba al caballo de las riendas y zigzagueaba entre la espesura, intentando acercarse al agua.

—Tome mi linterna —ofreció Falk.

Y como iba cerrando la marcha, a caballo, Donald fue quien la pasó de mano en mano. Oyó a los perros y soltó una risita:

—Tienen miedo, ¿eh?

—Tal vez no estén muy equivocados.

—En cualquier caso, han tenido suerte de no haber llegado aquí los primeros.

Perdieron la pista y llegaron a un callejón sin salida en el que los matorrales eran demasiado espesos como para permitir el paso de los caballos, e incluso el de los hombres.

—¿Por qué no me dijiste ayer que se podía pasar por aquí?

—Porque lo ignoraba. Aún no sé si se podrá. Y Donald, sin importarle nada más, gruñía:

—¡No habrá más remedio que pasar!

Empezaba a llover, caían gotas gruesas y espaciadas. Si había llovido mucho en México, el río estaría tan crecido como en Tumacacori y nadie podría atravesarlo.

—Creo que nos encontramos de nuevo en un sendero.

P. M. estuvo a punto, sin motivo alguno, de echar mano a su petaca, pero le avergonzó hacerlo delante de su hermano. El aire caliente le azotaba la cabeza, tenía gotas de sudor en la nuca y entre los omóplatos.

De cuando en cuando, un dolor en la parte baja del cráneo le recordaba la resaca.

—Presiento que el agua está cerca.

Unos pasos más y ya estaban a orillas del Santa Cruz. Según el dibujo del sendero, era evidente que en circunstancias normales este continuaba hasta el lecho del arroyo. Solo era un paso para caballos, pero un paso al fin y al cabo.

Donald alcanzó a P. M. y, detrás de ellos, Falk descendió del caballo. Los tres contemplaban el agua que corría a una velocidad de al menos veinticuatro kilómetros por hora. A veces veían pasar una rama o un tronco de árbol, y lo seguían con los ojos de una manera mecánica.

—Aquí —dijo P. M.—, no estamos lejos de Nogales.

—¿Qué profundidad tiene el río?

—No puede saberse con exactitud. Se crean hoyos en la arena en cuestión de horas. Lo más probable es que a los animales les llegue hasta el vientre.

Se volvió hacia Falk, que los observaba a ambos sorprendido y preocupado.

—¿Puedo usar su caballo, Falk?

Había estado a punto de decirle que se lo pagaría, o que Nora lo haría, pero era preferible guardar silencio.

—Yo podría cruzar con él —objetó el antiguo mecánico.

—No sería lo mismo. Una vez al otro lado, Donald me necesitará para atravesar la frontera mexicana.

Se dio cuenta de que lo que acababa de decir no era cierto en absoluto. La tormenta se estaba empleando a fondo en Nogales. Con un poco de suerte, Donald podría arreglárselas muy bien solo.

Al mismo tiempo, P. M. sabía que su gesto era necesario, que constituía una especie de desenlace final.

¿Desenlace final de qué? Lo ignoraba. Tenía la cabeza llena de interrogantes no resueltos.

—¿Sabes montar? —le preguntó a su hermano.

—Sí.

—Hay que mantener al animal en la corriente, de cara al agua.

—Comprendo.

La luna alumbraba lo suficiente como para que cada uno pudiera ver la cara del otro. El rostro de Donald estaba lleno de rasguños, pero lo que más llamaba la atención era la sorpresa sin límites de sus ojos, unos ojos que hasta entonces se habían mostrado muy duros.

—¿Quién pasa primero?

Podía parecer que encabezar la fila era lo más peligroso, ya que el primero que cruzara sería quien habría de reconocer el terreno, pero P. M. opinaba lo contrario. Si el primero perdía pie, el segundo siempre tendría una oportunidad de agarrarlo, en cambio lo que resultaría imposible sería conseguir que un caballo

retrocediera una vez metido en plena corriente.

—Tú serás el primero —decidió.

En los ojos de Donald brilló un último destello de desconfianza.

Nora se había portado muy bien.

—Monta mi caballo.

—¿Por qué el tuyo?

—¡Porque sí!

Nora supo enseguida por qué P. M. había escogido el caballo en vez de la yegua. Desde hacía años, el animal estaba acostumbrado a cruzar el río, que por lo general era fácil de atravesar. Además, su peso ofrecía mayor resistencia a la corriente.

Una vez más, estuvo a punto de sacar la petaca del bolsillo. Se notaba el cuerpo completamente húmedo, y cuando se subió al animal de Falk sintió que le flojeaban las piernas.

No tenían nada que decirse. Era mejor así. Puso su caballo justo detrás del de Donald y gritó:

—¡Arre!

El caballo, que no estaba acostumbrado a su nuevo jinete, empezó a recular y a mordisquear las cinchas. P. M. le dio por detrás en la grupa con un palo que acababa de arrancar de un árbol. Entonces el animal, después de dos o tres pasos, pareció atraído, atrapado por el río, que enseguida le llegó hasta el pecho. El caballo montado por P. M. le seguía. Los dos hombres ya solo oían el rugido del agua, que les salpicaba la cara.

En mitad de la corriente, el caballo dudó, como si quisiera dar la vuelta. Estaba buscando el camino y tanteaba con las pezuñas el fondo. Debió de perder pie en los cuartos traseros, pero solo un segundo. Le vieron hacer un esfuerzo prodigioso y cómo su pecho emergía. Dejó de andar de nuevo, y sus últimos pasos hacia la orilla fueron rápidos y poderosos como saltos.

P. M. miraba fijamente al animal y al jinete. De repente, sin pararse a pensarlo, supo que para él todo había terminado. Las herraduras del primer caballo se habían fijado al lecho del río, pero el caballo que le seguía acababa de perder pie en uno de los hoyos.

A Falk le costó entender lo que ocurría. Desde la orilla, le gritó a su animal:

—¡Vamos, Back!

Era una sensación extraña. Ante él, había un caballo que solo tenía que hacer un último esfuerzo para llegar a la otra orilla. Empujaba sus cuartos delanteros. Donald se volvía y en su rostro solo había un estupor inmenso.

P. M. había desaparecido casi por completo. Un momento antes, el agua corría a su alrededor, y ahora él avanzaba con ella, veía con qué rapidez el rostro de su hermano estaba cada vez más lejos, ya solo podía oír la voz de Falk, y luego, según le pareció, los ladridos de los perros.

Se le llenó la boca de agua antes de que pudiera darse cuenta de que ya no tenía su caballo al lado; emergió de nuevo y vio unas ramas; extendió la mano, una, dos veces; seguía alargando el brazo, intentaba agarrarse a una rama que pasaba, pero una masa enorme y pesada le empujaba de forma implacable; sin duda se trataba del caballo, pues recibió un fuerte golpe en el muslo.

No sentía dolor. Le parecía extraña la expresión de sorpresa de Donald. Durante un segundo, P. M. volvió a ver su rostro infantil. Probablemente lo que le sorprendía no era el accidente, sino que Pat hubiese aceptado morir.

Él tampoco sabía muy bien por qué había aceptado.

Nora se había portado bien. Nora debía de haber entendido muchas cosas, era más inteligente que él.

¿Qué había pensado, hacía un momento, al respecto de Falk? «¡Espero que no intente salvarme!». Pero no había nada que hacer; además, tampoco habría podido correr por la orilla, repleta de matorrales embrollados.

Ambos estarían mirando cómo fluía el río, que ya se lo había llevado lejos. Mientras, dejaba atrás vertiginosamente las orillas, las ramas espinosas.

¿Falk? ¡Ah, sí! Un sentimiento de culpa... ¿Y por qué no todos los hombres...?

Le habían explicado el pecado original, y también algo más... La maldición que pesaba sobre los hijos de Caín.

«Yo siempre estoy con los pequeños y contra los grandes».

Si pudiese salir a flote una vez más, ¿lo comprendería tal vez todo?

¡Se necesitaba tan poco!

Los débiles...

Se había empeñado en ser fuerte. ¿Era realmente uno de ellos? ¿Existen los fuertes?

Un minuto, unos segundos tan solo... Escupía agua, veía de nuevo las ramas, la luna...

Esaú y Jacob. De nuevo tenía ante sí esa imagen, nítida en su Biblia. Jacob era el débil. Esaú el fuerte, muy fuerte... Pero Jacob era quien recibía las bendiciones. Eso ya le sorprendía de niño, cuando leía la Biblia, y nunca había entendido aquella historia. Ahora la entendería...

Había trabajado duro durante toda su vida, había luchado mucho, había deseado apasionadamente ser un hombre honrado.

Entonces había llegado Donald.

Y le había pedido explicaciones.

Y él se había sentido culpable.

Y él había acudido al río porque era su obligación, porque ese es el destino de los fuertes...

Donald estaba en la orilla y la frontera no quedaba lejos. Encontraría a otras Lil, otros P. M., otras Emily, otros Falk que le ayudaran.

Lograría pasar porque era un hombre débil. Mildred y los niños...

Iba rodando de forma vertiginosa. Se golpeaba en el fondo sin cesar. Ya no veía el cielo, ni la luna, ni las ramas, pero creía oír a los perros. A continuación

percibió una luz muy viva; al principio pensó que se trataba de la ventana iluminada de la casa de Falk.

Qué tontería. No era la casa de Falk. La luz era demasiado intensa y abrazaba al horizonte como tal vez lo haría el relámpago del fin del mundo.

Ahora lo entendería todo. Que le dieran un segundo, una décima de segundo para comprender el significado de la historia de Esaú y Jacob.

Nora se había... Era inteligente, pero no podía ayudarle. Ella estaba en tierra, junto a la pobre Lil Noland. ¿Acaso sería Nora como Lil Noland?

Jacob se parecía a Donald; había un montón de gente en el pasillo para recibirle; los niños tenían que deslizarse entre las piernas de las personas mayores mientras el teléfono sonaba sin descanso y la señora Espinosa hablaba por los codos en español...

Solo una décima de segundo y lo hubiera sabido todo, así habría podido decirle a Falk acerca de su mujer que...

No encontraron el cuerpo hasta el día siguiente a las diez de la mañana, entre las ramas de un árbol parcialmente caído. Los perros, a los que habían lanzado tras la pista de un ser vivo, habían buscado al muerto durante toda la noche.

Pero a las cinco de la mañana ya sonaba el teléfono en el MM RANCH. Nora, que estaba al otro extremo de la habitación, a solas con su cigarrillo, atravesó todo el salón para descolgarlo.

—¿Diga?

—¿Nora?

—Sí.

—He llegado bien. Perdóname.

Ella respondió de forma maquinal:

—No hay por qué.

Él intentó decir algo más, pero no se le ocurrió nada y repitió:

—Perdón.

—Sí.

No se había atrevido a encender todas las luces. Las personas que habían ido a verla habían dejado las puertas abiertas. Las cortinas ondeaban ante las ventanas y las corrientes de aire eran húmedas. Ni siquiera había querido que Lil se quedara con ella.

Por cierto, se había olvidado de decirle a Donald que Mildred heredaba los bienes de P. M.

Antes de volver a sentarse se dirigió a la cocina, hacia el frigorífico. Quería beber un vaso de cerveza. Se detuvo frente al armario de los licores, vaciló un instante, por fin lo abrió y destapó una botella de whisky.

Cuando llevaron el cuerpo al rancho, a eso de las once, en el camión rojo de Falk, dormía acurrucada en el sillón y a su alrededor había varias colillas; algunas habían quemado la alfombra.

Le preguntaron dónde había que ponerlo y ella les miró como ausente, hizo un ademán de cansancio y suspiró.

—Donde queráis —dijo.

Tumacacori (Arizona), 24 de agosto de 1948



GEORGES JOSEPH CHRISTIAN SIMENON (Lieja, 13 de febrero de 1903 - Lausana, 4 de septiembre de 1989) fue un escritor belga en lengua francesa.

Abandonó los estudios secundarios por necesidades económicas y se dedicó a varios trabajos ocasionales hasta entrar a trabajar como reportero de *La Gazette de Liège*, trabajo que le permitió conocer los ambientes marginales de su ciudad y que le serviría para sus novelas. Publicó por primera vez en 1921, y un año después se instaló en París, viviendo ambientes culturales y bohemios.

A partir de 1927 publicó, bajo diversos seudónimos, gran número de novelas populares. En 1931 empezó a publicar novelas policíacas, a menudo protagonizadas por el comisario Maigret, que han contribuido a renovar el género. Viajó por todo el mundo haciendo reportajes y entrevistas. Tras la Segunda Guerra Mundial, viajó a Estados Unidos, en donde permaneció diez años, continuando con su labor literaria. A su regreso, se instaló en la Costa Azul y posteriormente en un pueblo cerca de Lausana. Muchas de sus obras, han sido adaptadas para cine y televisión.